

El Retrato de Dorian Gray

[EDICIÓN SIN CENSURA]

Oscar Wilde

Traducción de Victoria León



En primavera de 1890 Oscar Wilde envió su primera novela al *Lippincots Monthly Magazine*. Escandalizado por su contenido, el director de la revista eliminó las huellas de homosexualidad del pintor Basil Halleward hacia Dorian Gray, junto a otras conductas heterosexuales muy avanzadas para la época. Casi quinientas palabras desaparecieron del texto: frases, párrafos enteros Wilde, temeroso de la reacción de la moralista sociedad victoriana, autocensuró aún más la edición en libro de la obra, que apareció en 1891, añadiendo más páginas para matizar aspectos turbios y cortando por lo sano los elementos homoeróticos. Hasta 2011 no se encontró el texto mecanoscrito de *El retrato de Dorian Gray* tal y como lo concibió originalmente su autor, sin censuras. Publicado en inglés por la Harvard University Press, se ofrece ahora por primera vez en español, traducido meticulosamente por Victoria León.



Oscar Wilde

El retrato de Dorian Gray (Edición sin censura)

ePub r1.1

Titivillus 25.05.2023

Título original: *Picture of Dorian Gray: An Annotated Uncensored Edition*

Oscar Wilde, 1890

Traducción: Victoria León

Ilustraciones: Henry Keen

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





Prólogo

HAY OBRAS LITERARIAS que no pueden entenderse del todo sin tener en cuenta las tensiones que existieron entre el autor, su tiempo y su sociedad, pues han nacido precisamente de ellas. Oscar Wilde (Dublín, 1854 - París, 1900) desafió en las páginas de *El retrato de Dorian Gray* la moral represiva de una sociedad victoriana que se revolvía, implacable, contra cualquier transgresión. Pues no otra cosa que la aspiración a una moral nueva (aun con sus contradicciones y conflictos interiores) era el esteticismo que impregnaba aquel singular libro que quiso explorar como pocos, con sutileza y profundidad, y en unos tiempos en que la conveniencia y el utilitarismo dictaban toda norma aceptable de vida, las complejas relaciones entre vida y arte.

La propia historia textual del libro no fue ajena a esas circunstancias, y podría decirse que es incluso su fiel reflejo. El texto del mecanoscrito de esta única novela de Oscar Wilde permaneció inédito hasta 2011, cuando apareció bajo el título *The Picture of Dorian Gray: An Annotated Uncensored Edition* publicado por Harvard University Press en edición llevada a cabo por Nicholas Frankel. En dicho volumen se recogía por primera vez el texto que Wilde envió a *Lippincot's Monthly Magazine* en la primavera de 1890 en cumplimiento de un encargo editorial, y ante el cual un alarmado J.M. Stoddart, director de la revista, decidió que en su forma

original la obra ofendería la sensibilidad de los lectores. Por ello la sometió a una profunda revisión orientada, en casi todos los casos, a eliminar las huellas de la naturaleza homosexual de los sentimientos del pintor Basil Hallward hacia Dorian Gray, pero también no pocas sugerencias de conductas heterosexuales consideradas escandalosas o ilícitas en su época; así como a atenuar, en términos generales, la atmósfera decadente de la obra.

En el estudio que acompaña a su edición de ese texto original completamente restaurado, Frankel explicaba detalladamente las motivaciones sociales, comerciales y legales de los cambios que se producen a lo largo de esa particular revisión, en la que cabe hablar a todas luces de censura. Stoddart eliminó palabras, frases y hasta párrafos enteros de la versión entregada por Wilde hasta un total de casi quinientas palabras, sin que parezca probable que el autor pudiera ver los cambios antes de que estuviera impresa la obra.

Una época marcada por la amenaza legal que pendía sobre cualquier expresión considerada inmoral o fuera de lo aceptable por la sociedad decente es el contexto inmediato, a finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XIX, de esa censura. A esta situación se añadía que un reciente escándalo relacionado con la prostitución masculina (el asunto de la calle Cleveland, en los años 1889-1890) había desatado la alarma social contra el homosexual culto de clase alta, al que se acusaba de corromper a jóvenes humildes y de constituir nefasto ejemplo para la mujer. Y la aprobación de la Criminal Law Amendment Act de 1885, que penalizaba las relaciones homosexuales de toda índole, independientemente de su naturaleza, permitió una persecución legal de la que Wilde acabaría siendo la principal víctima con su encarcelación final en 1895, sentenciado a dos años de prisión y trabajos forzados por «conducta obscena» (*gross indecency*).

La novela es indesligable en todos los aspectos de dichas circunstancias, pues incluso llegó a ser utilizada como prueba en su contra en el proceso. Convertido así en mártir de la moral sexual victoriana, Wilde pasó del éxito y la fama a ser tratado como delincuente sexual, denostado por la sociedad biempensante y abandonado por su familia cinco años antes de morir de

meningitis en un hotel parisino, el 30 de noviembre de 1900, a los cuarenta y seis años de edad. Su muerte ponía fin a tres años de soledad y exilio en Francia en la absoluta ruina personal y económica. Allí adoptó el nombre de Sebastian Melmoth, en homenaje al protagonista de la novela gótica de su tío abuelo Charles Maturin, *Melmoth the Wanderer*. Según su biógrafo Richard Ellmann, sólo trece personas acompañaron su cortejo fúnebre.

El retrato de Dorian Gray se publicó simultáneamente en Inglaterra y América en 1890 por la J.B. Lippincot Company de Filadelfia en la edición de julio de *Lippincot's Monthly Magazine*. Wilde ya era un personaje conocido en la vida literaria y social de la época como brillante dramaturgo, articulista y conferenciante. Pero fue esta obra, de indiscutibles méritos artísticos por otra parte, y la inmediata y virulenta polémica que suscitó, la que lo convirtió en personaje protagonista de su tiempo tanto para seguidores como para detractores. Como destaca Frankel, la novela alteraba el modo en que los victorianos veían el mundo que habitaban y, sobre todo, la sexualidad y la masculinidad. Diseccionaba su sociedad y reconsideraba su moral. Desenmascaraba. «Con Blake y Nietzsche, estaba proponiendo que bien y mal no son lo que parecen y las etiquetas morales no bastan a la complejidad del comportamiento humano^[1]», en palabras de Ellmann. Era el heraldo del final de una época que forjó en sus tensiones toda una literatura propia. Y la controversia era inevitable y fue inmediata.

Una buena parte de la prensa británica rugió contra ella calificándola de «vulgar, sucia y dañina». W.H. Smith la retiró de sus quioscos de estación. Y el propio Wilde, como también señala Frankel, empleó la autocensura al revisar el texto para la edición en libro de la obra en 1891. La adoración personal que siente Basil Hallward por Dorian Gray se diluye allí en la mera fascinación por el ideal artístico que el personaje encarna. El contenido sexual se atenúa y desaparecen referencias de la lista de alusiones a crímenes sexuales del capítulo IX, al tiempo que otras se hacen mucho menos explícitas. Se incluyen nuevos capítulos (los doce iniciales llegan a veinte) que hacen la novela más convencional y sentimental. Aumentan en éstos las escenas de alta sociedad y los discursos ingeniosos de lord Henry Wotton. Uno de ellos concede mayor protagonismo al personaje de Sybil Vane, el primer amor de Dorian Gray que marca el inicio de su

transformación, y que apenas era más que un símbolo sin carnadura real en la versión original, anticipando también el casi teatral episodio posterior de la venganza del hermano. Y, llamativamente, las veladas transgresiones del protagonista cambian por completo de cariz con la inserción del episodio del fumadero de opio y lo vinculan a su relación con prostitutas de los bajos fondos de Londres.

La autocensura que Wilde ejerce en esta última versión del texto obedece tanto a la presión externa como al conflicto interior. La obra es también un hecho mayor de la propia biografía de Oscar Wilde, quien (curiosamente, como Basil Hallward en el retrato de la ficción) confesó lo mucho que de él mismo había puesto en las páginas de esa obra: «Basil Hallward es lo que creo ser; lord Henry Wotton, lo que el mundo cree que soy; Dorian Gray, lo que quizá me habría gustado ser en otro tiempo». Al sentir la necesidad de protegerse de posibles acusaciones, cambiaba también su apreciación de la obra.

En una carta que Wilde escribe a Arthur Conan Doyle y este recoge en sus memorias, podemos leer esa «protesta de moralidad» con la que trataba de hacer frente a la opinión pública:

Los periódicos me parecen escritos por personas lascivas para personas filisteas. No comprendo cómo pueden tratar *Dorian Gray* de inmoral. La dificultad era mantener la moral intrínseca subordinada al efecto artístico y dramático, y aun así me parece que la moral resulta demasiado evidente^[2].

En la edición de 1891, Wilde incluso eliminó elementos homoeróticos que Stoddart había permitido. Y la oscuridad del personaje de Dorian Gray se intensifica aún más para ofrecer una historia más claramente marcada por un esquema de corrupción moral y castigo. Los aforismos sobre el arte y la crítica que acompañan la edición de 1891, aun escritos desde la honestidad y la lealtad a sus principios artísticos, no hacen sino enfatizar esa defensa:

La vida moral del hombre forma parte de la materia del artista, pero la moralidad del arte consiste en el perfecto uso de un medio imperfecto.



Ningún artista tiene simpatías éticas. Una simpatía ética en un artista es un imperdonable amaneramiento de estilo.



Ningún artista es malsano. El artista puede expresarlo todo.



El vicio y la virtud son para el artista materiales para un arte.

La mayoría de las ediciones modernas reproducen la versión extensa, que reaccionaba a las críticas recibidas por la primera versión y se dirigía a un público amplio. Se hacía necesario recuperar la primera, la que creemos más fiel a la intención y a las ideas estéticas del autor, tan determinantes en su obra, que buscaba también un lector distinto, específico y familiarizado previamente con ellas. Pues no menos que la moral de su tiempo el libro se proponía también someter a revisión las ideas sobre arte y moral de sus maestros Ruskin y *Pater*, los dos gigantes de Oxford que tan profundo alcance tuvieron en el ambiente intelectual de la época. Casi podría hablarse, por tanto, como sugiere Frankel, incluso de dos obras con méritos diferentes.

Por todo ello, el lector encontrará en esta primera traducción al castellano de la obra original un *Retrato de Dorian Gray* más audaz y libre con respecto a las versiones anteriores y, sobre todo, creemos, más fiel al espíritu que lo animó antes de ser objeto de unas presiones sociales y legales que, al cabo, nada pudieron contra una de las más hermosas muestras de valentía y libertad de espíritu que ha dado la historia de la literatura.

VICTORIA LEÓN



HENRY KEEN

1925

El Retrato
de Dorian Gray
[EDICIÓN SIN CENSURA]





I

INVADÍA EL ESTUDIO el aroma opulento de las rosas, y cuando la leve brisa veraniega se agitaba entre los árboles del jardín, por la puerta abierta entraba el perfume intenso de la lila o el más sutil del espino.

Desde el rincón del diván con alforjas persas donde se hallaba recostado, fumando sus incontables cigarrillos como de costumbre, lord Henry Wotton tan sólo podía vislumbrar las flores con dulzor y color de miel del laburno, cuyas trémulas ramas apenas parecían capaces de soportar la carga de una belleza tan ígnea como la suya. Y, de cuando en cuando, las fantásticas sombras de los pájaros en vuelo pasaban, fugaces, tras las largas cortinas de seda india extendidas ante la enorme ventana, produciendo una especie de momentáneo efecto japonés, y recordándole a aquellos pintores de pálidos rostros de jade que, en un arte que es necesariamente inmóvil, buscaban ofrecer la sensación de velocidad y movimiento. El murmullo taciturno de las abejas, que se abrían camino entre la hierba crecida o volaban en círculos con monótona insistencia en torno a las negras agujas de las malvarrosas tempranas de junio, parecía hacer la quietud aún más agobiante, y el atenuado bramido de Londres era como la nota bordón de un órgano lejano.

En el centro de la habitación, sujeto a un caballete vertical, había un retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza física, y delante del mismo, no a mucha distancia, se hallaba sentado el propio artista, Basil Hallward, cuya súbita desaparición, unos años atrás, tanta expectación pública y tan extrañas conjeturas había causado.

Mientras contemplaba la elegante y hermosa forma que tan hábilmente había reflejado su arte, una sonrisa de placer pasó por su rostro y pareció a punto de quedarse en él. Pero, súbitamente, se levantó y, cerrando los ojos, colocó los dedos sobre sus párpados como si tratara de apresar en su cerebro algún raro sueño del que temiera despertar.

—Es tu mejor obra, Basil. Lo mejor que hayas hecho —dijo lánguidamente sir Henry—. Tienes que enviarla el año que viene a la galería Grosvenor, desde luego. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Grosvenor es el único lugar adecuado.

—No creo que la envíe a ningún sitio —respondió echando la cabeza hacia atrás de aquella peculiar forma que solía hacer que sus amigos se burlasen de él en Oxford—. No; no voy a enviarla a ningún sitio.

Lord Henry levantó las cejas y lo miró, asombrado, a través de los delgados círculos de humo azul que iban formando espirales fantásticas al salir de su potente cigarrillo con mezcla de opio.

—¿No vas a enviarlo a ningún sitio? ¿Por qué, querido amigo? ¿Tienes alguna razón? ¡Qué individuos tan extraños sois los pintores! Hacéis cualquier cosa por obtener una reputación. Y, en cuanto la lográis, parecéis querer libraros de ella. Es estúpido por vuestra parte, pues sólo hay una cosa peor en el mundo que el que hablen de nosotros, y es que no hablen. Un retrato como éste te situaría muy por encima de todos los hombres jóvenes de Inglaterra, y despertaría no pocos celos en los viejos, si es que los viejos son capaces de alguna emoción.

—Sé que te burlarás de mí —respondió—. Pero de verdad no puedo exponerlo. He puesto demasiado de mí mismo en él.

Lord Henry extendió sus largas piernas en el diván y soltó una carcajada.

—Sí; sabía que ibas a reírte. Pero es la pura verdad, de cualquier modo.

—¡Demasiado de ti mismo en él! Te aseguro, Basil, que no sabía que eras tan vanidoso. Y verdaderamente soy incapaz de ver parecido alguno entre tu rostro irregular y firme, y tu pelo negro como el carbón, y este joven Adonis que parece hecho de marfil y pétalos de rosa. Porque, mi querido Basil, él es un Narciso y tú... Bueno, por supuesto, tú posees una expresión intelectual y todo eso. Pero la Belleza, la verdadera Belleza, termina donde empieza una expresión intelectual. El intelecto es en sí mismo una exageración, y destruye la armonía de cualquier rostro. En el mismo instante en que uno se sienta a pensar, se vuelve todo nariz, o todo frente, o algo horroroso. Mira a los hombres de éxito en cualquiera de las profesiones doctas. ¡Qué absolutamente horribles son! Con la excepción, por supuesto, de la Iglesia. Pero es que en la Iglesia no piensan. Un obispo sigue diciendo a los ochenta años lo mismo que le dijeron a él cuando era un muchacho de dieciocho, y en consecuencia su aspecto es siempre absolutamente encantador. Tu misterioso joven amigo, cuyo nombre no me has dicho nunca, pero cuyo retrato me fascina verdaderamente, no piensa jamás. Estoy bastante seguro de eso. Es una criatura hermosa sin cerebro que debería estar aquí todos los inviernos, cuando no tenemos flores que contemplar, y todos los veranos, cuando necesitamos que algo refresque nuestra inteligencia. No te envanezcas, Basil. No te pareces en nada a él.

—No me entiendes, Harry. Por supuesto que no me parezco a él. Lo sé perfectamente. Y, en realidad, no me gustaría parecerme. ¿Te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. Hay una fatalidad en toda distinción física e intelectual, la clase de fatalidad que parece perseguir a lo largo de la historia los pasos tambaleantes de los reyes. Es mejor no diferenciarse de los que nos rodean. El horrible y el estúpido tienen lo mejor de este mundo. Pueden sentarse tranquilamente a contemplar el juego. Si no conocen la victoria, al menos se les exime del conocimiento de la derrota. Ellos viven como todos deberíamos vivir, tranquilos, indiferentes y sin preocupación. Ni llevan la ruina a otros ni la reciben por mano ajena. Tu rango y riqueza, Harry; mi inteligencia, sea cual sea; mi fama, cuanto pueda valer; la belleza de Dorian Gray. Todos nosotros habremos de sufrir a cambio de lo que los dioses nos han dado, y sufriremos terriblemente.

—¿Dorian Gray? ¿Ése es su nombre? —dijo lord Henry atravesando el estudio hacia Basil Hallward.

—Sí; ése es su nombre. No tenía intención de decírtelo.

—Pero ¿por qué no?

—Oh, no puedo explicarlo. Cuando alguien me gusta desmesuradamente nunca le digo a nadie su nombre. Me parece como entregar una parte de él. Ya sabes lo mucho que amo el secreto. Es lo único capaz de hacernos la vida moderna extraordinaria o misteriosa. La cosa más común se hace exquisita y deliciosa tan sólo con que la ocultemos. Cuando salgo de la ciudad, nunca le digo a mis conocidos a dónde voy. Si lo hiciera, perdería para mí todo lo que tiene de placentero. Seguro que es una costumbre estúpida, pero de algún modo parece añadir bastante romanticismo a la vida de uno. Supongo que tú me juzgarás completamente idiota por ello.

—En absoluto —respondió lord Henry, poniendo la mano sobre su hombro—. En absoluto, querido Basil. Pareces olvidar que estoy casado, y que el único encanto del matrimonio consiste en hacer necesaria para ambas partes una vida de engaño. Nunca sé dónde está mi esposa y mi esposa nunca sabe lo que estoy haciendo. Cuando nos encontramos (nos encontramos de vez en cuando, cuando salimos juntos a cenar o vamos a ver al Duque), nos contamos las más absurdas historias con los rostros más solemnes. Mi esposa es muy buena en esto (en realidad, mucho mejor que yo). Jamás se confunde con las fechas, y yo siempre lo hago. Aunque, cuando me descubre, no discute lo más mínimo. A veces me gustaría que lo hiciera, pero se limita a burlarse de mí.

—Detesto la manera en que hablas de tu vida de casado, Harry —dijo Basil Hallward librándose de su mano y caminando hacia la puerta que conducía al jardín—. Creo que eres en realidad muy buen esposo, pero te avergüenzan por completo tus virtudes. Eres un caso extraordinario. Jamás dices nada moral, pero jamás haces nada malo. Tu cinismo no es más que una pose.

—Ser natural no es más que una pose, y la más exasperante que conozco —exclamó riendo lord Henry, y los dos jóvenes salieron juntos al jardín, y durante algún tiempo permanecieron en silencio.

Tras una larga pausa, lord Henry sacó su reloj.

—Me parece que debo irme, Basil —murmuró—, y antes de hacerlo insistiré en que me respondas a la pregunta que te he hecho hace un rato.

—¿Qué pregunta? —preguntó Basil Hallward sin levantar la vista del suelo.

—Sabes muy bien cuál es.

—No lo sé, Harry.

—Bien, te la haré de nuevo, entonces.

—Por favor, no lo hagas.

—Debo hacerlo. Quiero que me expliques por qué no quieres exponer el retrato de Dorian Gray. Quiero la verdadera razón.

—Te he dicho la verdadera razón.

—No, no lo has hecho. Dijiste que era porque había demasiado de ti en él. Pero eso es una niñería.

—Harry —dijo Basil Hallward mirándolo directamente al rostro—, todo retrato pintado con emoción es un retrato del artista, no del modelo. El modelo no es más que el accidente, la ocasión. No es él el revelado por el pintor, sino el propio pintor quien, sobre los colores del lienzo, se revela a sí mismo. La razón por la que no expondré este cuadro es que temo haber mostrado en él el secreto de mi propia alma.

Lord Harry se rió.

—¿Y cuál es? —preguntó.

—Te lo diré —dijo Hallward, y una expresión de confusión le cubrió el rostro.

—Soy todo expectación, Basil —murmuró, mirándolo, su compañero.

—En realidad hay poco que contar, Harry —respondió el joven pintor—, y me temo que apenas lo entenderías. Tal vez apenas podrías creerlo.

Lord Henry sonrió e, inclinándose, arrancó del césped una margarita de pétalos rosados y la examinó.

—Estoy bastante seguro de que lo entenderé —respondió mientras miraba atentamente el pequeño disco dorado con penacho blanco—, y puedo creer cualquier cosa a condición de que sea increíble.

El viento agitaba las flores de los árboles, y las pesadas lilas, con sus racimos de estrellas, se movían de un lado a otro en el aire lánguido. Una cigarra comenzó a cantar entre el césped, y una larga y delgada libélula pasó como flotando sobre sus alas de gasa marrón. A lord Henry le parecía sentir los latidos del corazón de Basil, y se preguntaba qué seguiría.

—Bueno, esto es increíble —repitió Hallward con cierta amargura—. Increíble para mí mismo, a veces. No sé lo que significa. La historia es, simplemente, ésta. Hace dos meses asistí a un lleno absoluto en casa de *lady* Brandon. Ya sabes que nosotros, los pintores pobres, no tenemos más remedio que dejarnos ver en sociedad de vez en cuando sólo para recordar al público que no somos salvajes. Con traje de noche y corbata blanca, como me dijiste una vez, cualquiera, incluido un corredor de bolsa, puede ganarse reputación de ser civilizado. Pues bien, cuando llevaba diez minutos en la sala hablando con enormes viudas ricas excesivamente arregladas para la ocasión y con tediosos académicos, de repente me di cuenta de que había alguien mirándome. Me volví, y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que palidecía. Una curiosa intuición de terror se apoderó de mí. Sabía que tenía frente a frente a alguien tan cautivador que, si se lo permitía, podría absorber toda mi naturaleza, toda mi alma, hasta mi propio arte. Yo no quería ninguna influencia externa en mi vida. Tú sabes bien, Harry, lo independiente que soy por naturaleza. Mi padre me destinó al ejército. Yo insistí en ir a Oxford. Luego me hizo entrar en el Middle Temple. Pero no había cenado allí ni media docena de veces cuando dejé el colegio de abogados y anuncié mi intención de convertirme en pintor. Siempre he sido mi propio maestro; al menos, así fue hasta que conocí a Dorian Gray. Luego... Pero no sé cómo explicártelo. Algo parecía decirme que me hallaba al borde de una terrible crisis en mi vida. Tenía la extraña sensación de que el Destino me guardaba tanto exquisitas alegrías como exquisitas desdichas. Sabía que, si hablaba a Dorian, me convertiría en su devoto absoluto, y que no debía hablar con él. Creció el miedo, y me di la vuelta para salir de la habitación. Pero no fue la conciencia lo que me llevó a hacerlo: fue cobardía. No me atribuyo ningún mérito por intentar escapar.

—Conciencia y cobardía son en realidad lo mismo, Basil. La conciencia es el nombre comercial de la firma. Eso es todo.

—Yo no lo creo, Harry. En todo caso, cualquiera que fuese mi motivo, y tal vez se tratara de orgullo, pues solía ser muy orgulloso, lo cierto es que me abrí camino hasta la puerta. Y allí, por supuesto, me di de bruces con *lady* Brandon. «¿No irá usted a escaparse tan pronto, verdad que no, señor Hallward?», chilló. Ya conoces su horrible voz estridente.

—Sí, lo tiene todo del pavo real menos la belleza —dijo lord Henry despedazando la margarita con sus largos dedos nerviosos.

—No pude librarme de ella. Me presentó a miembros de la realeza, y a personas con estrellas y jarretas, y a señoras ancianas con tiaras gigantescas y narices ganchudas. Hablaba de mí como de su máspreciado amigo. Sólo la había visto una vez con anterioridad, pero se le metió en la cabeza ensalzarme. Creo que algún cuadro mío había tenido gran éxito por la época. Al menos, había dado que hablar en la prensa de penique, que es el estándar del siglo diecinueve para la inmortalidad. De repente, me encontré frente a frente con el joven cuya personalidad me había perturbado de forma tan extraña. Estábamos muy cerca. Casi nos rozábamos. Nuestras miradas volvieron a encontrarse. Era una insensatez por mi parte, pero le pedí a *lady* Brandon que nos presentara. Y tal vez no fuera tan insensato, después de todo. Era, simplemente, inevitable. Habríamos acabado hablando sin necesidad de ninguna presentación. Estoy seguro. Dorian me lo diría después. Él también sintió que estábamos destinados a conocernos.

—¿Y cómo describió *lady* Brandon al extraordinario joven? Me consta que acostumbra a ofrecer un rápido *précis* de todos sus invitados. Recuerdo que una vez me presentó a un anciano caballero de lo más malhumorado y con la cara roja, todo cubierto de bandas y condecoraciones, murmurando en mi oído, en un susurro trágico que debió de ser audible para todos los presentes en la sala, algo así como: «sir Humpty Dumpty... Ya sabe, frontera afgana, intrigas rusas, hombre de gran éxito, esposa muerta por culpa de un elefante... Inconsolable, desea casarse con hermosa viuda americana (como todo el mundo hoy), odia al señor Gladstone, pero le interesan mucho los escarabajos... Pregúntele lo que opina sobre Schouvaloff». Yo, sencillamente, huí. Me gusta descubrir a la gente por mí

mismo. Pero la pobre *lady* Brandon trata a sus invitados exactamente igual que trata sus artículos un subastador. O los describe por extenso, o nos lo dice todo sobre ellos con excepción de lo que uno quiere saber. Pero ¿qué dijo del señor Dorian Gray?

—Oh, murmuró: «Joven encantador, su pobre madre y yo somos inseparables... Nos prometimos al mismo hombre (quería decir el mismo día, qué tonta soy)... He olvidado a qué se dedica; me temo que a ninguna cosa... Oh, sí, toca el piano... ¿O era el violín, querido señor Gray?». Ninguno de los dos pudo contener la risa y nos hicimos amigos de inmediato.

—La risa no es un mal comienzo para una amistad, y es el mejor final de todas —dijo lord Henry al tiempo que arrancaba otra margarita.

Hallward hundió el rostro en sus manos.

—Tú no entiendes lo que es la amistad, Harry —murmuró—, ni tampoco la enemistad, si vamos al caso. A ti te gusta todo el mundo o, lo que es lo mismo, eres indiferente a todo el mundo.

—¡Qué terriblemente injusto es eso por tu parte! —exclamó lord Henry inclinándose el sombrero hacia atrás y levantando la vista a las nubes, que navegaban el turquesa profundo del cielo de verano igual que madejas enmarañadas de seda blanca brillante—. Sí, terriblemente injusto. Hago grandes diferencias entre la gente. Elijo a mis amigos por su belleza; a mis conocidos por su carácter y a mis enemigos por su inteligencia. Nunca se es demasiado cuidadoso en la elección de nuestros enemigos. No tengo ninguno que sea un idiota. Todos son hombres de cierta capacidad intelectual y, en consecuencia, todos me estiman. ¿Es demasiada vanidad por mi parte? Supongo que es bastante vanidad.

—Diría que sí, Harry. Pero, según tu clasificación, yo debo de ser un mero conocido.

—Mi querido viejo Basil, tú eres mucho más que un conocido.

—Y mucho menos que un amigo. Una especie de hermano, ¿me equivoco?

—¡Oh, hermanos! A mí no me importan los hermanos. Mi hermano mayor no quiere morirse y mis hermanos más jóvenes no parecen querer otra cosa.

—¡Harry!

—Amigo mío, no hablo del todo en serio. Pero no puedo evitar detestar a mis parientes. Supongo que eso viene del hecho de que no podemos soportar que otros tengan nuestros mismos defectos. Simpatizo bastante con la aversión que siente la democracia inglesa hacia lo que ellos llaman los vicios de las clases elevadas. Sienten que la embriaguez, la estupidez y la inmoralidad deberían ser patrimonio exclusivo suyo, y que, si alguno de nosotros hace el asno, estamos invadiendo su territorio. Cuando el pobre Southwark llegó al Tribunal de Divorcios, su indignación fue magnífica. Pero no creo que ni el diez por ciento de los hombres de las clases bajas conviva con su propia esposa.

—No comparto ni una sola palabra que hayas dicho y, lo que es más, Harry, creo que tú tampoco.

Lord Henry se acarició la barba castaña cortada en punta y golpeó la punta de su bota de charol con un bastón de rota adornado con borlas.

—¡Qué inglés eres, Basil! Si le exponemos una idea a un auténtico inglés (cosa que siempre es una temeridad), a éste ni se le pasa por la cabeza considerar si la idea es acertada o errónea. Lo único que considera de importancia es si uno mismo cree en ella. Pero el valor de una idea nada tiene ni remotamente que ver con la sinceridad del hombre que la expresa. De hecho, las probabilidades están a favor de que cuanto más insincero sea el hombre más puramente intelectual será la idea, pues en ese caso no estará teñida de sus necesidades, sus deseos ni sus prejuicios. Sea como sea, no tengo intención de discutir contigo sobre política, sociología ni metafísica. Me gustan más las personas que los principios. Háblame más acerca de Dorian Gray. ¿Con qué frecuencia lo ves?

—Todos los días. No sería feliz si no lo viera a diario. Por supuesto, a veces sólo unos minutos, Pero son mucho unos minutos en compañía de alguien a quien se adora.

—Pero no será verdadera adoración lo que sientes por él.

—Lo es.

—¡Es extraordinario! Pensé que jamás te importaría nada que no fuese tu pintura... Tu arte, debería decir. Arte suena mejor, ¿no?

—Él es ahora para mí todo mi arte. A veces creo, Harry, que sólo hay dos edades de importancia en la historia del mundo. La primera es la de la aparición de una nueva técnica para el arte, y la segunda es la de la aparición de una personalidad también nueva para el arte. Lo mismo que fue la invención de la pintura al óleo para los venecianos y el rostro de Antínoo para la escultura griega tardía el rostro de Dorian Gray será algún día para mí. No se trata meramente de que pinte, dibuje o bosqueje a partir de él. Por supuesto, he hecho todas esas cosas. Ha posado para mí como Paris con exquisita armadura, y como Adonis con capa de cazador y jabalina bruñida. Coronado con pesadas flores de loto, se ha sentado en la proa de la barcaza de Adriano admirando el verde y turbio Nilo. Se ha inclinado sobre el sereno estanque de algún bosque griego para contemplar en la plata silenciosa de las aguas el milagro de su belleza. Pero él es para mí mucho más que eso. No voy a decirte que esté insatisfecho con mi trabajo con él, ni que su belleza sea tal que el arte no pueda expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y sé que la obra que he producido desde que conocí a Dorian Gray es un buen trabajo; es el mejor trabajo de toda mi vida. Pero, de algún modo extraño (no sé si podrás entenderme), su personalidad me ha sugerido una manera enteramente nueva de arte, un modo enteramente nuevo de estilo. Veo las cosas de manera diferente; pienso en ellas de manera diferente. «Un sueño de la forma en tiempos del pensamiento», ¿quién fue quien lo dijo? Lo he olvidado. Pero es lo que Dorian Gray ha sido para mí. La mera presencia visible de este muchacho (pues a mí no me parece más que un muchacho, aunque en realidad pase de los veinte)... Su mera presencia visible... Ah, me pregunto si podrás comprender todo lo que esto significa. Inconscientemente, él define para mí las líneas de una nueva escuela, una escuela llamada a contener en sí toda la pasión del espíritu romántico, toda la perfección del espíritu griego. La armonía de alma y cuerpo (¡cuánto es!). Nosotros, en nuestra locura, los hemos separado y hemos inventado un realismo bestial y un idealismo vacío. ¡Harry! ¡Harry! ¡Si supieras lo que de verdad es Dorian Gray para mí! ¿Te acuerdas de aquel paisaje mío por el que Agnew me ofreció una cantidad tan enorme, pero del que no quise separarme? Es una de las

mejores cosas que he hecho. ¿Y sabes por qué? Porque, mientras lo pintaba, Dorian Gray estaba sentado a mi lado.

—¡Basil, todo eso es extraordinario! Tengo que ver a Dorian Gray.

Hallward se levantó de su asiento y empezó a caminar arriba y abajo por el jardín. Pasado un rato, volvió.

—Tú no lo entiendes, Harry —dijo—. Dorian Gray es, simplemente, un motivo artístico para mí. Nunca está más presente en mi obra que cuando no hay allí imagen alguna de él. Es, simplemente, la insinuación, como he dicho, de una nueva manera. Lo veo en las curvas de ciertas líneas, en la gracia y las sutilezas de ciertos colores. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué no expones su retrato?

—Porque he puesto en él todo este extraordinario misterio del que, por supuesto, jamás me he atrevido a hablarle. Él no sabe nada al respecto. Nunca lo sabrá. Pero el mundo podría adivinarlo, y no estoy dispuesto a desnudar mi alma ante su mirada superficial y entrometida. Mi corazón jamás quedará bajo el microscopio. ¡Hay demasiado de mí mismo ahí, Harry, demasiado de mí!

—Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Ellos sí saben lo útil que es publicar la pasión. Hoy en día un corazón roto obtiene muchas ediciones.

—Los odio por ello. Un artista debería crear cosas hermosas sin poner nada de su propia vida en ellas. Vivimos en una época en la que los hombres tratan el arte como si éste aspirase a ser una forma de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Si vivo lo suficiente, mostraré al mundo cuál es. Y ésa es la razón por la que el mundo no debe ver jamás mi retrato de Dorian Gray.

—Creo que te equivocas, Basil, pero no voy a discutir contigo. Sólo los intelectualmente perdidos discuten siempre. Y dime: ¿te aprecia mucho Dorian Gray?

Hallward reflexionó durante unos momentos.

—Yo le gusto —respondió tras una pausa—. Sé que le gusto. Por supuesto, lo halago terriblemente. Encuentro un extraño placer en decirle cosas que sé que me arrepentiré de haber dicho. Me entrego. Por lo general, él es encantador conmigo, y volvemos del club paseando juntos del brazo o nos sentamos en el estudio a charlar de mil cosas. De vez en cuando, no

obstante, es horriblemente desconsiderado, y parece hallar verdadero deleite en causarme dolor. Entonces siento, Harry, que le he entregado el alma a alguien que la trata como si fuera una flor para adornar su chaqueta, una pieza decorativa para halagar su vanidad, el adorno de un día de verano.

—Los días de verano, Basil, suelen resistirse a marcharse. Quizá tú te canses antes de que quiera irse él. Es triste pensarlo, pero no hay duda de que el Genio perdura más que la Belleza. Eso explica que todos nos tomemos tantas molestias por cultivarnos demasiado. En la salvaje lucha por la existencia, queremos tener algo que perdure, y por ello nos llenamos la cabeza de bobadas inútiles y datos, con la estúpida esperanza de que ocupen nuestro lugar. El hombre cuidadosamente instruido: ése es el ideal moderno. Y la mente del hombre cuidadosamente instruido es una cosa terrible. Es como una tienda de curiosidades llena de monstruos y polvo y con todos los precios por encima del valor real. Creo que tú serás el primero en cansarte, de todos modos. Algún día lo mirarás y te desagradará su dibujo, o no te gustará su tono de color, o cualquier cosa. Le harás amargos reproches en lo más profundo de ti y pensarás realmente que se ha comportado muy mal contigo. Cuando vuelva a visitarte, te mostrarás perfectamente frío e indiferente. Será una gran pena, porque te cambiará. Lo peor de tener un romance es lo antirrománticos que nos deja después.

—Harry, no hables así. Mientras viva, la personalidad de Dorian Gray me dominará. Tú no sientes lo que siento yo. Cambias con demasiada frecuencia.

—Ah, mi querido Basil, precisamente por eso puedo sentirlo. Los que son fieles sólo conocen del amor los placeres; son los infieles quienes conocen las tragedias del amor.

Y lord Henry encendió una cerilla sobre una elegante caja de plata y comenzó a fumar un cigarrillo con expresión convencida y satisfecha, como si hubiera resumido la vida en una frase. Hubo un gorjeo de gorriones en la hiedra, y las azules sombras de las nubes se perseguían por la hierba como si fueran golondrinas. ¡Qué agradable era estar en el jardín! ¡Y qué encantadoras las emociones ajenas! Mucho más encantadoras que sus ideas, le parecía a él. El alma de uno mismo y las pasiones de un amigo: ésas eran las cosas fascinantes de la vida. Se acordó con placer del tedioso almuerzo

al que no había asistido por quedarse tanto tiempo con Basil Hallward. De haber ido a casa de su tía, estaba seguro de que allí habría coincidido con lord Goodbody, y toda la conversación habría girado en torno a la vivienda de los pobres y a la necesidad de casas de huéspedes modelo. ¡Era estupendo haber escapado de él! Y, al pensar en su tía, pareció tener una idea. Se volvió hacia Hallward y le dijo:

—Querido amigo, acabo de acordarme.

—¿Acordarte de qué, Harry?

—De donde había oído antes el nombre de Dorian Gray.

—¿Dónde fue? —preguntó Hallward con el ceño ligeramente fruncido.

—No me mires tan enfadado, Basil. Fue en casa de mi tía, *lady* Agatha. Ella me contó que había descubierto a un maravilloso joven que iba a ayudarla en el East End, y que su nombre era Dorian Gray. Tengo que decir que ella jamás me comentó que fuera atractivo. Las mujeres no aprecian el atractivo. No las buenas mujeres, por lo menos. Dijo que era muy de confianza y que tenía una bella naturaleza. Yo de inmediato me imaginé una criatura con gafas y pelo lacio, espantosamente cubierta de pecas, que se movería torpemente con unos enormes pies. Ojalá hubiera sabido que se trataba de ese amigo tuyo.

—Yo me alegro mucho de que no lo supieras, Harry.

—¿Por qué?

—No quiero que lo conozcas.

—El señor Dorian Gray está en el estudio, señor —dijo el mayordomo tras salir al jardín.

—Ahora no tendrás más remedio que presentarnos —exclamó, riendo, lord Henry.

Basil Hallward se volvió hacia el sirviente, que permanecía de pie, entrecerrando los ojos deslumbrado por el sol:

—Dígale al señor Gray que espere, Parker. Estaré allí en unos instantes.

—El hombre hizo una reverencia y se fue por el sendero.

Entonces él miró a lord Henry:

—Dorian Gray es mi más querido amigo —dijo—. Posee una naturaleza sencilla y hermosa. Tu tía llevaba mucha razón en lo que dijo de él. No lo estropees por mí. No intentes influenciarlo. La tuya sería una mala

influencia. El mundo es ancho y contiene muchas personas extraordinarias. No me arrebatas a la única que me hace la vida absolutamente maravillosa a mí y que proporciona a mi arte cuanta maravilla y encanto posee. Recuerda, Harry, que confío en ti.

Habló muy despacio, y las palabras parecieron salir de él casi contra su voluntad.

—¡Qué tonterías estás diciendo! —dijo sonriendo lord Henry y, tomando a Hallward del brazo, casi lo llevó hasta la casa.





AL ENTRAR VIERON a Dorian Gray. Estaba sentado junto al piano, dándoles la espalda, mientras pasaba las páginas de un volumen de *Escenas del bosque* de Schumann.

—Tienes que prestármelas, Basil —exclamó—. Quiero aprender a tocarlas. Son absolutamente encantadoras.

—Eso depende por completo de cómo poses hoy, Dorian.

—Oh, estoy cansado de posar, y no quiero un retrato del natural mío —respondió el muchacho, girándose en el taburete del piano de una manera intencionada y petulante.

Cuando reparó en lord Henry, un leve rubor coloreó por un momento sus mejillas, y se levantó.

—Te ruego disculpas, Basil. No sabía que estabas acompañado.

—Te presento a lord Henry Wotton, Dorian, un viejo amigo mío de Oxford. Acababa de decirle el magnífico modelo que eres, y ahora lo has estropeado todo.

—No ha estropeado el placer de conocerlo, señor Gray —dijo lord Henry dando un paso adelante y estrechándole la mano—. Mi tía con frecuencia me ha hablado de usted. Es uno de sus favoritos, y me temo que también una de sus víctimas.

—Estoy ahora en la lista negra de *lady* Agatha —respondió Dorian con una divertida mirada de arrepentimiento—. Prometí acompañarla a su club en Whitechapel el martes pasado, y la verdad es que me olvidé por completo. Teníamos que haber tocado un dúo juntos... Tres dúos, creo. No sé lo que me dirá. Me da demasiado miedo ir a verla.

—Oh, yo lo ayudaré a hacer las paces con mí tía. Es muy devota de usted. Y no creo que de verdad importe que no acudiera allí. El público probablemente creyó que era un dúo. Cuando la tía Agatha se sienta al piano hace el ruido de dos personas.

—Lo que dice es horrible en lo que respecta a ella y no muy amable hacia mí —respondió Dorian riendo.

Lord Henry lo miró. Sí; era en verdad extraordinariamente atractivo con aquella delicada curva en sus labios escarlata, sus francos ojos azules, su cabello crespo y dorado. Había algo en su rostro que hacía confiar en él al instante. Todo el candor de la juventud estaba allí, así como también toda la apasionada pureza de la juventud. Uno tenía la sensación de que aquel joven se había mantenido incontaminado del mundo. No era extraño que Basil Hallward lo adorase. Estaba hecho para ser adorado.

—Es usted demasiado encantador para dedicarse a la filantropía, señor Gray... De lejos demasiado encantador.

Y lord Henry se echó en el diván y abrió su pitillera.

Hallward había estado ocupado en mezclar colores y poner a punto sus pinceles. Parecía preocupado y, al oír el último comentario de lord Henry, lo miró, vaciló un momento, y dijo entonces:

—Harry, me gustaría terminar el cuadro hoy. ¿Te parecería muy poco delicado por mi parte si te pidiera que te marcharas?

Lord Henry sonrió y miró a Dorian Gray.

—¿Debo marcharme, señor Gray? —preguntó.

—Oh, por favor, no, lord Henry. Veo que Basil tiene uno de sus momentos malhumorados, y me resulta insufrible cuando se enfada. Quiero que me explique por qué no debería dedicarme a la filantropía.

—No sé si he debido decirle eso, señor Gray. Pero, desde luego, no saldré corriendo ahora que usted me ha pedido que me quede. En realidad,

no te importa, ¿verdad, Basil? A menudo me has dicho que te gusta que tus modelos puedan conversar con alguien.

Hallward se mordió el labio.

—Si Dorian lo desea, por supuesto que puedes quedarte. Los caprichos de Dorian son órdenes para todos menos para él mismo.

Lord Henry tomó su sombrero y sus guantes.

—Eres muy insistente, Basil, pero debo irme. He prometido encontrarme con alguien en el Orleans. Adiós, señor Gray. Venga a verme mañana por la tarde a la calle Curzon. Suelo encontrarme en casa a las cinco. Pero escríbame cuando vaya a venir. Lamentaría no estar.

—¡Basil! —exclamó Dorian Gray—. Si lord Henry se va, yo también me iré. Jamás abres la boca mientras pintas, y es espantosamente aburrido quedarse quieto en la tarima y tratar de parecer agradable. Pídele que se quede. Insisto en ello.

—Quédate, Harry, para complacer a Dorian y para complacerme a mí —dijo Hallward con la vista fija en su cuadro—. Es verdad: nunca hablo mientras estoy trabajando, y no escucho tampoco, y debe de ser espantosamente tedioso para mis pobres modelos. Te ruego que te quedes.

—¿Pero qué hay de mi cita en el Orleans?

Hallward rió.

—No creo que eso suponga ningún problema. Vuelve a sentarte, Harry. Y ahora, Dorian, sube a la tarima, y no te muevas demasiado ni prestes atención alguna a lo que lord Henry te diga. Tiene una pésima influencia en todos sus amigos exceptuándome a mí.

Dorian subió a la tarima con el aire de un joven mártir griego, e hizo una leve *moue* de fastidio a lord Henry, que ya había empezado a gustarle bastante. Era tan distinto a Hallward... Ambos hacían un delicioso contraste. Y tenía una voz tan hermosa... Tras unos breves instantes, le preguntó:

—¿Es usted de verdad tan mala influencia, lord Henry? ¿Tan mala como dice Basil?

—No existe la buena influencia, señor Gray. Toda influencia es inmoral (inmoral desde el punto de vista científico).

—¿Por qué?

—Porque influenciar a una persona es entregarle nuestra propia alma. Esta deja de pensar con sus pensamientos naturales y de arder con sus pasiones naturales. No son reales sus virtudes. Sus pecados, si es que los pecados existen, son prestados. Se convierte en el eco de la música de otra persona, en el actor que interpreta un papel que no se ha escrito para él. El propósito de la vida es la autorrevelación. Descubrir perfectamente la propia naturaleza (esto es, para qué estamos aquí cada uno de nosotros). La gente tiene miedo de sí misma hoy en día. Ha olvidado su más alto deber, el deber que uno tiene consigo. Por supuesto, es caritativa. Da de comer al hambriento y viste al pordiosero. Pero su propia alma sufre hambre y desnudez. El coraje ha desaparecido de nuestra raza. Tal vez, en realidad, nunca lo tuvimos. El terror a la sociedad, que es la base de la moral; el terror a Dios, que es el secreto de la religión... Ésas son las dos cosas que nos gobiernan. Y, sin embargo...

—Mueve la cabeza ligeramente a la derecha, Dorian, como un buen chico —dijo Hallward profundamente concentrado en su trabajo y siendo sólo consciente de que había aparecido una mirada en el rostro del muchacho que nunca había visto antes.

—Y, sin embargo —continuó lord Henry con su voz grave y musical, y con aquel elegante gesto de la mano que siempre había sido tan característico de él y ya tenía incluso en sus tiempos de Eton—, creo que si un hombre pudiera vivir su vida perfectamente y por completo, si pudiera dar forma a cada sentimiento, expresión a cada pensamiento, realidad a cada sueño... Creo que el mundo ganaría un impulso de alegría tan nuevo que olvidaríamos todos los males del medievalismo y regresaríamos al ideal helénico incluso a algo más hermoso y más rico que el ideal helénico, tal vez. Pero los hombres más valientes entre nosotros tienen miedo de sí mismos. La mutilación del salvaje tiene una trágica supervivencia en la autoinmolación que arruina nuestras vidas. Somos castigados por nuestras renunciaciones. Cada impulso que nos esforzamos por reprimir anida en nuestra mente y nos envenena. El cuerpo peca una vez y acaba con el pecado, pues la acción es un modo de purificación. Nada queda entonces sino el recuerdo de un placer o la suntuosidad de un arrepentimiento. La única manera de librarnos de una tentación es rendirnos a ella. Resistid, y vuestra alma

enfermará de nostalgia por las cosas que se ha prohibido a sí misma; del deseo de lo que sus monstruosas leyes han hecho monstruoso e ilegal. Se ha dicho que los grandes acontecimientos del mundo suceden en la mente. Es en la mente, y sólo en la mente, donde los grandes pecados del mundo suceden también. Usted, señor Gray, usted mismo, con su juventud de rosa roja y su niñez de rosa blanca, ha albergado pasiones que lo han asustado, pensamientos que lo han llenado de terror, sueños, dormido y despierto, cuyo sólo recuerdo podría teñir de pudor sus mejillas...

—¡Basta! —murmuró Dorian Gray—. ¡Basta! Me produce usted desconcierto. No sé qué decir. Hay alguna respuesta que darle, pero no soy capaz de encontrarla. No hable más. Déjeme pensar, o aún mejor, déjeme tratar de no pensar en nada.

Durante casi diez minutos permaneció inmóvil allí, con los labios entreabiertos y un extraño brillo en los ojos. Era vagamente consciente de que impulsos por completo nuevos estaban actuando sobre él, y le parecía que verdaderamente procedían de él mismo. Las pocas palabras que el amigo de Basil le había dirigido (palabras dichas por azar, sin duda, y deliberadamente paradójicas) habían pulsado alguna cuerda secreta que jamás había sido antes pulsada, pero que él ahora sentía vibrar y palpitar con un latido extraño.

La música lo había conmovido de esa forma. La música lo había turbado muchas veces. Pero la música no era articulada. No era un nuevo mundo, sino más bien un nuevo caos, lo que creaba en nosotros. ¡Palabras! ¡Meras palabras! ¡Qué terribles eran! ¡Qué claras, y vívidas, y crueles! Uno no podía escapar de ellas. ¡Y, sin embargo, qué sutil magia contenían! Parecían capaces de dar forma plástica a cosas informes, y poseer una música propia tan dulce como la de la viola o el laúd. ¡Meras palabras! ¿Había algo tan real como las palabras?

Sí. Había cosas en su niñez que no había comprendido. Las entendía ahora. La vida, de repente, se tiñó de colores llameantes. Le parecía haber estado caminando sobre fuego. ¿Por qué no lo había sabido?

Lord Henry lo observaba con una sonrisa triste. Sabía el exacto momento psicológico en el que no debía decir nada. Se sentía vivamente interesado. Le causaba asombro la repentina impresión que sus palabras

habían producido y, recordando un libro que había leído cuando contaba dieciséis años y le había revelado muchas cosas que hasta entonces desconocía, se preguntó si Dorian Gray estaría experimentando lo mismo. Él tan sólo había lanzado una flecha al aire. ¿Había dado en el blanco? ¡Qué fascinante era aquel joven!

Hallward pintaba con aquel maravilloso toque audaz suyo, que poseía el auténtico refinamiento y la perfecta delicadeza que sólo proceden de la fuerza. No era consciente del silencio.

—Basil, estoy cansado de posar —exclamó Dorian Gray de repente—. Tengo que salir y sentarme en el jardín. El aire aquí es sofocante.

—Querido amigo, te pido disculpas. Cuando estoy pintando soy incapaz de pensar en otra cosa. Pero nunca has posado mejor. Te has quedado perfectamente inmóvil. Y yo he podido captar el efecto que deseaba: los labios entreabiertos y la mirada brillante en los ojos. No sé lo que Harry te habrá estado diciendo, pero, desde luego, te ha hecho mostrar la más extraordinaria expresión. Supongo que te habrá estado halagando. No debes creerle una sola palabra que diga.

—No me ha estado halagando, desde luego. Tal vez ésa sea la razón por la que no creo nada de lo que me ha dicho.

—Sabe bien que lo ha creído todo —dijo lord Henry mirándolo con sus ojos soñolientos, con los párpados pesados—. Saldré al jardín con usted. Hace un calor horrible en el estudio. Basil, permítenos tomar algo helado de beber, algo que lleve fresas.

—Por supuesto, Harry. No tienes más que tocar el timbre, y cuando venga Parker le diré lo que queréis. Yo tengo que preparar este fondo, por lo que iré a reunirme con vosotros más tarde. No entretengas demasiado a Dorian. Nunca he estado en mejor forma para pintar que hoy. Ésta va a ser mi obra maestra. Ya es mi obra maestra tal como está.

Lord Henry salió al jardín, y encontró a Dorian con el rostro hundido en las enormes y frescas lilas, bebiendo enfebrecido su perfume como si fuera vino. Se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—Hace muy bien —murmuró—. Nada puede curar el alma salvo los sentidos; del mismo modo que nada puede curar los sentidos salvo el alma.

El joven se sobresaltó y retrocedió. Llevaba la cabeza descubierta, y las hojas habían desordenado sus rizos rebeldes y enmarañado sus hebras doradas. Había en sus ojos una mirada de temor, como la de quien ha sido despertado de una forma brusca. Las delicadamente cinceladas aletas de su nariz temblaban, y algún nervio escondido agitaba el escarlata de sus labios y los dejaba temblorosos.

—Sí —continuó lord Henry—, éste es uno de los grandes secretos de la vida: curar el alma por medio de los sentidos y los sentidos por medio del espíritu. Es usted una criatura maravillosa. Sabe más de lo que cree saber, del mismo modo que sabe menos de lo que querría.

Dorian Gray frunció el ceño y volvió la cabeza. No podía evitar que le agradara aquel joven alto y elegante que se hallaba junto a él. Su romántico rostro oliváceo y la expresión cansada le interesaban. Había algo en su voz grave y lánguida que era absolutamente fascinante. Incluso sus manos frescas y blancas como flores tenían un curioso encanto. Se movían, cuando hablaba, como al son de una música, y parecían tener su propio lenguaje. Pero sentía miedo ante él, y lo avergonzaba tener miedo. ¿Por qué un extraño lo había hecho revelarse ante sí mismo? Había tratado a Basil Hallward durante meses, pero la amistad entre ellos jamás lo había perturbado. De repente, se había encontrado con alguien que parecía haberle mostrado el misterio de la vida. Y, sin embargo, ¿qué había allí que temer? No era ni un colegial ni una niña. Era absurdo tener miedo.

—Vamos a sentarnos a la sombra —dijo lord Henry—. Parker ha traído fuera las bebidas y, si se queda más tiempo bajo esa llamarada, se marchitará y Basil no volverá a pintarlo nunca. Verdaderamente no debe dejarse quemar por el sol. Sería muy inconveniente para usted.

—¿Qué importa? —exclamó Dorian, riendo, mientras tomaba asiento al final del jardín.

—Sería de absoluta importancia para usted, señor Gray.

—¿Por qué?

—Porque posee ahora la más maravillosa juventud, y la juventud es la única cosa en el mundo que merece la pena poseer.

—No lo siento así, lord Henry.

—No. No lo siente así ahora. Algún día, cuando esté viejo, arrugado y horrible, cuando el pensamiento haya grabado a fuego arrugas en su frente y la pasión haya marcado sus labios con sus horribles hierros al rojo vivo, lo sentirá, lo sentirá de un modo terrible. Ahora, adondequiera que vaya, hechiza usted al mundo. ¿Será siempre así?

»Tiene usted un rostro singularmente hermoso, señor Gray. No frunza el ceño. Lo tiene. Y la Belleza es una forma de Genio; en realidad, más elevada que el Genio, pues no necesita explicación. Es uno de los grandes hechos del mundo, como la luz del sol o la primavera, o como el reflejo en oscuras aguas de esa concha de plata que llamamos Luna. No puede cuestionarse. Tiene derecho divino de soberanía. Convierte en príncipes a quienes la poseen. ¿Sonríe usted? ¡Ah! No sonreirá cuando la haya perdido.

»La gente dice a veces que la Belleza es sólo superficial. Tal vez así sea. Pero, al menos, no es tan superficial como el Pensamiento. Para mí, la Belleza es la maravilla de las maravillas. Sólo la gente muy superficial no juzga por las apariencias. El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo invisible.

»Sí, señor Gray, los dioses han sido benévolos con usted. Pero lo que los dioses nos dan rápidamente nos lo arrebatan. No tendrá más que unos pocos años en los que vivir de verdad. Cuando su juventud se vaya, su belleza desaparecerá con ella y, entonces, de repente, descubrirá que no le quedan triunfos o tendrá que contentarse con esos pingües triunfos que el recuerdo de su pasado hará más amargos que las derrotas. Cada mes que declina lo acerca a usted más a algo terrible. El tiempo tiene celos de usted, y lucha encarnizadamente contra sus lirios y sus rosas. Su piel se volverá amarillenta, se hundirán sus mejillas y el brillo de sus ojos se apagará. Sufrirá horriblemente.

»Sea consciente de su juventud mientras la posee. No malgaste el oro de sus días escuchando al tedioso, intentando remediar el fracaso sin esperanza ni entregando su vida al ignorante, al ordinario y al vulgar, que son las metas, los falsos ideales de nuestro tiempo. ¡Viva! ¡Viva la vida maravillosa que hay en usted! Que nada se pierda. Vaya siempre en busca de nuevas sensaciones. No le tenga miedo a nada.

»¡Un nuevo hedonismo! Eso es lo que nuestro siglo necesita. Usted podría ser su símbolo visible. Con su personalidad, no hay nada que no pueda hacer. El mundo es suyo por una temporada.

»Desde el instante en que le he conocido, he visto que era bastante ajeno a lo que es en realidad, a lo que podría ser en realidad. Había tanto en usted que me gustaba que sentí que debía decirle algo sobre sí mismo. Pensé que sería trágico que lo desperdiciara. Porque es tan poco el tiempo que le durará su juventud, tan poco tiempo...

»Las flores silvestres comunes se marchitan, pero vuelven a florecer. El laburno será tan dorado el próximo junio como ahora. En un mes habrá estrellas de púrpura sobre la clemátide, y año tras año la verde noche de sus hojas tendrá sus estrellas de fuego. Pero nosotros nunca recobramos nuestra juventud. El pulso alegre que late en nosotros a los veinte se vuelve perezoso. Se debilitan nuestros miembros y se deterioran nuestros sentidos. Degeneramos en espantosas marionetas atormentadas por el recuerdo de las pasiones que tanto nos asustaron y las exquisitas tentaciones a las que no nos atrevimos a ceder. ¡Juventud! ¡Juventud! ¡No hay absolutamente nada en el mundo como la juventud!

Dorian Gray escuchaba con los ojos abiertos y asombrado. La vara de lilas cayó de su mano a la grava. Un abejorro revoloteó con su zumbido alrededor por un momento. Luego comenzó a recorrer la gastada púrpura de las pequeñas flores. Él la observaba con ese extraño interés por las cosas triviales que intentamos mostrar cuando las cosas importantes nos dan miedo, o cuando nos conmueve alguna emoción nueva para la que no somos capaces de hallar expresión, o cuando algún pensamiento que nos aterra asedia de pronto nuestra mente exigiéndonos rendición. Tras un momento, se marchó volando. Él lo vio trepar hasta la trompeta moteada de un convólculo tirio. La flor pareció temblar, y luego mecerse suavemente.

De repente, Hallward apareció en la puerta del estudio y les hizo señas frenéticas de que entraran. Ambos se volvieron el uno hacia el otro y sonrieron.

—Estoy esperando —exclamó Hallward—. Entrad. La luz es casi perfecta y podéis traer vuestras bebidas.

Los dos se levantaron y recorrieron juntos el camino. Dos mariposas verdiblancas pasaron revoloteando y los dejaron atrás, y en el peral que había al final del jardín comenzó a cantar un tordo.

—Se alegra usted de haberme conocido, señor Gray —dijo lord Henry mirándolo.

—Así es. Me alegro ahora. ¿Debería preguntarme si me alegraré siempre?

—¡Siempre! Terrible palabra es ésa. Me hace temblar cada vez que la oigo. Las mujeres son tan aficionadas a usarla... Estropean cualquier romance intentando hacer que dure eternamente. Ésa es otra palabra carente de sentido. La única diferencia entre el capricho y la pasión de toda una vida es que el capricho dura un poco más.

Cuando entraban en el estudio, Dorian Gray puso la mano en el brazo de lord Henry.

—En tal caso, que nuestra amistad sea un capricho —murmuró ruborizándose ante su propia audacia, y a continuación subió a la tarima y volvió a posar.

Lord Henry se arrellanó en un enorme sofá de mimbre y lo observó. El acariciar y golpear del pincel sobre el lienzo eran el único sonido que rompía la quietud, salvo cuando Hallward daba un paso hacia atrás de cuando en cuando para mirar su obra desde cierta distancia. En el silencio, unos rayos oblicuos en los que el polvo danzaba y era de oro entraban a raudales por la puerta abierta. El intenso perfume de las rosas parecía invadirlo todo.

Tras alrededor de un cuarto de hora, Hallward dejó de pintar. Miró durante un buen rato a Dorian Gray y luego, durante un buen rato, al cuadro mientras mordisqueaba el extremo de uno de sus enormes pinceles y sonreía.

—Ya casi está listo —exclamó al fin, y se inclinó para escribir su nombre en finas letras de color bermellón en la esquina izquierda del cuadro.

Lord Henry se acercó y lo examinó. Era ciertamente una maravillosa obra de arte, y un maravilloso retrato también.

—Mi más entusiasta felicitación, querido amigo —dijo—. Venga y véase usted mismo, señor Gray.

El joven se levantó como si despertara de un sueño.

—¿De verdad está terminado? —murmuró bajando de la tarima.

—Casi terminado —dijo Hallward—. Y hoy has posado de forma espléndida. Te estoy tremendamente agradecido.

—Eso es del todo debido a mí —intervino lord Henry—. ¿Verdad, señor Gray?

Dorian no respondió, pasó indiferente por delante de su retrato y se volvió hacia él. Al verlo, retrocedió y sus mejillas se encendieron de placer por un momento. Una mirada de alegría asomó a sus ojos, como si por primera vez se hubiera reconocido. Permaneció allí inmóvil y asombrado, con la vaga consciencia de que Hallward le hablaba, pero sin captar el significado de sus palabras. El sentido de su propia belleza se apoderó de él como una revelación. Jamás lo había tenido hasta entonces. Los cumplidos de Basil Hallward le habían parecido meras exageraciones amables de la amistad. Las había escuchado; se había reído de ellas; las había olvidado. No habían influenciado su naturaleza. Entonces había llegado lord Henry con su extraño panegírico de la juventud, sus terribles advertencias sobre la brevedad de ésta. Aquello lo había conmovido en ese momento, y ahora, contemplando desde la sombra de su propio atractivo, la completa realidad de la descripción lo iluminó. Sí. Llegaría el día en que su rostro estaría arrugado y marchito; sus ojos sombríos y sin color; la gracia de su figura rota y deforme. El color escarlata moriría en sus labios y le arrebatarían el oro del cabello. La misma vida que iba a construir su alma asolaría su cuerpo. Se volvería innoble, repulsivo y zafio.

Mientras pensaba en ello, una aguda punzada de dolor lo atravesó como un cuchillo e hizo temblar cada delicada fibra de su naturaleza. Sus ojos adquirieron la profundidad de la amatista y los veló la niebla de las lágrimas. Le parecía como si una mano de hielo hubiera tomado su corazón.

—¿No te gusta? —exclamó Hallward al fin, un tanto herido por el silencio del muchacho y sin entender lo que significaba.

—Por supuesto que le gusta —dijo lord Henry—. ¿A quién no le gustaría? Es una de las cumbres del arte moderno. Te daré lo que me pidas

por él. Tiene que ser mío.

—No es de mi propiedad, Harry.

—¿A quién pertenece?

—A Dorian, por supuesto.

—Es alguien muy afortunado.

—¡Qué triste es! —murmuró Dorian con la vista aún clavada en su propio retrato—. ¡Qué triste es! Me haré viejo, y desagradable, y repulsivo. Pero este retrato seguirá siendo siempre joven. Nunca será más viejo que en este día de junio. ¡Ojalá fuera al revés! ¡Que yo pudiera ser siempre joven y el cuadro el que fuera envejeciendo! ¡Así es; no hay nada en el mundo que no diera a cambio!

—A ti no te gustaría demasiado ese acuerdo, Basil —exclamó lord Henry riendo—. Serían líneas muy duras para ti.

—Me opondría muy encarecidamente, Harry.

Dorian Gray se volvió y lo miró.

—Creo que lo harías, Basil. Pones tu arte por encima de tus amigos. No soy para ti más que una figura de bronce. Quizá menos que eso, me atrevería a decir.

Hallward miraba estupefacto. Era tan impropio de Dorian hablar así. ¿Qué había ocurrido? Parecía casi furioso. Tenía el rostro encendido y las mejillas le ardían.

—Sí —continuó—, soy menos para ti que tu Hermes de marfil o tu Fauno de plata. Ellos te gustarán siempre. ¿Hasta cuándo te gustaré yo? Hasta que tenga la primera arruga, supongo. Ahora sé que cuando uno pierde sus atractivos, cualesquiera que sean, lo pierde todo con ellos. Tu retrato me lo ha mostrado. Lord Henry tiene toda la razón. La juventud es lo único que merece la pena poseer. Cuando descubra que estoy envejeciendo, me mataré.

Hallward palideció y le cogió la mano.

—¡Dorian! ¡Dorian! —exclamó—. No digas eso. Nunca he tenido un amigo como tú, y nunca tendré otro. ¿Cómo puedes tener celos de cosas materiales?

—Tengo celos de todas las cosas cuya belleza no muere. Tengo celos del retrato que has pintado de mí. ¿Por qué debería conservar lo que yo he

de perder? Cada momento que pasa me arrebató algo y a él se lo da. ¡Ojalá fuera justo al contrario! ¡Que el cuadro pudiese cambiar y yo pudiera permanecer para siempre tal como soy ahora!

Lágrimas ardientes asomaron a sus ojos; apartó su mano y, derrumbándose en el diván, enterró el rostro en los cojines como si rezara.

—Esto es obra tuya, Harry —dijo Hallward con amargura.

—¿Obra mía?

—Sí, tuya, y lo sabes.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Es el verdadero Dorian Gray; eso es todo —respondió.

—No lo es.

—Aunque no lo sea, ¿qué tengo que ver yo?

—Debiste marcharte cuando te lo pedí.

—Me quedé cuando me lo pediste.

—Harry, no puedo discutir con mis dos mejores amigos a la vez, pero entre ambos me habéis hecho odiar la mejor obra que he creado nunca, y voy a destruirla. ¿Qué otra cosa es más que lienzo y color? No dejaré que se interponga en las vidas de los tres y las arruine.

Dorian Gray levantó su dorada cabeza de la almohada, y lo miró con el rostro pálido y los ojos empañados de lágrimas, mientras éste se dirigía a la mesa de pinturas de madera de pino que estaba bajo la gran ventana con cortinas. ¿Qué estaba haciendo allí? Sus dedos se extraviaron entre el desorden de tubos de latón y pinceles secos en busca de algo. Sí, era la espátula larga, con su delgada hoja flexible de acero. La había encontrado al fin. Iba a rasgar el lienzo.

Con un sollozo reprimido, saltó del sofá y, precipitándose sobre Hallward, le arrebató la espátula de la mano y la arrojó al otro extremo del estudio.

—¡No, Basil! ¡No! —gritó—. ¡Sería un asesinato!

—Me alegra que al fin aprecies mi obra, Dorian —respondió Hallward fríamente cuando se hubo recobrado de la sorpresa—. Nunca creí que llegaras a hacerlo.

—¿Apreciarla? Estoy enamorado de ella, Basil. Es parte de mí; así lo siento.

—Bueno, en cuanto estés seco, serás barnizado y enmarcado, y enviado a tu casa. Entonces podrás hacer lo que gustes contigo mismo.

Cruzó luego la habitación e hizo sonar el timbre para el té.

—Por supuesto, querrás té, ¿verdad, Dorian? Supongo que igual que tú, Harry, ¿me equivoco? El té es el único placer sencillo que nos queda.

—No me gustan los placeres sencillos —dijo lord Henry—. Y sólo me gustan las escenas sobre las tablas. ¡Qué absurdos sois los dos! Me pregunto quién fue el que definió al hombre como un animal con raciocinio. Fue la definición más apresurada que se haya dado jamás. El hombre es muchas cosas, pero no racional. Y, después de todo, me alegro de que no lo sea. Aunque desearía que vosotros dos, muchachos, no riñerais por el cuadro. Lo mejor sería que me dejaras quedármelo, Basil. Este niño tonto en realidad no lo quiere, y yo sí.

—¡Si dejas que otro se lo quede, Basil, no te perdonaré nunca! —gritó Dorian Gray—. Y no permito que nadie me llame niño tonto.

—Sabes que el cuadro es tuyo, Dorian. Te lo di antes de que existiera.

—Y usted sabe que ha sido un tanto idiota, señor Gray, y que en realidad no le importa que lo llamen niño.

—Me habría importado mucho esta mañana, lord Henry.

—¡Ah! ¡Esta mañana! Ha vivido usted desde entonces.

En ese momento llamaron a la puerta y el mayordomo entró con la bandeja del té y la dejó sobre una mesita japonesa. Hubo un tintineo de tazas y platillos, y se oyó el siseo de una tetera georgiana estriada. Un sirviente llevaba dos platos de porcelana en forma de globo. Dorian Gray se acercó y sirvió el té. Los dos hombres se acercaron lánguidamente hasta la mesa y examinaron lo que había bajo las tapaderas.

—Vayamos al teatro esta noche —dijo lord Henry—. Seguro que tienen que representar algo en alguna parte. He prometido cenar en casa de White, pero como se trata tan sólo de un viejo amigo, puedo telegrafiarle y decir que estoy enfermo, o que me es imposible acudir por un compromiso posterior. Creo que será una buena excusa (tendrá el efecto sorpresa de la candidez).

—Es tan aburrido tener que vestir traje de noche —musitó Hallward—. Y, cuando lo llevas puesto, es tan horrible.

—Así es —respondió lord Henry como adormilado—, los trajes de hoy son detestables. Tan sombríos y deprimentes... El pecado es el único elemento de color que le queda a la vida moderna.

—La verdad es que no deberías decir cosas como esa delante de Dorian, Harry.

—¿Delante de qué Dorian? ¿El que nos está sirviendo el té o el del retrato?

—Delante de ninguno de los dos.

—Me gustaría acompañarlo al teatro, lord Henry —dijo el muchacho.

—Entonces vendrá. Y tú también vendrás, Basil, ¿verdad?

—La verdad es que no puedo. No tan temprano. Me queda mucho trabajo por hacer.

—Bien, entonces iremos usted y yo solos, señor Gray.

—Me encantaría.

Basil Hallward se mordió el labio y se dirigió, con una taza en la mano, hacia el cuadro.

—Yo me quedaré con el Dorian real —dijo con tristeza.

—¿Ése es el Dorian real? —exclamó el modelo del retrato corriendo hacia él—. ¿Es que en realidad soy ése?

—Sí; eres exactamente ése.

—¡Es extraordinario, Basil!

—Al menos en apariencia eres como él. Pero él nunca cambiará —dijo Hallward—. Eso ya es algo.

—Qué importancia le da la gente a la fidelidad —murmuró lord Henry—. Y, después de todo, es una pura cuestión de fisiología. No tiene nada que ver con nuestra voluntad. O es un accidente desafortunado o el desagradable resultado de un temperamento. Los jóvenes quieren ser fieles y no lo son. Los viejos quieren ser infieles y no pueden. Eso es todo cuando podemos decir.

—No vayas al teatro esta noche, Dorian —dijo Hallward—. Quédate a cenar conmigo.

—La verdad es que no puedo.

—¿Por qué?

—Porque he prometido acompañar a lord Henry.

—No le gustarás más por respetar tus promesas. Él siempre incumple las suyas. Te ruego que no vayas.

Dorian Gray rió y movió la cabeza.

—Te lo suplico.

El joven dudó y miró a lord Henry, quien los observaba desde la mesa de té con una sonrisa que mostraba diversión.

—Tengo que ir, Basil —respondió.

—Muy bien —dijo Hallward, que salió andando y dejó su taza sobre la bandeja—. Es bastante tarde y, como tienes que vestirte, lo mejor será que no pierdas tiempo. Adiós, Harry. Adiós, Dorian. Ven a verme pronto. Ven mañana.

—Desde luego.

—¿No te olvidarás?

—No; por supuesto que no.

—Y... ¡Harry!

—¿Sí, Basil?

—Recuerda lo que te pedí cuando estábamos en el jardín esta mañana.

—Lo he olvidado.

—Confío en ti.

—Yo desearía poder confiar en mí mismo —dijo lord Henry, riendo—. Vamos, señor Gray, mi cabriolé está fuera, y puedo dejarlo en su casa. Adiós, Basil. Ha sido una tarde de lo más interesante.

Mientras la puerta se cerraba tras ellos, Hallward se dejó caer en un sofá, y una expresión de dolor apareció en su rostro.





3



BIERTA TARDE, un mes después, Dorian Gray se hallaba recostado en un lujoso sillón de la pequeña biblioteca de la casa de lord Henry en la calle Curzon. Era, a su modo, una habitación con gran encanto, con los altos paneles de su revestimiento de madera de roble teñidos de verde oliváceo, sus frisos color crema, sus techos con relieves de escayola y su moqueta de fieltro color ladrillo cubierta de alfombras persas con largos flecos de seda. Sobre una mesita de madera satinada había una estatuilla de Clodión, y junto a ella descansaba un ejemplar de *Les Cent Nouvelles* encuadernado para Margarita de Valois por Clovis Eve y salpicado de las margaritas doradas que la reina había elegido como emblema. Unos grandes jarrones azules de porcelana llenos de tulipanes loro formaban una hilera sobre la repisa de la chimenea, y a través de los pequeños vidrios emplomados de la ventana entraba a raudales la luz color albaricoque de un día de verano londinense.



Lord Henry no había llegado aún. Llegaba tarde siempre por principio, siendo este principio suyo que la puntualidad era la ladrona del tiempo. Así que la expresión del muchacho era más bien malhumorada mientras, con indolentes dedos, pasaba las páginas de una edición de *Manon Lescaut* ilustrada con refinamiento que había encontrado en una de las estanterías. El tictac monótono y solemne del reloj Luis XIV lo irritaba. Pensó en marcharse un par de veces.

Al fin, oyó unos leves pasos fuera, y la puerta se abrió.

—¡Qué tarde llegas, Harry! —murmuró.

—Me temo que no soy Harry, señor Gray —dijo una voz femenina.

Miró rápidamente a su alrededor y se puso de pie.

—Le ruego me disculpe. Pensé...

—Pensó que era mi esposo. Sólo soy su mujer. Permítame presentarme. Yo lo conozco a usted bastante bien por sus fotografías. Creo que mi esposo posee veintisiete.

—No serán veintisiete, *lady* Henry.

—Bueno, entonces serán veintiséis. Y lo vi con él la otra noche en la Ópera.

Ella reía nerviosamente mientras hablaba, y lo observaba con sus ojos de un vago color nomeolvides. Era una mujer curiosa cuyos vestidos siempre parecían diseñados en un estallido de ira y colocados en medio de una tempestad. Siempre estaba enamorada de alguien y, como sus pasiones nunca eran correspondidas, había conservado toda la ilusión. Intentaba parecer original, pero sólo lograba resultar desaliñada. Se llamaba Victoria, y tenía la absoluta manía de ir a la iglesia.

—Eso fue en *Lohengrin*, *lady* Henry, si no me equivoco.

—Sí, fue en el querido *Lohengrin*. No hay otra música que me guste más que la de Wagner. Es tan poderosa que una puede pasarse hablando todo el tiempo sin que la gente oiga lo que dice. Ésa es una gran ventaja, ¿no cree, señor Gray?

El mismo *staccato* de risa nerviosa escapó de sus delgados labios, y sus dedos comenzaron a jugar con un largo abrecartas.

Dorian sonrió y movió la cabeza:

—Me temo que no estoy de acuerdo, *lady* Henry. Nunca hablo mientras oigo música (al menos, no mientras oigo buena música). Cuando uno oye mala música, es su deber ahogarla con la conversación.

—¡Ah! Ésa es una de las ideas de Harry, ¿verdad, señor Gray? Aunque no debe usted pensar que no aprecio la buena música. La adoro, pero me asusta. Me vuelve demasiado romántica. Sencillamente he adorado a algunos pianistas (en ocasiones, hasta a dos a la vez). No sé qué tienen. Tal vez se trata de que son extranjeros. Porque todos lo son, ¿verdad? Incluso los que han nacido en Inglaterra se vuelven extranjeros tras un tiempo, ¿no le parece? Es tan inteligente por su parte y obsequia al arte de tal forma... Lo hace bastante cosmopolita, ¿verdad? Si no me equivoco, señor Gray, usted nunca ha venido a ninguna de mis fiestas. Debe venir. No puedo permitirme orquídeas, pero no reparo en gastos cuando se trata de extranjeros. Dan un toque tan original a nuestras casas... ¡Pero, aquí está Harry! Harry, entré aquí buscándote para preguntarte algo; he olvidado qué era. Y me he encontrado con el señor Gray. Hemos tenido una charla muy grata sobre música. Tenemos opiniones tan parecidas... Bueno, creo que nuestras opiniones son bastante diferentes. Pero él ha sido de lo más agradable. Me alegra mucho haberlo conocido.

—Estoy encantado, querida, verdaderamente encantado —dijo lord Henry alzando sus oscuras cejas en forma de luna creciente y mirándolos con una sonrisa de diversión—. Siento mucho llegar tarde, Dorian. Fui en busca de un trozo de brocado antiguo a la calle Wardour y tuve que regatear durante horas por él. Hoy en día la gente conoce el precio de todo y el valor de nada.

—Me temo que debo marcharme —exclamó *lady* Henry, tras un silencio incómodo, con su risa tonta repentina—. He prometido pasear en coche con la Duquesa. Adiós, señor Gray. Adiós, Harry. Cenarás fuera, supongo. Yo también. Quizás te vea en casa de *lady* Thornbury.

—Apostaría a que sí, querida —dijo lord Henry cerrando la puerta tras ella al tiempo que ésta salía precipitadamente de la habitación, con la cara de un ave del paraíso a la que hubieran echado bajo la lluvia, y dejando tras sí un vago olor a pachuli.

Entonces estrechó la mano a Dorian Gray, encendió un cigarrillo y se dejó caer en el sofá.

—Nunca te cases con una mujer de pelo pajizo, Dorian —dijo después de algunas caladas.

—¿Por qué, Harry?

—Porque son muy sentimentales.

—Pero a mí me gustan las personas sentimentales.

—No te cases nunca con nadie, Dorian. Los hombres se casan por cansancio; las mujeres, por curiosidad. Unos y otras acaban decepcionados.

—No creo que me case fácilmente, Harry. Estoy demasiado enamorado. Ése es uno de tus aforismos. Mi intención es ponerlo en práctica, igual que hago con todo lo que dices.

—¿De quién estás enamorado? —dijo lord Henry mirándolo con una sonrisa de curiosidad.

—De una actriz —respondió Dorian Gray ruborizándose.

Lord Henry se encogió de hombros.

—Ése es un *début* bastante tópico —murmuró.

—No dirías eso si la vieras, Harry.

—¿Quién es?

—Su nombre es Sybil Vane.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Nadie lo ha hecho. Pero la gente la conocerá un día. Es un genio.

—Mi querido muchacho, ninguna mujer es un genio. Las mujeres son un sexo decorativo. Nunca tienen nada que decir, aunque lo digan de una forma encantadora. Representan el triunfo de la materia sobre la mente, justo igual que nosotros, los hombres, representamos el triunfo de la mente sobre la moral. Sólo hay dos clases de mujeres: las grises y las coloridas. Las mujeres grises son muy útiles. Si quieres obtener una reputación de respetabilidad, sólo tienes que invitarlas a cenar. Las otras mujeres son encantadoras. Pero cometen un error. Se pintan para intentar parecer jóvenes. Nuestras abuelas se pintaban para intentar hablar de manera brillante. El *rouge* y el *esprit* solían ir juntos. Todo eso ha desaparecido. Ahora, en la medida en que una mujer puede aparentar diez años menos que su hija, está completamente satisfecha. Y, en cuanto a la conversación, sólo

hay cinco mujeres en Londres con las que merezca la pena hablar, y dos de ellas no son admitidas en la sociedad decente. Pero, háblame de tu genio. ¿Cuánto hace que la conoces?

—Unas tres semanas. No demasiado. Aproximadamente dos semanas y dos días.

—¿Cómo la conociste?

—Te lo contaré, Harry, pero no seas antipático cuando lo haga. Después de todo, no habría ocurrido de no haberte conocido a ti. Tú me llenaste de un salvaje deseo de conocerlo todo de la vida. Durante días, después de encontrarme contigo, algo parecía latir en mis venas. Cuando paseaba por el parque o caminaba por Piccadilly, solía mirar a cada persona con la que me cruzaba y preguntarme con desaforada curiosidad qué clase de vida llevaba. Algunas me fascinaron. Otras me llenaron de terror. Había un exquisito veneno en el aire. Sentía la pasión de las sensaciones.

»Una tarde, a eso de las siete, decidí salir en busca de alguna aventura. Sentí que este gris, monstruoso Londres nuestro, con sus miríadas de gente, sus pecadores espléndidos y sus sórdidos pecados, como dijiste una vez, debía de guardar algo para mí. Imaginé mil cosas. El peligro mismo me producía placer. Recordé lo que me habías dicho aquella noche maravillosa en que cenamos juntos por vez primera sobre que la búsqueda de la belleza era el venenoso secreto de la vida. No sé bien lo que esperaba, pero salí y estuve vagando hacia el Este hasta que pronto me extravié en un laberinto de calles mugrientas y plazas oscuras sin césped. Hacia las ocho y media, pasé por un pequeño teatro de tercera categoría con grandes luces de gas que destellaban y carteles del peor gusto. Había un horrible judío con el más asombroso chaleco que haya contemplado en mi vida a la entrada, fumando un pésimo cigarro. Llevaba unos rizos grasientos, y un enorme diamante resplandecía en el medio de su camisa manchada. “¿Tiene palco, milord?”, dijo al verme, al tiempo que se quitaba el sombrero en un gesto de espléndido servilismo. Había algo en él, Harry, que me asombraba. Era tan monstruoso... Te burlarás de mí, lo sé, pero la verdad es que entré y pagué nada menos que una guinea por un palco de patio. Hasta hoy mismo sigo siendo incapaz de saber por qué hice tal cosa. ¡Pero, de no haberlo hecho, mi querido Harry, de no haberlo hecho, habría dejado pasar el

romance más importante de mi vida! Veo que te burlas. ¡Es horrible que lo hagas!

—No me burlo, Dorian; al menos, no de ti. Pero no deberías llamarlo el romance más importante de tu vida. Deberías llamarlo el primer romance de tu vida. Tú siempre serás amado, y siempre estarás enamorado del amor. Te aguardan cosas exquisitas. Esto no es más que el principio.

—¿Te parece mi naturaleza tan superficial? —exclamó Dorian Gray irritado.

—No, me parece demasiado profunda.

—¿Qué quieres decir?

—Mi querido muchacho, la gente que ama una sola vez en la vida es verdaderamente superficial. Lo que ellos llaman su lealtad y su fidelidad, yo lo llamo aletargamiento de la costumbre o falta de imaginación. La infidelidad es para la vida emocional lo mismo que la coherencia para la vida intelectual: la mera confesión de un fracaso. Pero no quiero interrumpirte. Sigue contándome.

—Bien, pues me hallé sentado en un horrible y estrecho palco privado con un telón vulgar delante de la cara. Miré tras la cortina, y eché un vistazo al teatro. Era un escenario chabacano, todo lleno de cupidos y cornucopias, como un pastel de bodas de tercera categoría. La galería y el patio de butacas estaban bastante llenos, pero las dos filas de deslucida platea se hallaban casi vacías, y apenas había nadie en lo que supongo que llaman el palco. Las mujeres pasaban con naranjas y cerveza de jengibre, y había un espantoso crujir de nueces continuo.

—Debía de ser como en los felices tiempos del teatro británico.

—Justo así, imagino, y bastante horrible. Empezaba a preguntarme qué demonios haría, cuando reparé en el cartel. ¿Cuál crees que era la obra, Harry?

—Diría que *El chico idiota* o *Mudo pero inocente*. A nuestros padres solían gustarles esa clase de obras, tengo entendido. Cuanto más vivo, Dorian, más convencido estoy de que lo que era lo bastante bueno para nuestros padres no es lo bastante bueno para nosotros. En arte, como en política, *les grand-pères ont toujours tort*.

—La obra era lo bastante buena para nosotros, Harry. Era *Romeo y Julieta*. Debo admitir que me irritó bastante la idea de ver a Shakespeare representado en un agujero tan inmundo como aquél. Pero atrapó mi interés en cierto modo. En cualquier caso, decidí esperar al primer acto. Había una orquesta terrible presidida por un judío joven sentado a un piano desafinado que casi logró que me fuera, pero al fin el telón se levantó y comenzó la obra. Romeo era un corpulento señor mayor con cejas de corcho, una voz ronca de tragedia y figura semejante a un barril de cerveza. Mercurio era casi tan malo. Hacía su papel un comediante bajo que introducía chistes de su cosecha y mostraba la mayor familiaridad con el patio de butacas. Resultaban tan grotescos como la escena, que parecía salida de una pantomima de hace cincuenta años. ¡Pero, Julieta! Harry, imagina a una muchacha de apenas diecisiete años con un pequeño rostro de flor, una cabecita griega con bucles trenzados de cabellos de un castaño oscuro, ojos que eran pozos violeta de pasión, labios que eran como los pétalos de un rosa... Era la criatura más encantadora que había visto en mi vida. Tú me dijiste una vez que el patetismo te dejaba indiferente, pero que la belleza, la mera belleza podía llenar tus ojos de lágrimas. Te diré, Harry, que yo casi no podía ver a aquella muchacha a través de las lágrimas que brotaron de mí. Y su voz... Jamás había oído una voz semejante. Era muy baja al principio, con dulces notas profundas que parecían caer en el oído una por una. Luego subía algo más y sonaba como una flauta o un oboe lejano. En la escena del jardín poseía todo ese trémulo éxtasis que oímos justo antes del alba cuando cantan los ruiseñores. Hubo momentos, después, en que adquirió la violenta pasión de los violines. Tú sabes cómo puede conmovernos una voz. Tu voz y la de Sybil Vane son dos cosas que no olvidaré nunca. Cuando cierro los ojos, las oigo, y cada una dice algo diferente. No sé cuál de ellas seguir. ¿Por qué no debería amarla? Harry, la amo. Ella lo es todo para mí en la vida. Noche tras noche voy a verla actuar. Una noche es Rosalinda y la siguiente Imogen. La he visto morir en la penumbra de un sepulcro italiano, sorbiendo el veneno de los labios de su amante. La he visto vagar por el bosque de Arden, disfrazada de hermoso muchacho, con calzas y jubón y gorro elegante. Ha enloquecido y ha comparecido en presencia de un rey culpable, y la han adornado con ruda y

le han dado a probar hierbas amargas. Ha sido inocente, y las negras manos de los celos han aplastado su cuello de junco. La he visto en todas las épocas y con todos los atuendos. Las mujeres ordinarias jamás estimulan nuestra imaginación. Están encerradas en nuestro siglo. Ningún brillo las transfigura. Uno conoce sus mentes con la misma facilidad con que conoce sus sombreros. Siempre puede encontrarlas. Pasean en coche por el parque por la mañana y parlotean por la tarde en reuniones de té. Poseen la misma sonrisa estereotipada y las mismas costumbres de moda. Son bastante obvias. ¡Pero, una actriz! ¡Qué diferente es una actriz! ¿Por qué no me dijiste, Harry, que una actriz es la única criatura digna de ser amada?

—Porque he amado a muchas de ellas, Dorian.

—Oh, sí, horribles mujeres de pelo teñido y rostros maquillados.

—No menosprecies el pelo teñido ni los rostros maquillados. Hay un extraordinario atractivo en ellos a veces.

—Desearía ahora no haberte dicho nada acerca de Sybil Vane.

—No podías evitar contármelo, Dorian. Durante toda tu vida me contarás todo lo que hagas.

—Sí, Harry. Creo que es verdad. No puedo evitar contarte las cosas. Posees una extraña influencia sobre mí. Si alguna vez cometiera un crimen, vendría a confiártelo. Tú me entenderías.

—La gente como tú (los caprichosos rayos de sol de la vida) no comete crímenes, Dorian. Pero igualmente me halaga mucho el cumplido. Y ahora, dime. (Sé un buen chico y acércame las cerillas. Gracias). ¿Es Sybil Vane tu amante?

Dorian Gray se puso de pie de un salto con las mejillas encendidas y los ojos en llamas.

—¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa, Harry? Es horrible. ¡Sybil Vane es sagrada!

—Las cosas sagradas son las únicas que merece la pena tocar, Dorian —dijo lord Henry con un extraño dejo de patetismo en su voz—. ¿Pero qué razón tienes para enfadarte? Supongo que ella será tu amante algún día. Cuando uno está enamorado, siempre empieza por engañarse a sí mismo y termina por engañar a otros. En eso consiste lo que el mundo llama un romance. Supongo, en todo caso, que la conoces.

—Por supuesto que la conozco. La primera noche que estuve en el teatro, el horrible viejo judío vino al palco cuando hubo acabado la representación y me ofreció llevarme tras las bambalinas y presentármela. Me enfurecí con él, y le dije que Julieta llevaba muerta centenares de años y que su cuerpo descansaba en una tumba de mármol en Verona. Creo, por la mirada de completo asombro que me dirigió, que pensó que yo había tomado demasiado *champagne* o algo por el estilo.

—No me sorprende.

—A mí tampoco me sorprendió. Me preguntó entonces si escribía en algún periódico. Y le respondí que ni siquiera leía ninguno. Ante lo cual pareció terriblemente decepcionado, y me hizo la confidencia de que todos los críticos teatrales conspiraban contra él y todos eran sobornables.

—Creo que en eso llevaba bastante razón. Pero, por otra parte, la verdad es que la mayoría ni siquiera resultan nada caros.

—Bueno, él parecía pensar que estaban por encima de sus posibilidades. Para entonces, las luces se estaban apagando en el teatro y tuve que irme. Se empeñó en que probara unos cigarros que me recomendó encarecidamente. Pero decliné la invitación. La noche siguiente, por supuesto, aparecí de nuevo en el teatro. Al verme, hizo una reverencia servil y me aseguró que yo era un mecenas de las artes. Era un bruto de lo más insultante, aunque sentía una extraordinaria pasión por Shakespeare. Me dijo una vez con aire orgulloso que sus tres bancarrotas se habían debido por entero al poeta, al que insistía en llamar el Bardo. Parecía considerarlo una distinción.

—Era una distinción, mi querido Dorian, una gran distinción. ¿Pero cuando hablaste por primera vez con la señorita Sybil Vane?

—La tercera noche. Ella había estado haciendo de Rosalinda. No pude evitar acercarme. Le había lanzado algunas flores, y ella me había mirado. Al menos, yo había imaginado que lo hizo. El viejo judío era insistente. Parecía decidido a llevarme tras las bambalinas; así que accedí. Fue curioso que no quisiera conocerla, ¿verdad?

—No, no lo creo.

—¿Por qué, querido Harry?

—Te lo diré en otra ocasión. Ahora quiero que me hables de la muchacha.

—¿Sybil? Oh, era tan tímida y tan dulce. Hay algo de niña en ella. Abrió los ojos de par en par con exquisito asombro cuando le dije lo que pensaba de su interpretación, y parecía bastante ajena a su talento. Creo que ambos estábamos bastante nerviosos. El viejo judío permanecía sonriente en la puerta del polvoriento camerino, pronunciando elaborados discursos sobre nosotros dos mientras nos mirábamos el uno al otro como chiquillos. El judío insistía en llamarme milord, de modo que tuve que asegurarle a Sybil que yo no era nada semejante. Y ella, simplemente, respondió: «tú pareces más bien un príncipe».

—¡Caramba, Dorian, la señorita Sybil sabe hacer cumplidos!

—Tú no la entiendes, Harry. Simplemente, me veía como un personaje de una obra de teatro. Ella no sabe nada de la vida. Vive con su madre, una mujer cansada y descolorida que interpretaba el papel de *lady* Capuleto con una especie de envoltorio color magenta por vestido la primera noche, y que da la impresión de haber conocido mejores tiempos.

—Conozco esa apariencia. Siempre me deprime.

—El judío quería contarme su historia, pero le dije que no me interesaba.

—Hiciste muy bien. Hay siempre algo infinitamente mezquino en las tragedias ajenas.

—Sybil es lo único que me importa. ¿Qué más me da de dónde venga? Desde su cabecita hasta sus diminutos pies es absoluta y perfectamente divina. Acudo a verla actuar cada noche de mi vida y cada noche es más maravillosa.

—Ésa es la razón, supongo, de que ahora ya nunca cenas conmigo. Imaginé que debías de tener algún curioso romance entre manos, pero no es exactamente lo que esperaba.

—Mi querido Harry, almorzamos o merendamos juntos todos los días, y he ido contigo a la ópera en varias ocasiones.

—Siempre llegas espantosamente tarde.

—Bueno, no puedo evitar ir a ver actuar a Sybil, aunque sólo sea durante un acto. Enloquezco con su presencia, y cuando pienso en el alma

maravillosa que se esconde en ese pequeño cuerpo de marfil, me invade un sentimiento de veneración.

—Puedes cenar conmigo esta noche, ¿verdad, Dorian?

Éste movió la cabeza.

—Esta noche hace de Imogen —respondió—, y mañana por la noche será Julieta.

—¿Cuándo hace de Sybil Vane?

—Nunca.

—Te felicito.

—¡Eres horrible! Ella es todas las grandes heroínas del mundo en una. Es más que un ser individual. Tú te burlas, pero yo te aseguro que tiene talento. La amo. Y debo conseguir que ella me ame también. ¡Tú, que conoces todos los secretos de la vida, dime cómo cautivar a Sybil Vane para que me ame! Quiero despertar los celos de Romeo. Quiero que los amantes muertos del mundo oigan nuestras risas y sientan pesadumbre. Quiero que el aliento de nuestra pasión remueva la consciencia del polvo y despierte sus cenizas al dolor. ¡Dios mío! ¡Harry, cómo la adoro!

Caminaba de un lado a otro por la habitación mientras hablaba. Manchas febriles de encendido rojo ardían en sus mejillas. Estaba terriblemente agitado.

Lord Henry lo observaba con una sutil sensación de placer. ¡Qué diferente era ahora de aquel muchacho tímido y medroso que había conocido en el estudio de Basil Hallward! Su naturaleza se había desplegado como una flor, y de ella habían nacido pétalos de llameante escarlata. Su Alma se había deslizado fuera de su escondite secreto, y el Deseo había ido a encontrarse con ella.

—¿Y qué te propones hacer? —dijo lord Henry al fin.

—Quiero que Basil y tú me acompañéis alguna noche a verla actuar. No albergo el menor temor al resultado. No seréis capaces de negaros a reconocer su genialidad. Luego no tendremos más remedio que liberarla de las manos del judío. Está obligada a seguir con él durante tres años más (al menos, durante dos años y ocho meses) en este momento. Por supuesto, tendré que pagarle. Cuando todo esté arreglado, alquilaré un teatro en el

West-End y haré que actúe en las condiciones apropiadas. Causará el mismo furor al mundo que me ha causado a mí.

—¡Imposible, mi querido muchacho!

—Sí, lo haré. No sólo posee arte, consumado instinto artístico, sino también personalidad. Y tú a menudo me has dicho que son las personalidades, no los principios, los que mueven los tiempos.

—Está bien. ¿Qué noche iremos?

—Déjame ver. Hoy es martes. Quedemos mañana. Mañana hace de Julieta.

—De acuerdo. En el Bristol a las ocho. Y llevaré a Basil.

—A las ocho no, Harry, por favor. A las seis y media. Debemos estar allí antes de que se levante el telón. Tenéis que verla en el primer acto, cuando se encuentra con Romeo.

—¡Las seis y media! ¡Vaya hora! Será como tomar el té durante la cena. Pero como desees. ¿Verás a Basil antes o debo escribirle yo?

—¡Mi querido Basil! Lo he perdido de vista desde hace una semana. Y no está nada bien por mi parte, pues me envió el retrato con un maravilloso marco que diseñó él mismo, y aunque estoy algo celoso de ese cuadro por ser todo un mes más joven que yo, debo admitir que me encanta. Quizá sería mejor que tú le escribieras. No quiero verme a solas con él. Dice cosas que me incomodan.

Lord Henry sonrió.

—Te da buenos consejos, supongo. La gente es muy aficionada a regalar a otros lo que más necesita para sí.

—No querrás decir que Basil sufre por alguna pasión o está viviendo algún romance, ¿verdad?

—No sé si sufre por alguna pasión, pero sin ninguna duda está viviendo un romance —dijo lord Henry con una mirada divertida—. ¿Nunca te lo ha hecho saber?

—Nunca. Debo preguntarle. Oírlo me sorprende mucho. Es el mejor de los amigos, pero me parece un poco filisteo. Desde que te conozco a ti, Harry, he descubierto eso.

—Basil, querido muchacho, vuelca en su obra todo lo encantador que hay en el mundo. La consecuencia es que a la vida no le deja nada salvo sus

prejuicios, sus principios y su sentido común. Los únicos artistas personalmente atractivos que he conocido son los malos artistas. Los buenos se lo entregan todo a su arte y, de ese modo, se vuelven ellos mismos del todo carentes de interés. Un gran poeta, un poeta verdaderamente grande es la más antipoética de las criaturas. Pero los poetas inferiores son absolutamente fascinantes. Cuanto peores son sus rimas, más peculiar su apariencia. El mero hecho de haber publicado un libro de sonetos de segunda categoría vuelve a un hombre bastante irresistible. Él vive la poesía que no es capaz de escribir. Los otros escriben la poesía que no se atreven a hacer realidad.

—Me pregunto si realmente es así, Harry —dijo Dorian Gray poniendo un poco de perfume en su pañuelo de un gran frasco con tapón de oro que había sobre la mesa—. Debe de serlo, si tú lo dices. Y ahora tengo que irme. Imogen me está esperando. No te olvides de lo de mañana. ¡Adiós!

En cuanto salió de la habitación, los párpados pesados de lord Henry se cerraron, y empezó a pensar. Ciertamente, pocas personas le habían interesado tanto como Dorian Gray, pero la loca adoración que el muchacho sentía por otra persona no le causaba ni la más leve punzada de incomodidad o celos. Le gustaba la idea. Hacía su estudio aún más interesante. Siempre lo habían fascinado los métodos de la ciencia, pero el objeto material ordinario de la ciencia le parecía trivial y carente de importancia. Por eso había empezado a viviseccionarse a sí mismo y había terminado viviseccionando a otros. La vida humana: ésa era la única cosa que le parecía digna de investigación. No existía ninguna otra cosa de valor en comparación con ella. Ciertamente era que, mientras uno observaba la vida en su curioso crisol de dolor y placer, no podía cubrirse el rostro con ninguna máscara de cristal, ni evitar que los gases sulfúreos perturbasen la mente o enturbiasen la imaginación con fantasías monstruosas y sueños deformes. Había venenos tan sutiles que conocer sus propiedades no podía más que hacerlo a uno enfermar. Había males tan extraños que uno tenía que sufrirlos si buscaba entender su naturaleza. ¡Y, sin embargo, qué gran recompensa se recibía a cambio! ¡Qué maravilloso el mundo entero se nos volvía! Advertir la dura y curiosa lógica de la pasión y la colorida vida emocional del intelecto: observar dónde se encontraban y dónde se

separaban la una del otro, en qué punto se convertían en una misma cosa y en qué punto entraban en discordia. ¡Cuánto placer había en ello! ¿Qué importaba el precio? Uno nunca pagaba demasiado a cambio de una sensación.

Era consciente (y la idea iluminó de placer sus ojos castaños de ágata) de que a través de unas palabras suyas, palabras de música pronunciadas con música, el alma de Dorian Gray se había vuelto hacia aquella cándida muchacha y se había arrodillado ante ella para venerarla. En gran medida, el muchacho era su propia creación. Lo había hecho precoz. Eso ya era algo. La gente común esperaba hasta que la vida desplegaba ante ella sus secretos, pero para unos pocos, para los elegidos, los misterios de la vida se mostraban antes de que se apartase el velo. A veces esto ocurría por efecto del Arte, y principalmente por efecto del arte de la literatura, que trataba de manera inmediata con las pasiones y el intelecto. Pero, de vez en cuando, una personalidad compleja ocupaba su lugar y desempeñaba el oficio del arte. Era, desde luego, a su modo, una auténtica obra de arte. Pues la Vida posee sus propias elaboradas obras de arte exactamente igual que la poesía, la escultura o la pintura.

Sí, el muchacho era precoz. Estaba recogiendo su cosecha mientras era primavera todavía. El pulso y la pasión de la juventud seguían en él, pero estaba tomando conciencia de sí mismo. Era una delicia observarlo. Con su hermoso rostro y su hermosa alma era una criatura asombrosa. No importaba cómo terminase todo o cómo estuviera destinado a acabar. Era como una de esas graciosas figuras de un desfile o una obra de teatro cuyas alegrías nos parecen remotas, pero cuyo dolor conmueve nuestro sentido de la belleza y cuyas heridas son como rosas rojas.

Alma y cuerpo; cuerpo y alma. ¡Qué llenos de misterio! Había animalidad en el alma y el cuerpo tenía sus momentos de espiritualidad. Los sentidos podían refinarse y el intelecto envilecerse. ¿Quién podía decir dónde cesaba el impulso carnal y el impulso psíquico comenzaba? ¿Qué superficiales eran las definiciones arbitrarias de los psicólogos comunes! ¡Y, sin embargo, qué difícil decidir entre las afirmaciones de las distintas escuelas! ¿Era el alma una sombra asentada en la casa del pecado? ¿O se hallaba el cuerpo verdaderamente en el alma, como pensaba Giordano

Bruno? La separación del espíritu de la materia era un misterio, y la unión del espíritu con la materia era un misterio también.

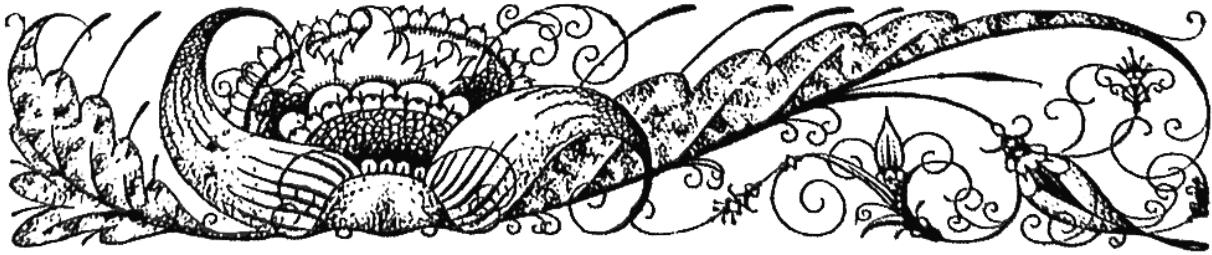
Comenzaba a preguntarse si alguna vez haríamos de la psicología una ciencia tan absoluta que hasta el más pequeño resorte vital se nos revelase. Hasta el momento, siempre nos interpretábamos mal a nosotros mismos y rara vez entendíamos a otros. La experiencia carecía de valor ético. No era más que el nombre que dábamos a nuestros errores. Los hombres, por lo general, la consideraban un modo de advertencia; habían sostenido su eficacia moral en la formación del carácter; la habían elogiado como algo que nos enseñaba qué perseguir y nos mostraba qué evitar. Pero en la experiencia no había fuerza motriz. Tenía tan poco de causa activa como la conciencia misma. Todo lo que, en realidad, demostraba que nuestro futuro sería el mismo que nuestro pasado, y que el pecado que habíamos cometido una vez con aversión lo cometeríamos muchas veces con deleite.

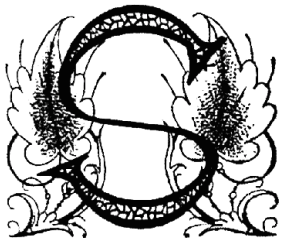
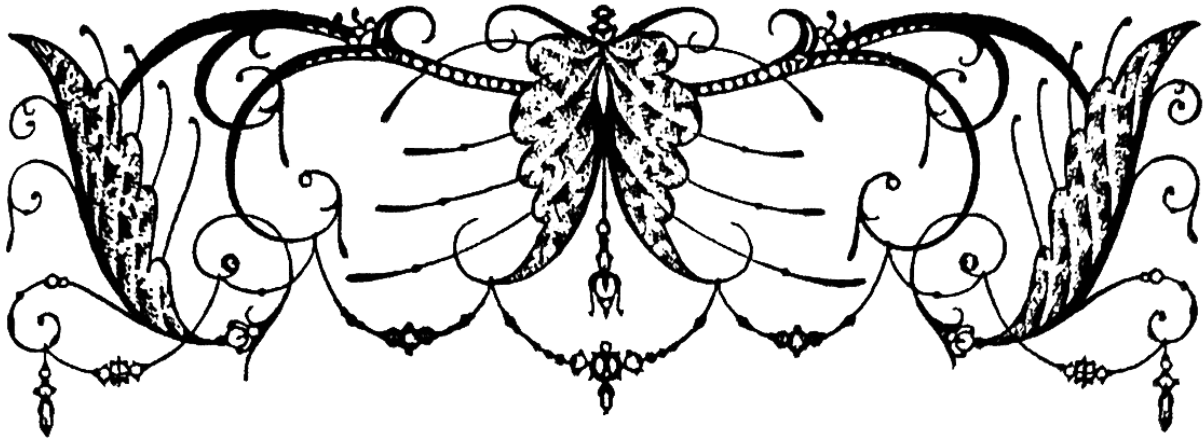
Le parecía claro que el método experimental era el único por el que podía llegar a cualquier análisis científico de las pasiones y, desde luego, Dorian Gray era un sujeto hecho a su medida, y parecía prometer ricos y fructíferos resultados. Su repentino loco amor por Sybil Vane era un fenómeno psicológico de interés no pequeño. No había duda de que la curiosidad tenía mucho que ver con él, la curiosidad y el deseo de nuevas experiencias, aunque no fuera en absoluto simple, sino más bien una muy compleja pasión. Lo que tenía del instinto puramente sensual de la juventud se había visto transformado por los efectos de la imaginación, convertido en algo que al muchacho mismo le parecía muy lejos del sentido, y por esa misma razón más peligroso. Eran las pasiones acerca de cuyo origen nos engañábamos las que más poderosamente nos tiranizaban. Nuestros motivos más débiles eran aquellos de cuya naturaleza somos conscientes. Y a menudo sucedía que, cuando creíamos estar experimentando sobre otros, en realidad lo hacíamos sobre nosotros mismos.

Hallándose lord Henry sumido en estas ensoñaciones, llamaron a la puerta, entró su ayuda de cámara y le recordó que era hora de vestirse para la cena. Se levantó y miró a la calle. El crepúsculo había invadido de oro escarlata las ventanas más altas de las casas de enfrente. Los cristales resplandecían como láminas de metal al rojo vivo. El cielo en lo alto era

como una rosa que desmaya. Pensó en los colores de fuego de la vida del joven Dorian Gray y se preguntó cómo acabaría todo.

Cuando volvió a su casa, hacia las doce y media, vio un telegrama sobre la mesa del vestíbulo. Lo abrió, y descubrió que lo enviaba Dorian. Era para decirle que se había prometido en matrimonio a Sybil Vane.





UPONGO QUE HABRÁS oído las noticias, ¿no, Basil? —dijo lord Henry la tarde siguiente, en el momento en que Hallward apareció en un pequeño salón privado del Bristol, donde se había servido una cena para tres.

—No, Harry —respondió Hallward mientras le daba su sombrero y su abrigo al camarero, que hacía un gesto de reverencia—. ¿De qué se trata? Nada de política, espero. No me interesa. Apenas hay una sola persona en toda la Cámara de los Comunes digna de ser pintada, aunque lo cierto es que a muchas les convendría algo de blanqueo.

—Dorian Gray se ha prometido en matrimonio —dijo lord Henry observándolo mientras hablaba.

Hallward palideció por completo, y una extraña mirada relampagueó por un instante en sus ojos y luego se desvaneció, dejándolos inexpresivos.

—¡Dorian prometido en matrimonio! —Exclamó—. ¡Imposible!

—Es completamente cierto.

—¿Con quién?

—Con una actriz de poca monta.

—No puedo creerlo. Dorian es demasiado sensato para algo semejante.

—Dorian es de lejos demasiado sabio como para no hacer cosas disparatadas de vez en cuando, mi querido Basil.

—El matrimonio difícilmente es algo que uno pueda hacer de vez en cuando, Harry —respondió Hallward sonriendo.

—Salvo en América. Pero no he dicho que se hubiera casado. He dicho que se ha prometido en matrimonio. Hay una gran diferencia. Tengo un claro recuerdo de haberme casado, pero no conservo memoria alguna de haberme prometido. Me inclino a pensar que no me prometí nunca.

—Pero piensa en la cuna de Dorian, en su posición y en su patrimonio. Sería absurdo que se casara con alguien tan inferior a él.

—Si quieres que se case con esta muchacha, sólo tienes que decirle eso, Basil. No dudará entonces en hacerlo. Cada vez que un hombre comete una completa estupidez lo hace por los motivos más nobles.

—Espero que la muchacha sea buena, Harry, No quiero ver a Dorian atado a ninguna criatura vil que pueda degradar su naturaleza y arruinar su intelecto.

—Oh, es más que buena. Es hermosa —murmuró lord Henry dando un sorbo a una copa de vermú con angostura de naranja—. Dorian dice que es hermosa, y no suele equivocarse en asuntos de esa índole. Tu retrato ha avivado su apreciación de la apariencia física de otras personas. Ha tenido ese excelente efecto entre otros. Vamos a ir a verla esta noche, si es que este muchacho no ha olvidado su cita.

—¿Pero tú lo apruebas, Harry? —preguntó Hallward caminando de un lado a otro por la habitación y mordiéndose el labio—. No puedes aprobarlo de verdad. Es un estúpido encaprichamiento.

—Yo ya nunca apruebo ni desapruebo nada. Es una absurda actitud hacia la vida. No hemos venido al mundo a airear nuestros prejuicios morales. Jamás tengo en cuenta lo que dice el común de la gente, y jamás interfiere en lo que hacen las personas cautivadoras. Si una personalidad me fascina, cualquier cosa que esa personalidad elija hacer me resulta absolutamente deliciosa. Dorian Gray se enamora de una hermosa muchacha que interpreta a Shakespeare y le propone matrimonio. ¿Por qué no? Si se casara con Mesalina, no por ello sería menos interesante. Sabes bien que no soy un paladín del matrimonio. El verdadero inconveniente del

matrimonio es que nos hace dejar de ser egoístas. Y las personas que no son egoístas son incoloras. Les falta individualidad. Sin embargo, hay ciertos temperamentos que el matrimonio vuelve más complejos. Estos conservan su egotismo, y añaden muchos otros egos a él. Se ven obligados a tener más de una vida. Se hacen más organizados. Además, toda experiencia es de valor, y cualquier cosa que uno pueda decir acerca del matrimonio, no se puede negar que es, desde luego, una experiencia. Yo espero que Dorian Gray convierta a esta muchacha en su esposa, que la adore apasionadamente durante seis meses y que, entonces, de repente, se sienta fascinado por otra persona. Será un maravilloso objeto de estudio.

—No piensas eso de verdad, Harry, sabes que no. Si la vida de Dorian Gray quedase arruinada, nadie lo lamentaría más que tú. Eres mucho mejor de lo que finges ser.

Lord Henry echó a reír.

—La razón por la que a todo el mundo le gusta pensar tan bien de los demás es que todos nos tememos miedo a nosotros mismos. El fundamento del optimismo es el puro terror. Pensamos que somos generosos porque atribuimos a nuestros vecinos aquellas virtudes que más probablemente nos benefician. Elogiamos al banquero que podría dejar en descubierto nuestra cuenta y hallamos buenas cualidades en el salteador de caminos con la esperanza de que perdone nuestra bolsa. Pienso todo lo que he dicho. Siento el mayor desprecio por el optimismo. Y en cuanto a la vida arruinada, ninguna lo está más que aquella cuyo desarrollo se obstaculiza. Sí quieres estropear una naturaleza, no tienes más que reformarla. Pero aquí está el propio Dorian. Él te dirá más de lo que yo puedo decirte.

—¡Querido Harry, querido Basil, los dos tenéis que felicitarme! —dijo el muchacho mientras se quitaba el sombrero de noche con alas de raso y estrechaba por turnos la mano de sus amigos—. Nunca he sido tan feliz. Por supuesto, es precipitado. Todas las cosas verdaderamente maravillosas lo son. Y, sin embargo, me parece lo único que he estado buscando durante mi vida entera.

Había enrojecido de emoción y placer, y estaba extraordinariamente hermoso.

—Espero que siempre seas muy feliz, Dorian —dijo Hallward—, pero no puedo perdonarte del todo por no haberme informado de tu compromiso. A Harry se lo dijiste.

—Y yo no te perdono por llegar tarde a cenar —interrumpió lord Henry, poniendo la mano sobre el hombro del muchacho y sonriendo mientras hablaba—. Vamos, tomemos asiento y veamos cómo es el nuevo chef de aquí, y ahora nos contarás cómo sucedió todo.

—En realidad no hay mucho que contar —exclamó Dorian mientras se sentaban a la pequeña mesa redonda—. Lo que ocurrió fue, sencillamente, esto. Tras dejarte ayer por la noche, Harry, cené algo en ese curioso pequeño restaurante italiano de la calle Rupert que tú me diste a conocer, y después me dirigí al teatro. Sybil hacía de Rosalinda. Por supuesto, la puesta en escena era terrible y el Orlando absurdo. ¡Pero Sybil! ¡Tendrías que haberla visto! Cuando salió vestida de muchacho estaba absolutamente maravillosa. Llevaba un jubón de terciopelo color musgo con mangas canela, finas calzas marrones con liga, un elegante sombrero verde con una pluma de halcón sujeta a una gema y un manto con capucha forrado de rojo mate. Nunca me había parecido tan exquisita. Poseía toda la delicada elegancia de esa estatuilla de Tanagra que tienes en tu estudio, Basil. Los cabellos le enmarcaban el rostro como hojas oscuras en torno a una pálida rosa. En cuanto a su actuación... Bueno, la veréis esta noche. Es, sencillamente, una artista nata. Me senté en el descolorido palco completamente fascinado. Olvidé que estaba en Londres y en el siglo diecinueve. Me hallaba lejos con mi amor en un bosque que nadie había visto antes. Cuando la función terminó, fui a los camerinos y hablamos. Y, estando sentados juntos, de repente, apareció una mirada en sus ojos que no había visto hasta entonces. Mis labios se acercaron a ella. Nos besamos. No puedo describiros lo que sentí en ese momento. Me parecía que toda mi vida se había reducido a un perfecto punto de dicha color rosa. Todo su cuerpo temblaba y se estremecía igual que un blanco narciso. Entonces se arrojó al suelo de rodillas y besó mis manos. Siento que no debería contaros todo esto, pero no lo puedo evitar. Por supuesto, nuestro compromiso es un secreto absoluto. Ella ni siquiera se lo ha dicho a su madre. ¡No sé lo que dirán mis tutores! Lord Radley seguro que va a enfurecerse. No me importa.

Tendré la edad legal en menos de un año, y entonces podré hacer lo que quiera. He hecho bien (¿verdad, Basil?) en extraer mi amor de la poesía y encontrar a mi esposa en las obras de Shakespeare. Labios que Shakespeare enseñó a hablar han susurrado su secreto a mi oído. Me han rodeado los brazos de Rosalinda y he besado la boca de Julieta.



HENRY KEEN

1925

—Sí, Dorian. Supongo que has hecho bien —dijo Hallward despacio.

—¿La has visto hoy? —preguntó lord Henry.

Dorian Gray movió la cabeza.

—La dejé en el bosque de Arden. La encontraré en un huerto de Verona.

Lord Henry sorbió su *champagne* con aire meditativo.

—¿En qué punto particular mencionaste la palabra matrimonio, Dorian?
¿Y qué te respondió ella? Quizá lo olvidaste por completo.

—Mi querido Harry, no trato el asunto como si fuera una transacción de negocios, y no hice ninguna propuesta formal. Le dije que la amaba, y ella me dijo que no era digna de ser mi esposa. ¡Que no era digna! ¡Si para mí el mundo entero no es nada en comparación con ella!

—Las mujeres son maravillosamente prácticas —murmuró lord Henry—; mucho más prácticas que nosotros. En situaciones como esa nosotros a menudo nos olvidamos de decir palabra alguna acerca del matrimonio, y ellas siempre nos lo recuerdan.

Hallward le puso la mano en el brazo.

—No, Harry. Has ofendido a Dorian. Él no es como otros hombres. Nunca acarrearía desdicha a nadie. Su naturaleza es demasiado delicada para eso.

Lord Henry miró al otro lado de la mesa.

—Dorian nunca se molesta conmigo —respondió—. Hice la pregunta por la mejor de las razones posibles; por la única razón, desde luego, que justifica que hagamos cualquier pregunta: la simple curiosidad. Tengo la teoría de que son siempre las mujeres las que nos proponen matrimonio a nosotros, y no nosotros a las mujeres, salvo, por supuesto, en la vida de la clase media. Pero es que las clases medias no son modernas.

Dorian Gray rió y volvió la cabeza.

—Eres bastante incorregible, Harry. Pero no me importa. Es imposible enfadarse contigo. Cuando veas a Sybil Vane sabrás que el hombre capaz de hacerle daño tendría que ser una bestia sin corazón. Soy incapaz de entender cómo alguien puede querer deshonorar a quien ama. Yo amo a Sybil Vane. Quiero subirla a un pedestal de oro y ver al mundo adorar a una mujer que es mía. ¿Qué es el matrimonio? Un voto irrevocable. Y es un voto irrevocable el que quiero hacer. Su confianza me hace leal; su fe me

hace bueno. Cuando estoy con ella, lamento todo lo que tú me has enseñado. Me vuelvo distinto a como me conoces. Me transformo, y el simple roce de la mano de Sybil Vane hace que me olvide de ti y de tus equivocadas, fascinantes, tóxicas y deliciosas teorías.

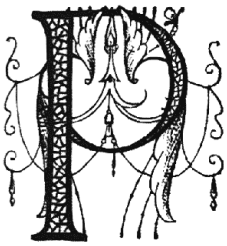
—Siempre te gustaré, Dorian —dijo lord Henry—. ¿Querréis café, amigos? Camarero, traiga café, y buen *champagne*, y unos cigarrillos. O no. No se preocupe por los cigarrillos. Tengo algunos. Basil, no puedo permitirte que fumes cigarros. Debes tener un cigarrillo. Un cigarrillo es el ejemplo perfecto de un placer perfecto. Es exquisito, y lo deja a uno insatisfecho. ¿Qué más se puede desear? Sí Dorian. Siempre me querrás. Represento para ti todos los pecados que tú no has tenido el coraje de cometer.

—¡Qué tonterías estás diciendo, Harry! —exclamó Dorian Gray mientras prendía su cigarrillo con un encendedor en forma de dragón de plata que el camarero había dejado sobre la mesa—. Vayamos al teatro. Cuando veas a Sybil, tendrás un nuevo ideal de vida. Representará algo para ti que tú no has conocido nunca.

—Yo lo he conocido todo —dijo lord Henry con una mirada melancólica en sus ojos—, pero siempre estoy dispuesto a una nueva emoción. Aunque me temo que no existe tal cosa para mí, en cualquier caso, tal vez tu maravillosa muchacha me sorprenda. Me encanta la actuación. Es mucho más real que la vida. Vamos. Dorian, tú vendrás conmigo. Lo siento mucho, Basil, pero sólo hay espacio para dos en la berlina. Tendrás que seguirnos en un cabriolé.

Se levantaron y se pusieron los abrigos tomándose el café de pie. Hallward permanecía silencioso y preocupado. Lo envolvía la tristeza. No podía tolerar aquel matrimonio, aunque le pareciera la mejor de muchas otras cosas que podrían haber ocurrido. Tras unos momentos, todos bajaron. Él se marchó solo, como habían acordado, e iba mirando las luces parpadeantes de la pequeña berlina a la que seguía. Se apoderó de él una extraña sensación de pérdida. Sintió que Dorian Gray nunca volvería a ser para él todo lo que había sido en el pasado. Sus ojos se ensombrecieron, y las abigarradas calles iluminadas se le hicieron borrosas. Cuando el coche llegó a las puertas del teatro, le pareció que había envejecido años enteros.





OR UNA U OTRA RAZÓN, el teatro estaba repleto esa noche, y el gordo director judío que los recibió en la puerta mostraba una radiante, grasienta y trémula sonrisa de oreja a oreja. Los acompañó hasta el palco con una especie de humildad pomposa, moviendo sus gruesas manos enjovadas y hablando a voces. Provocó en Dorian Gray más aversión que nunca. Tenía la impresión de haber ido en busca de Miranda y haber encontrado a Calibán. A lord Henry, sin embargo, le agradó. Al menos, eso dijo, e insistió en estrecharle la mano y asegurarle que estaba orgulloso de conocer a un hombre que había descubierto a un auténtico genio y se había arruinado por Shakespeare. Hallward se entretuvo en observar los rostros del patio de butacas. El calor era absolutamente asfixiante, y el enorme sol ardía como una monstruosa dalia de pétalos de fuego. Los jóvenes del gallinero se habían quitado los abrigos y chalecos y los habían colgado a un lado. Hablaban entre ellos de un extremo a otro del teatro y compartían sus naranjas con las vulgares muchachas maquilladas que se sentaban junto a ellos. Algunas mujeres reían en el patio de butacas; sus voces eran horriblemente chillonas y discordantes. El sonido de las botellas al descorcharse llegaba desde el bar.

—¡Vaya lugar para encontrar dentro la divinidad de uno! —dijo lord Henry.

—¡Sí! —respondió Dorian Gray—. Aquí fue donde la encontré, y ella es la más divina de las criaturas. Cuando actúa, te olvidas de todo. Toda esta gente vulgar, con sus rostros ordinarios y sus gestos brutales, se vuelve completamente distinta cuando está ella en escena. Se sientan en silencio y la observan. Lloran y ríen según lo que ella se proponga. Los vuelve tan sensibles como un violín. Los espiritualiza, y sientes que están hechos de la misma carne y sangre que tú mismo.

—¡Oh, espero que no! —murmuró lord Henry, que estaba examinando a los ocupantes del gallinero con sus gemelos de ópera.

—No le hagas ningún caso, Dorian —dijo Hallward—. Entiendo lo que quieres decir, y yo creo en esa muchacha. Todo aquel que tú ames debe de ser maravilloso, y cualquier muchacha que ejerza el efecto que describes ha de ser hermosa y noble. Espiritualizar nuestra propia época: he ahí algo que merece la pena hacer. Si esa muchacha es capaz de dar un alma a quienes han vivido sin una, si es capaz de crear el sentido de la belleza en personas cuyas vidas han sido sórdidas y horribles, si puede desnudarlos de su egoísmo y prestarles lágrimas de tristezas que no son tuyas, es digna de toda tu adoración, digna de la adoración del mundo. Ese matrimonio es adecuado. No lo creí al principio, pero lo reconozco ahora. Dios hizo a Sybil Vane para ti. Sin ella habrías estado incompleto.

—Gracias, Basil —respondió Dorian Gray apretando su mano—. Sabía que tú me entenderías. Harry es tan cínico que me aterra. Aquí está la orquesta. Es espantosa, pero sólo se oye durante unos cinco minutos. Luego se levanta el telón, y entonces verás a la muchacha a la que voy a entregar mi vida, a la que he entregado todo lo bueno que hay en mí.

Pasado un cuarto de hora, en medio de un extraordinario aplauso, Sybil Vane salió a escena. Sí, era en efecto encantador mirarla, una de las criaturas más encantadoras (pensó lord Henry) que hubiera visto. Había algo de ciervo en su elegancia tímida y sus ojos temerosos. Un tenue rubor, como la sombra de una rosa en un espejo de plata, apareció en sus mejillas cuando miró al teatro repleto de público entusiasmado. Retrocedió unos pasos, y sus labios parecieron temblar. Basil Hallward se puso en pie y empezó a aplaudir. Dorian Gray permaneció sentado, inmóvil, mirándola

como quien está en medio de un sueño. Lord Henry observaba a través de sus gemelos de ópera y murmuraba: «¡Encantadora! ¡Encantadora!».

La escena era la entrada de la casa de los Capuleto, y Romeo, vestido de peregrino, había entrado con Mercucio y sus compañeros. La banda, pues no otra cosa era, hizo sonar un par de acordes y comenzó el baile. Entre la multitud de actores torpes y pobremente vestidos, Sybil Vane se movía como una criatura de un mundo mejor. Su cuerpo se mecía al bailar igual que una planta se mece en el agua. Las curvas de su garganta eran como las curvas de un lirio blanco. Sus manos parecían estar hechas de frío marfil.

Sin embargo, se hallaba curiosamente inexpresiva. No mostraba signos de alegría cuando su mirada se posaba en Romeo. Los pocos versos que tuvo que decir:

Buen peregrino, agravias a tu mano,
que cortés devoción demuestra en esto.
Tocan los peregrinos la mano de los santos,
y, juntando sus palmas, dan su sagrado beso...

al igual que el breve diálogo que sigue, los pronunció de una manera completamente artificial. La voz era exquisita, pero la entonación de todo punto falsa. Tenía el color equivocado. Le arrebatava toda la vida al verso. Hacía inauténtica la pasión.

Dorian Gray palideció viéndola. Ninguno de sus amigos se atrevió a decirle nada. Les parecía absolutamente torpe. Estaban terriblemente decepcionados. Pero pensaban que la verdadera prueba de cualquier Julieta era la escena del balcón en el segundo acto. Esperaron a que llegara. Si fallaba allí, es que no había nada en ella.

Estaba encantadora al aparecer bajo la luz de la luna. Eso era innegable. Pero resultó insoportable el histrionismo de su actuación, y empeoró a medida que avanzaba. Sus gestos se volvieron absurdamente artificiales. Exageró el énfasis de todo lo que tuvo que decir. El hermoso pasaje:

Si el velo de la noche no cubriera mi rostro,
un rubor virginal teñiría mis mejillas
por lo que me has oído confesarte ahora...

fue declamado con la penosa precisión de una colegiala a la que ha enseñado a recitar un profesor de elocución de segunda categoría. Cuando

se inclinó sobre el balcón y llegaron esos maravillosos versos que dicen:

Aunque eres mi alegría,
no me alegra el acuerdo de esta noche.
Es demasiado súbito, temerario e imprudente;
como un rayo, que deja de ser sin que podamos
decir: «ahí viene un rayo». ¡Buenas noches, amor!
Este brote amoroso quizá ya flor espléndida
sea cuando los dos volvamos a encontrarnos...

pronunció las palabras como si no tuvieran significado para ella. No era nerviosismo. Lejos de estar nerviosa, en realidad, parecía absolutamente dueña de sí. Era, simplemente, una mala actuación. Era un completo fracaso.

Incluso el vulgar e inculto público del patio de butacas y el gallinero perdió interés en la obra. Se impacientó y empezó a hablar en voz alta y a silbar. El director judío, que se hallaba tras el palco, pataleaba y juraba enfurecido. La única que seguía imperturbable era la propia muchacha.

Cuando terminó el segundo acto, se oyó una tormenta de silbidos y lord Henry se levantó de la silla y se puso el abrigo.

—Es bastante hermosa, Dorian —dijo—, pero no sabe actuar. Vayámonos.

—Yo me quedo a ver la obra entera —respondió el muchacho con voz dura y amarga—. Siento terriblemente haberte hecho perder una tarde, Harry. Os pido disculpas a los dos.

—Mi querido Dorian, yo diría que la señorita Vane está enferma —interrumpió Hallward—. Volveremos otra noche.

—Desearía que estuviera enferma —replicó éste—. Pero me parece, simplemente, desalmada y fría. Ha cambiado por completo. Anoche era una gran artista. Esta noche no es más que una actriz mediocre y vulgar.

—No hables así de nadie a quien ames, Dorian. El amor es algo mucho más maravilloso que el arte.

—Ambos no son más que simples formas de imitación —murmuró lord Henry—. Pero, vayámonos, Dorian. No debes quedarte aquí ni un minuto más. No es bueno para la moral de uno presenciar malas actuaciones. Y, además, no creo que quieras que tu esposa actúe. Así que, ¿qué problema hay en que haga de Julieta igual que una muñeca de madera? Es

encantadora, y si sabe tan poco de la vida como de actuar, será una experiencia deliciosa. Sólo hay dos clases de personas en verdad fascinantes: la gente que lo sabe absolutamente todo y la gente que no sabe absolutamente nada. ¡Cielo santo, querido muchacho, no pongas esa cara de tragedia! El secreto de la permanente juventud es no tener nunca una emoción inconveniente. Ven al club con Basil y conmigo. Fumaremos cigarrillos y brindaremos por la belleza de Sybil Vane. Es hermosa. ¿Qué más puedes desear?

—Por favor, vete —gritó el muchacho—. De verdad quiero estar solo. Basil, no te importa que te pida que te marches, ¿verdad? ¡Ay! ¿No podéis ver que mi corazón se está rompiendo?

Lágrimas calientes vinieron a sus ojos. Los labios le temblaban y, precipitándose al fondo del palco, se apoyó contra la pared mientras se ocultaba la cara con las manos.

—Vámonos, Basil —dijo lord Henry con una extraña ternura en su voz, y los dos jóvenes se marcharon juntos.

Unos momentos después, las candilejas se encendían y el telón se levantaba para el tercer acto. Dorian Gray volvió a su asiento. Parecía pálido, orgulloso e indiferente. La obra se hizo eterna. Parecía infinita. La mitad del público se fue, haciendo ruido con sus pesadas botas y sus risotadas. Todo fue un fiasco. El último acto se representó casi para asientos vacíos.

En cuanto terminó, Dorian Gray se apresuró a ir a los camerinos. La muchacha estaba sola allí, con una mirada triunfal en el rostro. Iluminaba sus ojos un exquisito fuego.

Estaba radiante. Sus labios entreabiertos se sonreían de algún íntimo secreto.

Cuando él entró, la miró, y una expresión de infinita alegría se apoderó de ella.

—¡Qué mal he actuado esta noche, Dorian! —exclamó.

—¡Horriblemente! —respondió él mirándola asombrado—. ¡Horriblemente! Ha sido espantoso. ¿Estás enferma? No tienes idea de cómo ha sido. No tienes idea de lo que he estado sufriendo.

La muchacha sonrió.

—Dorian —respondió demorándose en su nombre con una lenta música en la voz, como si éste fuera más dulce que la miel para los pétalos rojos de sus labios—. Dorian, tendrías que haberlo entendido. Pero lo entiendes ahora, ¿verdad?

—¿Entender qué? —preguntó enfurecido.

—Por qué lo he hecho tan mal esta noche. Por qué ya siempre lo haré mal. Por qué ya nunca volveré a actuar bien.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que estás enferma. Cuando estés enferma, no deberías actuar. Te pones en ridículo. Mis amigos se aburrieron. Yo me aburrí.

Ella parecía no escucharlo. Se hallaba transfigurada de alegría. Un éxtasis de felicidad la dominaba.

—Dorian, Dorian —exclamó—, antes de conocerte, actuar era la única realidad de mi vida. Vivía solo y para el teatro. Pensaba que todo era verdad. Era Rosalinda una noche, y Porcia la siguiente. La alegría de Beatriz era mi alegría, y las penas de Cordelia eran mías también. Lo creía todo. Las personas corrientes que actuaban conmigo me parecían divinas. Las escenas pintadas eran mi mundo. No conocía más que sombras, y pensaba que eran reales. Entonces llegaste tú, hermoso amor mío, y liberaste mi alma de su prisión. Tú me enseñaste cómo es realmente lo real. Esta noche, por primera vez en mi vida, me di cuenta de que Romeo era horrible, y viejo, y estaba maquillado; que la luz de la luna en el huerto era falsa; que el escenario era vulgar y las palabras que yo tenía que decir irreales; no eran mis palabras ni lo que yo quería decir. Tú me has traído algo más alto, algo de lo que todo el arte no es más que un reflejo. Tú me has hecho entender lo que el amor es en realidad. ¡Amor mío! ¡Amor mío! Estoy cansada de sombras. Tú eres para mí más de lo que todo el arte pueda ser nunca. ¿Qué tengo yo que ver con las marionetas de un teatro? Cuando salí esta noche, no podía entender cómo todo me había abandonado. De repente, amaneció en mi alma el significado de todas las cosas. Ese conocimiento me resultó exquisito. Les oí silbar y sonreí. ¿Qué sabían ellos del amor? Llévame, Dorian. Llévame contigo adonde pueda estar sola. Odio el escenario. Podría imitar una pasión que no siento, pero no soy capaz de imitar una que me quema como fuego. Oh, Dorian, Dorian, ¿entiendes

ahora lo que significa todo? Aunque pudiera, sería una profanación para mí actuar estando enamorada. Tú me has hecho ver eso.

Él se dejó caer en el sofá y volvió el rostro.

—Has matado mi amor —musitó.

Ella lo miró sorprendida y rió. Él no respondió nada. Ella se acercó a él y le acarició el pelo con sus pequeños dedos. Se arrodilló y le presionó la mano con sus labios. Él los apartó y lo recorrió un escalofrío.

Entonces se levantó y se fue hasta la puerta.

—Sí —gritó—, has matado mi amor. Solías despertar mi imaginación. Ahora ni siquiera despiertas mi curiosidad. Simplemente, no tienes efecto. Te amaba porque eras extraordinaria, porque tenías talento e intelecto, porque hacías realidad los sueños de los grandes poetas y dabas forma y sustancia a las sombras del arte. Lo has estropeado todo. Eres superficial y estúpida. ¡Cielo santo! ¡Qué locura era amarte! ¡Qué estúpido he sido! Ya no eres nada para mí. Jamás volveré a verte. Jamás volveré a mencionar tu nombre. No sabes lo que fuiste para mí una vez. ¿Por qué, una vez...? ¡Oh, no puedo soportar la idea! Desearía no haberte visto nunca. Has estropeado el romance de mi vida. ¡Qué poco puedes saber del amor si dices que ha arruinado tu arte! ¿Qué eres tú sin tu arte? Nada. Yo te habría hecho famosa, espléndida, magnífica. El mundo te habría adorado y tú habrías sido mía. ¿Qué eres ahora? Una actriz de tercera categoría con un rostro bonito.

La muchacha palideció y empezó a temblar. Se apretó las manos y la voz pareció quedársele atrapada en la garganta.

—No puedes hablar en serio, Dorian —murmuró—. Estás actuando.

—¡Actuando! Te dejo eso a ti. Hazlo bien —respondió él agriamente.

Ella se puso de pie y, con una penosa expresión de dolor en el rostro, cruzó la habitación hacia él. Le puso la mano sobre el brazo y lo miró a los ojos. Él la apartó empujándola hacia atrás.

—¡No me toques! —gritó.

Ella emitió un gemido grave y se arrojó a sus pies, quedándose allí igual que una flor pisoteada.

—¡Dorian! ¡Dorian! ¡No me dejes! —susurró—. Siento tanto no haber actuado bien. Estaba pensando en ti todo el tiempo. Pero lo intentaré. Desde

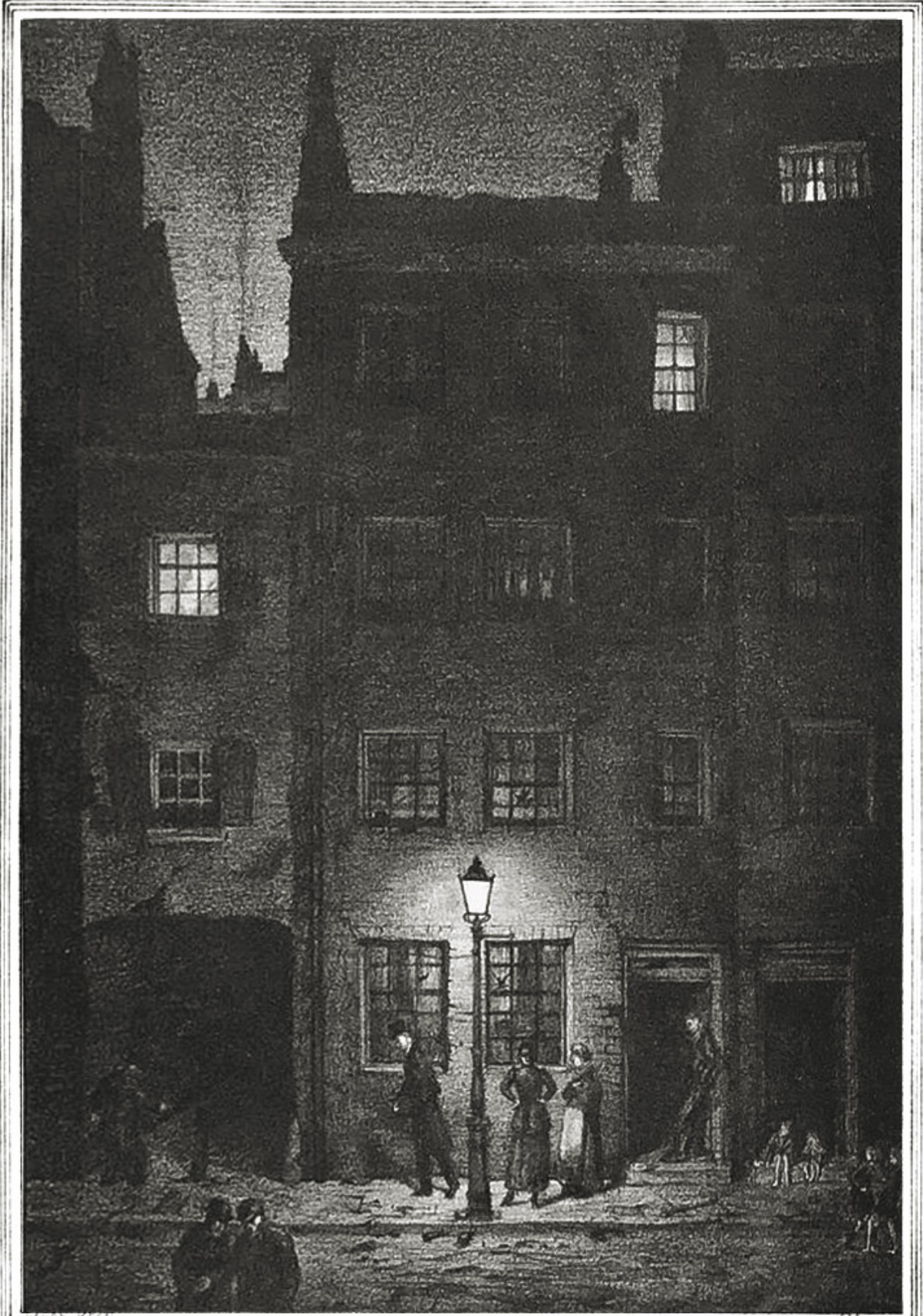
luego que lo intentaré. Se apoderó de mí tan repentinamente mi amor por ti. Creo que nunca lo habría sabido si no me hubieras besado, si no nos hubiéramos besado. ¡Bésame otra vez, amor mío! No te vayas. No podría soportarlo. ¿No puedes perdonarme por esta noche? Trabajaré mucho e intentaré mejorar. No seas cruel conmigo por amarte más que a nada en el mundo. Después de todo, sólo ha sido una vez cuando no te he gustado. Pero tienes mucha razón, Dorian. Habría tenido que mostrar más de mí como artista. Fue estúpido por mi parte, pero no lo pude evitar. Oh, no me dejes, no me dejes.

Un ataque de apasionado llanto la ahogó. Cayó al suelo como una criatura herida, y Dorian Gray, con sus bellos ojos, la miró al mismo tiempo que sus cincelados labios se curvaban en un gesto de desprecio. Siempre hay algo ridículo en los sufrimientos de quienes hemos dejado de amar. Sybil Vane le pareció absurdamente melodramática. Sus lágrimas y sollozos lo irritaban.

—Me voy —dijo al fin con su voz clara y serena—. No quiero ser desagradable, pero no puedo volver a verte. Me has decepcionado.

Ella siguió llorando en silencio y no respondió, pero se arrastró un poco hacia él. Extendió sus pequeñas manos a ciegas, como si lo buscaran. Él se dio la vuelta y salió de la habitación. Unos momentos después se hallaba fuera del teatro.

A dónde fue, apenas él mismo lo sabía. Recordaba haber estado vagando por las calles mal iluminadas, entre arcadas de sombras siniestras y casas de mal agüero. Mujeres con voces roncas y risas estridentes lo habían llamado. Los borrachos se tambaleaban maldiciendo y parlotando entre ellos como simios monstruosos. Un hombre con ojos extraños de repente se había quedado mirándolo a la cara, y luego había estado siguiendo sus pasos sigilosamente para adelantarlo y repasarlo una y otra vez. Había visto niños grotescos apiñados en los umbrales y había oído gritos y juramentos que llegaban de patios oscuros.





Cuando estaba a punto de romper el alba, se halló en Covent Garden. Enormes carros cargados de lirios que parecían asentir al balancearse pasaban retumbando lentamente por la reluciente calle vacía. Adensaba el aire el perfume de las flores, y la belleza de éstas pareció proporcionar un calmante a su dolor. Siguió hasta el mercado y vio a los hombres descargando sus mercancías. Un carretero con guardapolvo blanco le ofreció unas cerezas. Le dio las gracias, se preguntó por qué no habría querido aceptar dinero alguno por ellas y empezó a comérselas con desgana. Habían sido recogidas a media noche, y el frío de la luna se había metido dentro de ellas. Una larga fila de chiquillos que llevaban cajones de tulipanes rayados y de rosas rojas y amarillas desfiló frente a él, abriéndose camino entre los enormes montones de color verde jade de los vegetales. Bajo el pórtico, con sus pilares grises blanqueados por el sol, holgazaneaba una tropa de muchachas sucias con la cabeza descubierta que esperaban a que terminara la subasta. Pasado un rato, llamó a un coche y volvió a casa. Era el cielo ya ópalo puro, y los tejados de las casas refulgían como plata recortados contra él.

Cuando pasaba por la biblioteca de camino hacia la puerta de su dormitorio, sus ojos tropezaron con el retrato que le había pintado Basil Hallward. Retrocedió sorprendido, y entonces se acercó y lo examinó. Bajo la débil luz detenida que pugnaba por filtrarse a través de las persianas de seda color crema, el rostro le pareció algo cambiado. La expresión le resultaba diferente. Se podía decir que había un toque de crueldad en su boca. Era ciertamente curioso.

Se dio la vuelta y, tras dirigirse hasta la ventana, levantó las persianas. El resplandor del alba inundó la habitación, y arrastró las sombras fantásticas hasta los polvorientos rincones donde se quedaron temblando. Pero la expresión extraña que había notado en el rostro del retrato parecía seguir allí e incluso haberse intensificado. La temblorosa y ardiente luz del sol le reveló aquellas líneas de crueldad alrededor de la boca con la misma claridad que si se hubiera mirado en un espejo después de haber cometido alguna cosa horrible.

Se estremeció y, tomando de la mesa un espejo ovalado enmarcado por cupidos de marfil que había sido un regalo de lord Henry, se apresuró a

mirarse en él. Ninguna línea semejante curvaba sus rojos labios. ¿Qué era aquello?

Se frotó los ojos, se acercó más al cuadro y lo examinó otra vez. No había señales de alteración alguna al mirar la pintura real y, sin embargo, no había duda de que la expresión era del todo distinta. No era una mera fantasía suya. La cuestión era espantosamente evidente.

Se derrumbó en una silla y empezó a pensar. De repente, cruzó por su cabeza lo que había dicho en el estudio de Basil Hallward el día en que el cuadro había quedado acabado. Sí; lo recordaba a la perfección. Había formulado un loco deseo de poder seguir siendo joven mientras que el cuadro envejecía; que su belleza permaneciese intacta y el rostro del lienzo sufriese la carga de sus pasiones y sus pecados; que la imagen pintada se marchitase con las líneas del sufrimiento y la reflexión, y él pudiera conservar la delicada flor y el encanto de aquella juventud de la que acababa de tomar consciencia. ¿Acaso su plegaría habría sido escuchada? Algo así era imposible. Incluso pensar en ello parecía monstruoso. Y, sin embargo, allí estaba el cuadro ante él, con aquel toque de crueldad en su boca.

¡Crueldad! ¿Es que acaso había sido cruel? La culpa era de la muchacha; no suya. Había soñado convertirla en una gran artista; le había entregado su amor porque había pensado que ella era grande. Luego lo había decepcionado. Había sido superficial y no había estado a la altura. Aunque, a pesar de todo, una sensación de arrepentimiento infinito se apoderó de él al pensar en la joven arrojada a sus pies mientras lloraba como una niña. Recordó la insensibilidad con que la había mirado. ¿Por qué había sido creado de aquella forma? ¿Por qué le habían dado un alma? Él también había sufrido. Durante las tres terribles horas que había durado la representación, había vivido siglos de dolor, un eón tras otro de tortura. La vida de él era digna de la de ella. Ella se la había arruinado por un momento, suponiendo que él la hubiera herido a ella para siempre. Además, las mujeres soportaban mejor las penas que los hombres. Ellas vivían de sus emociones. Ellas sólo pensaban en sus emociones. Cuando tomaban amantes, era simplemente para tener a alguien con quien montar escenas. Lord Henry le había dicho eso, y lord Henry sabía lo que eran las mujeres.

¿Por qué debía preocuparse por Sybil Vane? Ella no significaba nada para él ahora.

Pero ¿y el cuadro? ¿Qué podía decir de eso? Guardaba el secreto de su vida y contaba su historia. Le había enseñado a amar su propia belleza. ¿Le enseñaría también a odiar su propia alma? ¿Sería capaz de mirarlo otra vez?

No; no era más que una ilusión producto de sus sentidos perturbados. La horrible noche pasada había dejado tras ella fantasmagorías. De repente se habían apoderado de su cerebro esas pequeñas motas escarlata que enloquecen a los hombres. El cuadro no había cambiado. Pensarlo era una locura.

Y, sin embargo, allí lo estaba observando, con su hermoso rostro dañado y su sonrisa cruel. Sus brillantes cabellos resplandecían con la luz temprana del sol. Sus ojos azules se encontraron con los suyos. Un sentimiento de infinita piedad, no hacia sí mismo, sino hacia su imagen pintada, lo invadió. Había cambiado ya, y seguiría cambiando. Su oro se apagaría, volviéndose gris. Sus rosas rojas y blancas morirían. Por cada pecado que él cometiera, una mancha caería sobre su belleza para arruinarla.

Pero no pecaría. El cuadro, alterado o intacto, sería para él el emblema visible de la conciencia. Resistiría la tentación. No volvería a ver a lord Henry; en cualquier caso, no prestaría oído a aquellas sutiles teorías venenosas que, en el jardín de Basil Hallward, por primera vez habían despertado en él la pasión por las cosas imposibles. Volvería con Sybil Vane para reparar su error; se casaría con ella e intentaría amarla de nuevo. Sí; ése era su deber. Ella tenía que haber sufrido más que él. ¡Pobre niña! Había sido egoísta y cruel con ella. La fascinación que la muchacha había ejercido sobre él regresaría. Serían felices juntos. Su vida junto a ella sería hermosa y pura.

Se levantó de la silla y colocó un gran biombo delante del retrato, temblando al mirarlo. «¡Qué horror!», murmuró para sí, y cruzó la habitación hasta la ventana y la abrió. Cuando pisó el césped, inspiró hondo. El aire fresco de la mañana pareció llevarse todas sus pasiones sombrías. Sólo pensaba en Sybil Vane. Un débil eco de su amor volvió a él. Repitió su nombre una vez y otra. Los pájaros que cantaban en el jardín empapado de rocío parecían estar hablándoles de ella a las flores.





FUE BASTANTE PASADO el mediodía cuando despertó. Su ayuda de cámara se había deslizado de puntillas varias veces en la habitación para ver si se movía, y se había preguntado por qué su joven patrón dormía hasta tan tarde. Al fin, sonó su timbre, y Víctor entro suavemente con una taza de té y un montón de cartas sobre una pequeña bandeja de porcelana de Sèvres antigua, y descorrió las cortinas de satén color oliváceo con forro azul brillante que colgaban delante de las tres altas ventanas.

—*Monsieur* ha dormido bien esta mañana —dijo sonriente.

—¿Qué hora es, Víctor? —preguntó Dorian soñoliento.

—La una y cuarto, *monsieur*.

¡Qué tarde era! Se levantó y, en cuanto hubo dado unos sorbos a un té, dio la vuelta a las cartas. Una de ellas era de lord Henry, y había sido entregada en mano por la mañana. Vaciló por un instante, y luego la dejó a un lado. Las otras las abrió con desgana. Contenían la habitual colección de tarjetas de visita, invitaciones a cenar, entradas para espectáculos privados, programaciones de conciertos de caridad y cosas por el estilo que llueven a los jóvenes de moda cada mañana durante la temporada. Había una factura bastante elevada por un juego de tocador de plata Luis XV que aún no había tenido el coraje de enviar a sus tutores, que eran personas extremadamente

anticuadas y no comprendían que vivíamos en una época en que sólo las cosas innecesarias nos eran absolutamente imprescindibles. Y había varias comunicaciones muy corteses de prestamistas de la calle Jermyn que le ofrecían adelantarle cualquier suma de inmediato y al más razonable interés.

Tras unos diez minutos se levantó y, poniéndose una sofisticada bata, entró en el cuarto de baño con suelos de ónice. El agua fría lo refrescó tras el largo sueño. Parecía haber olvidado todo lo vivido. Una vaga sensación de haber sido parte de una extraña tragedia lo asaltó un par de veces, pero ésta tenía la irrealidad del sueño.

Tan pronto como se hubo vestido, fue a la biblioteca y se sentó a tomar un ligero desayuno francés que le habían servido en una mesita redonda cerca de una ventana abierta. Hacía un día exquisito. El aire tibio parecía cargado de especias. Una abeja revoloteaba con su zumbido alrededor del cuenco en forma de dragón azul lleno de rosas color amarillo azufre que tenía delante. Se sentía absolutamente feliz.

De repente, sus ojos repararon en el biombo que había colocado ante el retrato y se sobresaltó.

—¿Hace demasiado frío para usted, *monsieur*? —preguntó su ayuda de cámara al tiempo que dejaba una tortilla sobre la mesa—. ¿Cierro la ventana?

Dorian movió la cabeza.

—No tengo frío —murmuró.

¿Era todo verdad? ¿Había cambiado el retrato verdaderamente? ¿O había sido tan sólo su imaginación lo que lo había hecho ver aquella mirada de maldad donde antes había existido una mirada de alegría? ¿Seguro que un lienzo pintado no podía sufrir alteraciones? Era absurdo. Sería una historia que contarle a Basil algún día. Lo haría sonreír.

Y, sin embargo, ¡qué vívido era su recuerdo de todo! Primero durante el tenue crepúsculo, y luego con el alba resplandeciente, había visto aquel toque de crueldad en sus labios torcidos. Casi le daba miedo que su ayuda de cámara saliera de la habitación. Sabía que cuando se quedara solo tendría que examinar el retrato. Le asustaba la certeza. Cuando le llevaron el café y los cigarrillos y el hombre se dio la vuelta para marcharse, sintió un loco

deseo de decirle que se quedara. Cuando la puerta se cerró tras él, lo llamó. El hombre se detuvo a la espera de sus órdenes. Dorian lo miró por un momento.

—No estoy para nadie, Víctor —dijo suspirando.

El hombre hizo una reverencia y se retiró.

Él se levantó de la mesa, encendió un cigarrillo y se dejó caer sobre un diván con lujosos cojines que había frente al biombo. Era un biombo antiguo de cuero dorado español estampado y labrado en un estilo Luis XIV bastante florido. Lo examinó con curiosidad, preguntándose si alguna vez antes habría ocultado el secreto de la vida de un hombre.

¿Debía apartarlo, después de todo? ¿Por qué no dejarlo allí? ¿De qué serviría saber? Si el hecho era cierto, era terrible. Si no lo era, ¿por qué preocuparse? ¿Pero qué pasaría si Basil Hallward viniera y le pidiese ver su cuadro? Estaba seguro de que lo haría. No; tenía que comprobarlo de inmediato. Cualquier cosa sería mejor que aquel terrorífico estado de incertidumbre.

Se levantó y cerró con pestillo ambas puertas. Al menos, cuando contemplase la máscara de su vergüenza, estaría solo. Y, entonces, apartó el biombo y se vio a sí mismo frente a frente. Era del todo verdad. El cuadro había cambiado.

Como recordaría muchas veces más tarde, y siempre con no pequeño asombro, se encontró al principio mirando el retrato con un sentimiento casi de interés científico. Que tal cambio se hubiera producido le resultaba increíble. Y, sin embargo, era un hecho. ¿Existía alguna sutil afinidad entre los átomos químicos que adquirirían la forma y el color del lienzo y el alma que había en su interior? ¿Podía ser que lo que aquel alma pensaba ellos lo hicieran realidad, que lo que soñaba lo hiciesen verdadero? ¿O existía otra razón aún más terrible? Tembló y sintió miedo, y volviendo al sofá, se quedó allí mirando el cuadro, enfermo de horror.

Algo, no obstante, sí tenía la sensación de que éste había hecho por él. Lo había hecho consciente de lo injusto, lo cruel que había sido con Sybil Vane. No era demasiado tarde para reparar aquello. Aún podía ser su esposa. Su amor irreal y egoísta cedería a un influjo más alto, se transformaría en una pasión más noble, y el retrato que Basil había pintado

de él sería una guía para su vida entera, sería lo mismo que lo sagrado era para algunos, y la conciencia para otros, y el temor de Dios para todos. Existían opiáceos para el remordimiento; drogas capaces de inducir el sueño al sentido moral. Pero allí había un símbolo visible de la degradación del pecado. Allí había una permanente señal de la ruina que los hombres acarrearán sobre sus almas.

Dieron las tres, y las cuatro, y las cuatro y media, pero siguió sin moverse. Estaba intentando recomponer los hilos escarlata de la vida y tejerlos para formar algún dibujo; encontrar su camino a través del laberinto de color sangre de la pasión por el que vagaba. Al fin, se pasó a la mesa y escribió una apasionada carta a la muchacha que había amado implorando su perdón y acusándose de haber enloquecido. Llenó página tras página con palabras de desmedido arrepentimiento y aún más desmedido dolor. Hay cierta suntuosidad en el reproche a uno mismo. Cuando nosotros mismos nos culpamos, sentimos que nadie más tiene derecho a hacerlo. Es la confesión, no el sacerdote, lo que otorga la absolución. Cuando Dorian Gray terminó la carta, sintió que había sido perdonado.

De repente, llamaron a la puerta, y oyó al otro lado la voz de lord Henry.

—Querido Dorian, tengo que verte. Déjame entrar de inmediato. No puedo soportar que te encierres de esta forma.

No respondió al principio, y se quedó quieto. Pero los golpes en la puerta continuaron y se hicieron más fuertes. Sí, era mejor dejar pasar a lord Henry y explicarle la nueva vida que se disponía a llevar; discutir con él si era necesario discutir, y separarse si era inevitable. Se incorporó de un salto, colocó apresuradamente el biombo delante del cuadro y abrió la puerta.

—No sabes cuánto lo siento, querido muchacho —dijo lord Henry al entrar—. Pero no debes pensar en ello demasiado.

—¿Te refieres a Sybil Vane?

—Sí, por supuesto —respondió lord Henry desplomándose en una silla al tiempo que se quitaba los guantes muy despacio—. Es terrible, desde cierto punto de vista, pero no fue culpa tuya. Dime. ¿Fuiste a verla después de que acabara la función?

—Sí.

—Estaba seguro de que habías ido. ¿Le hiciste una escena?

—Fui brutal, Harry, absolutamente brutal. Pero todo está bien ahora. No lamento nada de lo sucedido. Me ha enseñado a conocerme mejor.

—¡Ah, Dorian, me alegra tanto que te lo tomes de esa manera! Tenía miedo de encontrarte hundido en el remordimiento y arrancándote tu hermoso cabello.

—He pasado por todo eso —dijo Dorian moviendo la cabeza y sonriente—. Soy ahora completamente feliz. Sé lo que es la conciencia, para empezar. No es lo que tú me dijiste que era. Es lo más divino que hay en nosotros. No te burles de ello, Harry, nunca más. Al menos no delante de mí. Quiero ser bueno. No puedo soportar la idea de que mi alma sea horrible.

—¡Encantadora base artística de la ética, Dorian! Te felicito por ello. Pero ¿cómo vas a empezar?

—Casándome con Sybil Vane.

—¡Casándote con Sybil Vane! —exclamó, poniéndose de pie, lord Henry y mirándolo con perplejo asombro—. Pero, querido Dorian...

—Sí, Harry, sé lo que vas a decir. Algo terrible sobre el matrimonio. No lo digas. No vuelvas a decirme cosas de ese tipo jamás. Hace dos días le pedí a Sybil que se casara conmigo. No voy a romper mi promesa. Ella va a ser mi esposa.

—¡Tu esposa! ¡Dorian! ¿No recibiste mi carta? Te escribí esta mañana, y mandé traer la nota en mano con alguien de mi confianza.

—¿Tu carta? Oh, sí, recuerdo. No la he leído aún, Harry. Temía que pudiera haber algo en ella que no me gustara.

Lord Henry caminó por la habitación y, sentándose junto a Dorian Gray, le tomó ambas manos y las sostuvo con fuerza.

—Dorian —dijo—, mi carta, no te asustes, era para decirte que Sybil Vane está muerta.

Un grito de dolor brotó de los labios del muchacho que se puso en pie de un salto apartando con brusquedad sus manos de las de lord Henry.

—¡Muerta! ¡Sybil Vane muerta! No es verdad. Es una horrible mentira.

—Es verdad, Dorian —dijo gravemente lord Henry—. Viene en todos los periódicos de la mañana. Tendrá que haber una investigación, por supuesto, y no debes mezclarte en el asunto. Cosas como esta ponen de

moda a un hombre en París. Pero en Londres la gente tiene demasiados prejuicios. Aquí nunca se debe hacer un *début* con escándalo. Hay que reservarse algo así para seguir siendo interesante de viejo. No creo que supieran tu nombre en el teatro. Si no lo saben, todo está bien. ¿Te vio alguien con ella en su camerino? Ésa es una cuestión importante.

Dorian tardó unos instantes en responder. Estaba paralizado por el horror. Al fin, murmuró con voz ahogada:

—Harry, ¿has dicho una investigación? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso Sybil...? Oh, Harry, no puedo soportarlo. Pero, vamos. Cuéntamelo todo de una vez.

—No tengo dudas de que no fue un accidente, Dorian, aunque así es cómo debe hacerse público. Cuando salía del teatro con su madre, más o menos hacia las doce y media, dijo que se había olvidado algo arriba. La esperaron durante un rato, pero ya no volvió a bajar. Al final la encontraron muerta en el suelo de su camerino. Se había tragado algo por error, alguna cosa horrible que usan en los teatros. No sé lo que era, pero contenía o ácido prúsico o albayalde. Imagino que se trataría de ácido prúsico, pues parece que murió de forma instantánea. Es una gran tragedia, por supuesto, pero no debes hacer que te mezclen con ella. Veo por lo que dice el *Standard* que tenía diecisiete años. Habría pensado que era incluso más joven. Su aspecto era tan aniñado y parecía saber tan poco sobre actuar. Dorian, no debes dejar que este asunto altere tus nervios. Debes venir a cenar conmigo, y después iremos a la ópera. Es noche de Patti, y todo el mundo estará allí. Puedes venir al palco de mi hermana. La acompañan mujeres elegantes.

—Así que he matado a Sybil Vane —dijo Dorian Gray medio para sí mismo—. La he matado con la misma seguridad que si le hubiera cortado la garganta con un cuchillo. Y las rosas no son menos hermosas por ello. Y los pájaros siguen cantando tan alegremente como antes en mi jardín. Y esta noche voy a cenar contigo, y luego iré a la ópera, y después tomaremos algo en alguna parte, supongo. ¡Qué extraordinariamente dramática es la vida! Si hubiera leído todo esto en un libro, Harry, creo que me habría hecho llorar. De algún modo, ahora que realmente ha ocurrido, y me ha pasado a mí, parece demasiado extraordinario para las lágrimas. Aquí está la primera

apasionada carta de amor que he escrito en mi vida. Es curioso que mi primera apasionada carta de amor fuera dirigida a una muchacha muerta. Me pregunto si podrán sentir esas gentes blancas y silenciosas que llamamos los muertos. ¡Sybil! ¿Puede ella sentir, o saber, o escuchar? ¡Oh, Harry, cuánto la amé una vez! Ahora me parece que hubieran pasado años. Ella lo era todo para mí. Y entonces llegó esa funesta noche (¿no fue más que la noche pasada?) en que actuó tan mal y mi corazón casi se rompió. Ella me lo explicó todo. Fue terriblemente patético. Pero no me conmovió lo más mínimo. La consideré superficial. Luego sucedió algo que me asustó. No puedo decirte lo que fue, pero fue espantoso. Dije que volvería con ella. Sentía que había hecho mal. Y ahora está muerta. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Harry, ¿qué voy a hacer? No sabes en qué peligro me encuentro, y que no hay nada que me salve ahora. Ella habría hecho eso por mí. No tenía derecho a matarse. Ha sido egoísta.

—Mi querido Dorian, la única manera en que una mujer puede reformar a un hombre es aburriéndolo tan absolutamente que este pierda todo posible interés por la vida. Si te hubieras casado con esa muchacha habrías estado perdido. Por supuesto que la habrías tratado bien. Siempre podemos ser amables con la gente que no nos importa lo más mínimo. Pero ella pronto habría descubierto que te era por completo indiferente. Y, cuando una mujer averigua eso de su marido, o se vuelve terriblemente desaliñada o se pone sombreros muy elegantes que tengan que pagar los maridos de otras mujeres. No diré nada del error social, pero te aseguro que, en cualquier caso, todo habría sido un fracaso absoluto.

—Supongo que lo habría sido —musitó el muchacho caminando de un lado a otro por la habitación y terriblemente pálido—. Pero pensé que era mi deber. No es culpa mía que esta tragedia terrible me haya impedido hacer lo correcto. Recuerdo que dijiste una vez que había una fatalidad en las buenas decisiones. Que siempre se tomaban demasiado tarde. Eso ha ocurrido, desde luego, con la mía.

—Las buenas decisiones son, simplemente, un intento inútil de interferir en las leyes científicas. Su origen es pura vanidad. Su resultado es absolutamente nulo. Nos proporcionan, de vez en cuando, algunas de esas

suntuosas emociones estériles que poseen cierto encanto para nosotros. Eso es todo cuanto puede decirse de ellas.

—Harry —exclamó regresando y sentándose de nuevo junto a él—, ¿por qué no puedo sentir esta tragedia tanto como quiero? No creo ser insensible. ¿Lo soy?

—Has cometido demasiadas estupideces en tu vida como para merecer ese título, Dorian —respondió lord Henry con su dulce sonrisa melancólica.

El muchacho frunció el ceño.

—No me gusta esa explicación, Harry —contestó—, pero me alegra que no creas que soy insensible. No soy nada semejante. Sé que no lo soy. Y, sin embargo, debo admitir que esto que ha ocurrido no me afecta como debería. Se me antoja, simplemente, el final maravilloso de una maravillosa obra teatral. Posee toda la terrible belleza de una gran tragedia, una tragedia en la que intervine, pero por la que no he sido herido.

—Es una cuestión interesante —dijo lord Henry, que encontraba un exquisito placer en jugar con el egotismo inconsciente del muchacho—, una cuestión extremadamente interesante. Imagino que la explicación es ésta. A menudo sucede que las tragedias reales de la vida ocurren de manera tan antiartística que nos hieren por su cruda violencia, su incoherencia absoluta, su absurda carencia de significado, su completa falta de estilo. Nos afectan tal y como nos afecta la vulgaridad. Nos producen una impresión de pura fuerza bruta y nos rebelamos contra eso. A veces, sin embargo, una tragedia que posee elementos de belleza artística se cruza en nuestras vidas. Si esos elementos de belleza son reales, todo apela, simplemente, a nuestro sentido del efecto dramático. De repente, encontramos que ya no somos los actores, sino los espectadores de la obra. O más bien que somos ambas cosas. Nos observamos a nosotros mismos, y el propio asombro del espectáculo nos cautiva. En el caso presente, ¿qué es lo que ha ocurrido en realidad? Alguien se ha matado por amor a ti. Desearía haber tenido esa experiencia. Me habría hecho amar el amor para el resto de mi vida. Las personas que me han adorado (no han sido muchas, pero ha habido algunas) siempre se han empeñado en vivir mucho después de que hubieran dejado de importarme ellas a mí o yo a ellas. Se han vuelto recias y tediosas y, cuando me las encuentro, buscan recuerdos de inmediato. ¡Esa terrible memoria de

las mujeres! ¡Qué cosa tan aterradora! ¡Y qué absoluto estancamiento intelectual revela! Uno debería absorber el color de la vida, pero nunca recordar sus detalles. Los detalles son vulgares siempre.

»Por supuesto, de vez en cuando, las cosas permanecen. Yo una vez no llevé más que violetas durante una temporada en señal de luto por un romance que no iba a morir. Al final, sin embargo, murió. He olvidado lo que acabó con él. Creo que fue el propósito de ella de sacrificar el mundo entero por mí. Ése es siempre un momento terrible. Nos llena del terror de la eternidad. ¿Lo creerías? Hace una semana, en casa de *lady* Hampshire, me hallé sentado en la cena junto a la dama en cuestión, y ella insistía en recordarlo todo otra vez, y en cavar en el pasado y rastrillar el futuro. Yo había enterrado mi romance en un lecho de amapolas. Ella lo desenterró y me aseguró que había arruinado su vida. Tengo que decir que cenó copiosamente, así que no sentí la menor ansiedad. ¡Pero qué falta de gusto demostró! El único encanto del pasado consiste en estar en el pasado. Y las mujeres nunca saben cuándo ha caído el telón. Siempre quieren un sexto acto, y tan pronto como el interés de la obra se ha extinguido por completo ellas se proponen continuarla. Si se las dejara hacer, todas las comedias tendrían un final trágico y todas las tragedias culminarían en farsa. Las mujeres son encantadoramente artificiales, pero carecen de sentido alguno del arte. Tú eres más afortunado que yo. Te aseguro, Dorian, que ninguna de las mujeres que haya conocido habría hecho por mí lo que ha hecho por ti Sybil Vane. Las mujeres comunes siempre se consuelan. Algunas lo hacen buscando colores sentimentales. Nunca confíes en una mujer que vaya vestida de malva, cualquiera que sea su edad, ni en una mujer de más de treinta y nueve que aún sea aficionada a las cintas de color rosa. Siempre significa que tienen una historia. Otras encuentran gran consuelo en descubrir súbitamente las buenas cualidades de sus esposos. Nos restriegan en la cara su felicidad conyugal como si fuera el más fascinante de los pecados. A otras las consuela la religión. Sus misterios poseen todo el encanto de un flirteo, me dijo una vez una mujer, y casi puedo entenderlo. Además, nada nos vuelve tan vanidosos como que nos digan que somos pecadores. No tienen en verdad fin los consuelos que las mujeres

encuentran en la vida moderna. Y no he mencionado, desde luego, el más importante de todos.

—¿Cuál es éste, Harry? —preguntó con desgana Dorian Gray.

—Oh, el obvio. Quedarse con el admirador ajeno cuando se ha perdido el propio. ¡Pero, realmente, Dorian, qué distinta ha debido de ser Sybil Vane de todas esas mujeres que uno encuentra! Hay para mí algo muy bello en su muerte. Me alegra vivir en un siglo en el que suceden esos milagros. Lo hacen a uno creer en la realidad de esas cosas con las que juega la gente frívola y esclava de las modas, como el romance, la pasión y el amor.

—Fui terriblemente cruel con ella. Olvidas eso.

—Creo que las mujeres aprecian la crueldad más que ninguna otra cosa. Poseen instintos maravillosamente primitivos. Las hemos liberado, pero siguen siendo esclavas en busca de dueño, aun así. Les encanta ser dominadas. Estoy seguro de que estuviste espléndido. Nunca te he visto enfurecido, pero puedo imaginar lo irresistible que estarías. Y, después de todo, me dijiste algo antes de ayer que en aquel momento me pareció meramente fantasioso, pero que ahora veo que era absolutamente verdad y lo explica todo.

—¿Qué fue, Harry?

—Me dijiste que Sybil Vane representaba para ti a todas las heroínas poéticas. Que era Desdémona una noche y Ofelia otra. Que si moría como Julieta, volvía a la vida como Imogen.

—Ya nunca volverá a la vida ahora —murmuró el muchacho, hundiendo su rostro entre las manos.

—No, nunca volverá a la vida. Ha interpretado su último papel. Pero debes pensar en esa muerte solitaria en el sórdido camerino simplemente como en un extraño fragmento horripilante de una tragedia jacobina, como en una maravillosa escena de Webster, o de Ford, o de Cyril Tourneur. La muchacha, en realidad, no vivió nunca, y por eso tampoco ha muerto realmente. Para ti, al menos, fue siempre un sueño, un fantasma que revoloteaba por las obras de Shakespeare y las hacía con su presencia aún más encantadoras, una flauta a través de la cual la música de Shakespeare sonaba más rica y plena de alegría. En el mismo instante en que rozó la vida real, la arruinó, y ésta la arruinó también a ella, y por eso murió. Lloro por

Ofelia, si quieres. Pon cenizas sobre tu cabeza porque Cordelia fue estrangulada. Clama al cielo porque la hija de Brabancio murió. Pero no malgastes tus lágrimas por Sybil Vane. Ella fue menos real que las otras.

Hubo un silencio. La tarde iba oscureciendo la habitación. Silenciosas y con pasos de plata, las sombras se deslizaban desde el jardín. Los colores se iban desvaneciendo, cansados, de las cosas.

Pasado un rato, Dorian Gray levantó la vista.

—Me has explicado a mí mismo, Harry —murmuró con algo parecido a un suspiro de alivio—. Sentía todo lo que has dicho, pero de alguna manera me daba miedo y no era capaz de expresarlo para mí así. ¡Qué bien me conoces! Pero no volveremos a hablar de lo ocurrido. Ha sido una experiencia maravillosa. Eso es todo. Me pregunto si la vida sigue guardándome aún algo maravilloso.

—La vida lo guarda todo para ti, Dorian. No hay nada que tú, con tu extraordinaria apariencia, no puedas hacer.

—Pero, supón, Harry, que me vuelvo ojeroso, arrugado y gris. ¿Qué pasará entonces?

—Ah, entonces —dijo lord Henry al tiempo que se levantaba para marcharse—, entonces mi querido Dorian, tendrás que luchar tus victorias. Ahora te son entregadas sin más. No; debes conservar tu buena apariencia. Vivimos en un tiempo que lee demasiado para ser sabio y piensa demasiado para ser bello. Eres imprescindible. Y ahora, ponte algo mejor y salgamos hacia el club. Ya vamos tarde.

—Creo que te veré en la ópera, Harry. Estoy demasiado cansado para comer. ¿Cuál es el número del palco de tu hermana?

—El veintisiete, creo. Está en la grada principal. Verás su nombre en la puerta. Pero siento que no vengas a cenar.

—No estoy de ánimo —dijo cansado—. Pero te estoy enormemente agradecido por todo lo que me has dicho. Eres, sin duda, mi mejor amigo. Nadie me ha entendido nunca como tú.

—Sólo estamos al principio de nuestra amistad, Dorian —respondió lord Henry estrechándole la mano—. Adiós. Te veré antes de las nueve y media, espero. Recuerda que va a cantar Patti.

Cuando éste cerró la puerta tras él, Dorian Gray hizo sonar el timbre y, en unos minutos, Víctor apareció con las lámparas y bajó las persianas. Esperó con impaciencia a que se fuera. El hombre parecía tomarse un tiempo infinito para todo.

En cuanto se hubo marchado, se apresuró a ir hasta el biombo y lo apartó. No; no había nuevos cambios en el cuadro. Éste había recibido la noticia de la muerte de Sybil Vane antes de que la hubiera conocido él mismo. Era consciente de los acontecimientos de la vida a medida que ocurrían. La viciosa crueldad que había envilecido las hermosas líneas de la boca habría aparecido, sin duda, en el mismo momento en que la muchacha se bebió el veneno, cualquiera que fuese. ¿O acaso era indiferente a los resultados? ¿Percibiría meramente lo que ocurría dentro del alma? Se hacía esas preguntas y esperaba que algún día pudiera ver el cambio producirse ante sus ojos al tiempo que su misma esperanza lo hacía temblar.

¡Pobre Sybil! ¡Qué historia había sido todo aquel romance! Tantas veces había fingido su muerte en el escenario y, al fin, la Muerte misma la había tocado y se la había llevado consigo. ¿Cómo habría interpretado aquella funesta escena? ¿Habría muerto maldiciéndolo? No, ella había muerto por amor a él, y desde ahora él vería para siempre un sacramento en el amor. Ella lo había expiado todo sacrificando su vida. No volvería a pensar en lo que le había hecho sufrir aquella horrible noche en el teatro. Cuando pensara en ella sería como una maravillosa figura trágica para la que el Amor hubiera sido una gran realidad. ¿Una maravillosa figura trágica? Las lágrimas vinieron a sus ojos al recordar su aspecto añorado, su encantadora fantasía y su elegancia tímida y temblorosa. Se apresuró a secárselas y volvió a mirar el cuadro.

Sentía que había llegado de verdad el momento de hacer su elección. ¿O acaso su elección ya estaba hecha? Sí, la vida había decidido por él (la vida, y su propia curiosidad infinita hacia la vida). La juventud eterna, la pasión infinita, los placeres sutiles y secretos, la alegría desenfrenada y los pecados aún más desenfrenados. Él iba a tener todas esas cosas. El retrato soportaría la carga de su vergüenza: eso era todo.

Un sentimiento de dolor se apoderó de él al pensar en la profanación que aguardaba al hermoso rostro del lienzo. Una vez, en una burla infantil

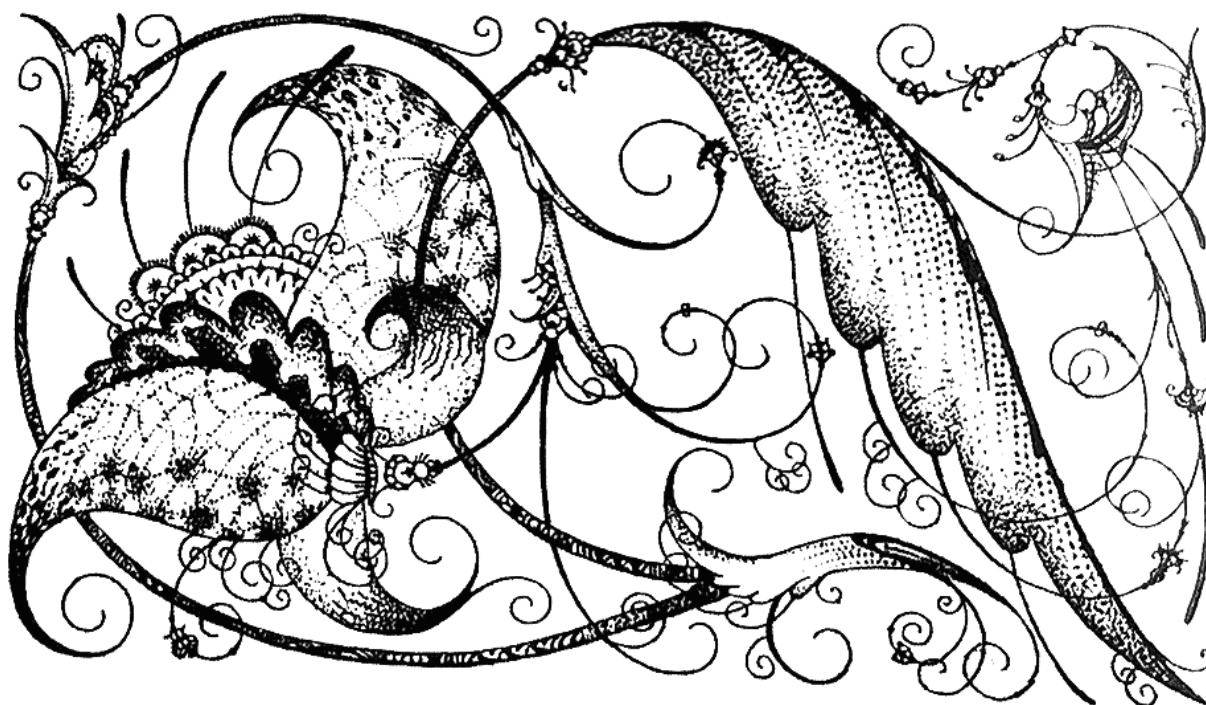
de Narciso, él había besado, o fingido besar, aquellos labios pintados que ahora le sonreían tan cruelmente. Una mañana tras otra se había sentado ante el retrato maravillándose ante su belleza, casi enamorado de ella, como le parecía a veces. ¿Iba éste a transformarse ahora con cada pasión a la que sucumbiera? ¿Iba a convertirse en algo monstruoso y aborrecible que hubiera que encerrar bajo llave en una habitación y ocultar a la luz del sol, que tantas veces había pintado de oro aún más brillante la maravilla de sus cabellos? ¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza!

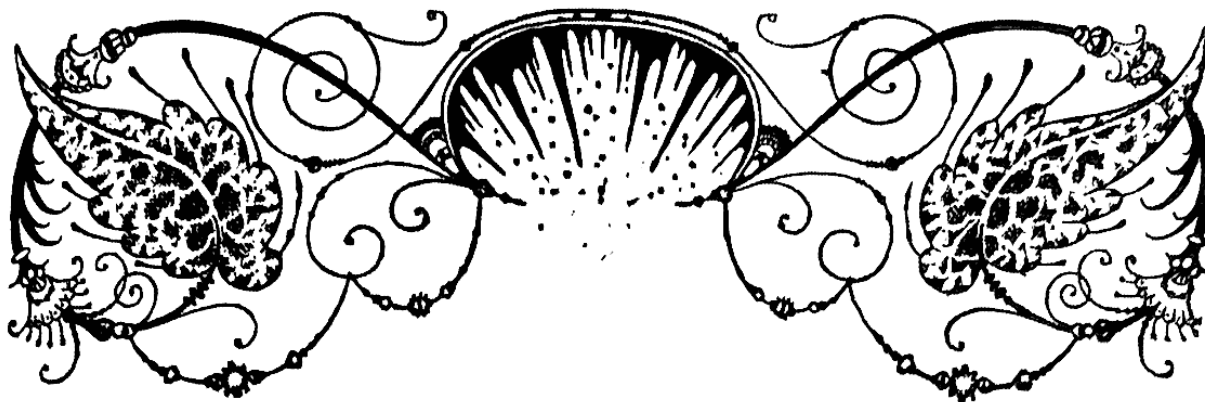
Por un momento pensó en rezar para que el horrible vínculo existente entre él y el cuadro cesara. Había cambiado en respuesta a una plegaria. Tal vez en respuesta a una plegaria pudiera permanecer inalterado. Sin embargo, ¿quién que supiera algo de la vida renunciaría a la oportunidad de permanecer siempre joven, por fantástica que pudiera ser esa oportunidad o funestas las consecuencias que acarrearase? Y, además, ¿estaría bajo su control realmente? ¿Habría sido de verdad su plegaria lo que produjo la sustitución? ¿Acaso no habría alguna curiosa razón científica para todo ello? Si el pensamiento era capaz de ejercer su influencia sobre un organismo vivo, ¿no podría el pensamiento ejercer influencia también sobre objetos inertes e inorgánicos? Es más; sin pensamiento ni deseo consciente, ¿no podrían las cosas externas a nosotros mismos vibrar al unísono con nuestros estados de ánimo y nuestras pasiones, átomo atrayendo al átomo, en amor secreto o afinidad extraña? Pero la razón no era lo importante. Jamás volvería a tentar con una plegaria a ningún terrible poder. Si el cuadro iba a cambiar, cambiaría. Eso era todo. ¿Por qué indagar en ello demasiado?

Pues lo cierto es que había verdadero placer en observarlo. Podría seguir su mente a sus lugares ocultos. Aquel retrato sería para él el más mágico de los espejos. De la misma forma que le había revelado su propio cuerpo, le revelaría su propia alma también. Y, cuando el invierno llegara para el cuadro, él aún seguiría donde la primavera tiembla a las puertas del estío. Cuando la sangre huyera de su rostro y dejara tras ella una pálida máscara de tiza con los párpados pesados, él conservaría el brillo de la juventud. Ni una sola flor de su encanto se marchitaría nunca. Ni un solo pulso de vida se debilitaría en él. Como los dioses griegos, sería fuerte, ágil,

alegre. ¿Qué importaba lo que le ocurriese a la imagen pintada en el lienzo? Él estaría a salvo. Eso era todo.

Volvió a colocar el biombo donde estaba delante del cuadro, sonriendo al hacerlo, y entró en su dormitorio, donde el ayuda de cámara lo esperaba ya. Una hora después estaba en la ópera y lord Henry se inclinaba sobre su silla.





CUANDO SE HALLABA sentado ante el desayuno a la mañana siguiente, Basil Hallward apareció en la habitación.

—Me alegra haberte encontrado, Dorian —dijo con gravedad—. Vine anoche, y me dijeron que estabas en la ópera. Por supuesto, supe que era imposible. Ojalá hubieras dejado dicho a dónde habías ido en realidad. Pasé una noche atroz, casi temiendo que una tragedia hubiera podido ir seguida de otra. Creo que deberías haberme telegrafiado en cuanto conociste la noticia. Yo la leí por casualidad en una edición vespertina del *Globe* que tomé en el club. Vine aquí de inmediato, y me sentí desolado al no encontrarte. No sé decirte con palabras cuánto me ha destrozado el corazón lo sucedido. Sé lo que debes de estar sufriendo. Pero ¿a dónde fuiste? ¿Fuiste a ver a la madre de la muchacha? Por un momento pensé en seguirte hasta allí. Daban la dirección en el periódico. Algún lugar de la calle Euston, ¿verdad? Pero temí inmiscuirme en un dolor que no podía aliviar. ¡Pobre mujer! ¡En qué estado debe de encontrarse! ¡Y su única hija! ¿Qué ha dicho de todo?

—Mi querido Basil, ¿cómo podría saberlo? —murmuró Dorian bebiendo algún vino de color amarillo pálido de una delicada copa veneciana con burbujas doradas y con aspecto de hallarse terriblemente aburrido—. Estaba en la ópera. Deberías haber ido hasta allí. Conocí a *lady*

Gwendolen, la hermana de Harry. Estuvimos en su palco. Es absolutamente encantadora, y Patti cantó divinamente. No hablemos de asuntos desagradables. Si uno no habla de algo, nunca ha ocurrido. Es, simplemente, la expresión, como dice Harry, lo que da realidad a las cosas. Háblame de ti y de lo que estás pintando.

—¿Fuiste a la ópera? —preguntó Hallward hablando muy despacio y con un dejo ahogado de dolor en la voz—. ¿Te fuiste a la ópera mientras Sybil Vane yacía muerta en alguna sórdida pensión? ¿Puedes hablarme de que otras mujeres son encantadoras y de que Patti cantó divinamente sin que la muchacha que amaste tenga todavía ni la paz de una tumba en la que descansar? ¡Cuántos horrores aguardaban a aquel pequeño cuerpo tan blanco!

—¡Detente, Basil! ¡No puedo soportarlo! —exclamó Dorian, poniéndose en pie bruscamente—. No debes hablarme de estas cosas. Lo hecho, hecho está. Lo pasado es pasado.

—¿Llamas pasado al día de ayer?

—¿Qué tiene que ver con eso el lapso de tiempo real? Sólo la gente superficial requiere años para liberarse de una emoción. Un hombre que es dueño de sí mismo puede poner fin a un dolor con la misma facilidad con que puede inventar un placer. No quiero estar a merced de mis emociones. Quiero usarlas, disfrutarlas y dominarlas.

—¡Dorian, esto es horrible! Algo te ha cambiado por completo. Pareces exactamente el mismo muchacho que solía venir a mi estudio día tras día a posar para su retrato. Pero entonces eras sencillo, natural y afectuoso. Eras la criatura menos corrompida del mundo. Ahora no sé lo que te ha pasado. Hablas como si no tuvieras corazón ni hubiera en ti piedad. Todo esto es la influencia de Harry. Puedo verlo.

El muchacho se ruborizó y, yendo hacia la ventana, se quedó mirando el verde jardín tembloroso por unos momentos.

—Le debo mucho a Harry, Basil —dijo al fin—. Más de lo que te debo a ti. Tú sólo me has enseñado a ser banal.

—Bien; soy castigado por eso, Dorian, o lo seré algún día.

—No sé lo que quieres decir, Basil —exclamó dándose la vuelta—. No sé lo que quieres. ¿Qué quieres?

—Quiero al Dorian Gray que solía conocer.

—Basil —dijo el muchacho volviéndose de nuevo hacia él y poniéndole la mano sobre el hombro—, has llegado demasiado tarde. Ayer, cuando oí que Sybil Vane se había suicidado...

—¡Suicidio! ¡Cielo santo! ¿No hay ninguna duda sobre eso? —exclamó Hallward levantando la vista hacia él con expresión de horror.

—¡Mi querido Basil! ¿No creerás que se trató de un vulgar accidente? Por supuesto que se suicidó. Es una de las grandes tragedias románticas de la época. Por lo general, la gente que actúa lleva las vidas más ordinarias. Son buenos esposos, o esposas fieles, o cualquier otra cosa tediosa. Ya sabes a lo que me refiero (la virtud de la clase media y todo eso). ¡Qué distinta era Sybil! Ella vivió su mejor tragedia. Siempre fue una heroína. La última noche que actuó (la noche que la viste) lo hizo tan mal porque había conocido la realidad del amor. Cuando descubrió su irrealdad murió, como habría muerto Julieta. Volvió a pasar a la esfera del arte. Su muerte tiene toda la patética inutilidad del martirio, toda su derrochada belleza. Pero, como iba diciendo, no debes pensar que no he sufrido. Si hubieras llegado ayer en un momento en particular, hacia las cinco y media, tal vez, o las seis menos cuarto, me habrías encontrado llorando. Ni siquiera Harry, que estaba aquí y fue quien, en realidad, me trajo la noticia, tiene la menor idea de lo que pasé. Sufrí inmensamente, y luego se fue el sufrimiento. No puedo repetir una emoción. Nadie, salvo los sentimentales, puede. Y eres terriblemente injusto, Basil. Has venido aquí para consolarme. Es muy amable por tu parte. Has visto que he encontrado consuelo, y te has puesto furioso. ¡Qué persona tan compasiva! Me recuerdas a una historia que Harry me contó sobre cierto filántropo que pasó veinte años de su vida intentando que se resarciera algún agravio o se cambiara alguna ley injusta (he olvidado exactamente lo que era). Finalmente, lo logró, y no hubo peor decepción que la suya. Ya no tuvo nada que hacer; casi murió de *ennui* y se convirtió en un misántropo empedernido. Y, además, mi querido Basil, si verdaderamente quieres consolarme, enséñame mejor a olvidar lo ocurrido, o a verlo desde un punto de vista artístico. ¿No era Gautier quien solía escribir sobre la *consolation des arts*? Recuerdo haber tomado un pequeño volumen con cubiertas de vitela en tu estudio un día y haber reparado por

casualidad en esa deliciosa expresión. Bien, ya no soy como ese joven del que me hablabas, cuando estuvimos juntos en Marlowe, el joven que solía decir que el satén amarillo podría consolarlo a uno de todas las penas de la vida. Amo las cosas hermosas que uno puede tocar y asir. Los brocados antiguos, los broncees verdes, las obras lacadas, los marfiles tallados, los paisajes exquisitos, el lujo, la pompa (hay tanto que obtener de todas esas cosas). Pero el temperamento artístico que crean o que, en cualquier caso, revelan significa aún más para mí. Convertirse en el espectador de la propia vida, como dice Harry, es escapar al sufrimiento de la vida. Sé que te sorprende que te hable de este modo. No te has dado cuenta de cómo he evolucionado. Era un colegial cuando me conociste. Ahora soy un hombre. Tengo nuevas pasiones, nuevos pensamientos, nuevas ideas. Soy diferente, pero no debo gustarte menos. He cambiado, pero debes seguir siendo siempre mi amigo. Por supuesto que aprecio mucho a Harry. Pero sé que tú eres mejor que él. No eres más fuerte. Le temes demasiado a la vida. Pero eres mejor. ¡Y qué felices solíamos ser juntos! No me abandones, Basil, y no te enfades conmigo. Soy lo que soy. Eso es todo.

Hallward se sintió extrañamente conmovido. Recio y franco como era, había algo en su naturaleza puramente femenino en su ternura. Quería al muchacho infinitamente, y la personalidad de éste había supuesto un hito decisivo para su arte. No podía soportar la idea de seguir haciéndole reproches. Después de todo, aquél probablemente era un mero estado de ánimo que pasaría. Había tanto en él que era bueno, tanto en él que era noble.

—Bien, Dorian —dijo, al fin, con una sonrisa triste—. No volveré a hablar contigo de este asunto horrible después de hoy. Sólo espero que tu nombre no se relacione con él. La investigación va a ser esta tarde. ¿Te han citado?

Dorian movió la cabeza, y una mirada de fastidio pasó por su rostro al oír mencionar la palabra «investigación». Había algo tan crudo y vulgar en todos los asuntos de esa índole.

—No saben mi nombre —respondió.

—Pero seguro que ella sí lo sabía.

—Sólo mi nombre de pila, y estoy seguro de que nunca se lo mencionó a nadie. Me dijo una vez que todos sentían gran curiosidad por saber quién era yo, y que ella invariablemente respondía que me llamaba Príncipe Azul. Fue bonito por su parte. Tienes que hacerme un dibujo suyo, Basil. Me gustaría tener de ella algo más que el recuerdo de unos pocos besos y unas patéticas palabras incumplidas.

—Lo intentaré, Dorian, si es lo que quieres. Pero debes venir y posar tú mismo para mí de nuevo. No puedo arreglármelas sin ti.

—Nunca volveré a posar para ti, Basil. ¡Imposible! —exclamó al tiempo que retrocedía.

Hallward se quedó mirándolo.

—¡Querido muchacho, qué cosa tan absurda! —exclamó—. ¿Quieres decir que no te gusta el trabajo que hice contigo? ¿Dónde está? ¿Por qué has puesto el biombo delante? Déjame verlo. Es lo mejor que he pintado nunca. Quitá ese biombo de ahí, Dorian. Es simplemente horrible por parte de tu sirviente ocultar mi obra de ese modo. Tuve la sensación al entrar de que en la habitación había algo distinto.

—Mi sirviente no ha tenido nada que ver, Basil. Espero que no pienses que lo dejo ordenar la habitación por mí. Algunas veces coloca él las flores en lugar de hacerlo yo mismo; eso es todo. No; lo puse yo. La luz era demasiado intensa sobre el retrato.

—¡Demasiado intensa! ¡Imposible, querido amigo! Es un lugar inmejorable para él. Déjame verlo.

Y Hallward fue a dirigirse hacia el rincón de la habitación.

Un grito de terror salió entonces de los labios de Dorian Gray, que corrió a interponerse entre Hallward y el biombo.

—Basil —dijo muy pálido—, no debes verlo. No quiero que lo veas.

—¡Que no vea mi propia obra! No hablas en serio. ¿Por qué no debería verla? —exclamó Hallward riendo.

—Si intentas mirarlo, Basil, tienes mi palabra de honor de que no volveré a hablarte mientras viva. Hablo muy en serio. No voy a ofrecerte ninguna explicación y tú no vas a pedírmela. Pero, recuerda: si tocas este biombo todo habrá terminado entre nosotros.

Hallward quedó atónito. Miró a Dorian Gray con asombro absoluto. Nunca antes lo había visto así. El muchacho estaba totalmente pálido de furia. Se apretaba las manos, y las pupilas de sus ojos eran como discos de fuego azul. Todo su cuerpo temblaba.

—¡Dorian!

—¡No hables!

—Pero ¿cuál es el problema? Por supuesto que no lo miraré si tú no quieres que lo haga —dijo con bastante frialdad al tiempo que se daba la vuelta y se dirigía a la ventana—. Pero la verdad es que resulta bastante absurdo que no deba ver mi propia obra, sobre todo cuando voy a exponerla en París en otoño. Probablemente tenga que darle otra capa de barniz antes; así que tendré que verlo algún día, y ¿por qué no hoy?

—¡Exponerlo! ¿Quieres exponerlo? —exclamó Dorian Gray mientras una extraña sensación de terror se adueñaba de él.

¿Iba a serle mostrado al mundo su secreto? ¿Iba la gente a admirar el misterio de su vida? Era imposible. Algo, no sabía qué, había que hacer de inmediato.

—Sí; supongo que no te opondrás a eso, Georges Petit va a reunir mis mejores pinturas para una exposición especial en la Rue de Sêze que se abrirá la primera semana de octubre. El retrato sólo estará fuera un mes. Pienso que no te sería difícil desprenderte de él durante ese tiempo. De hecho, seguro que estarás fuera de la ciudad. Y si lo escondes siempre tras un biombo es que no puede importarte demasiado.

Dorian Gray se pasó la mano por la frente. Había gotas de sudor en ella. Se sentía al borde de un horrible peligro.

—Me dijiste hace un mes que nunca lo expondrías —dijo—. ¿Por qué has cambiado de opinión? Los que soléis gustar de ser coherentes tenéis tantos caprichos como los demás. La única diferencia es que vuestros caprichos están bastante faltos de sentido. No puedes haber olvidado que me aseguraste con la mayor solemnidad que nada en el mundo te induciría a enviarlo a una exposición. Le dijiste a Harry exactamente lo mismo.

Se detuvo súbitamente, y un destello de luz apareció en sus ojos. Recordó que lord Henry le había dicho una vez, medio en serio y medio en broma: «Si quieres tener un cuarto de hora interesante, haz que Basil te

explique por qué no quiere exponer su cuadro. Él me contó por qué, y fue para mí una revelación». Sí; tal vez Basil también tenía su secreto. Probaría suerte y le preguntaría.

—Basil —dijo acercándose bastante a él y mirándolo directamente a la cara—, todos tenemos secretos. Déjame conocer el tuyo y yo te contaré el mío. ¿Qué razón tenías para negarte a exponer el cuadro?

Hallward se estremeció contra su voluntad.

—Dorian, si te lo dijera, quizá yo podría gustarte menos, y sin duda te reirías de mí. No puedo soportar ninguna de esas dos cosas. Si deseas que jamás vuelva a mirar tu cuadro, me parece bien. Siempre te tendré a ti para mirarte. Si deseas que la mejor obra que he creado jamás permanezca oculta para el mundo, me place. Tu amistad es más valiosa para mí que toda fama o reputación.

—No, Basil, tienes que decírmelo —murmuró Dorian Gray—. Creo que tengo derecho a saberlo.

Su sentimiento de terror había desaparecido. La curiosidad había ocupado su lugar. Estaba decidido a desvelar el misterio de Basil Hallward.

—Sentémonos, Dorian —dijo Hallward con aspecto pálido y dolorido—. Sentémonos. Yo me sentaré a la sombra, y tú te sentarás al sol. Nuestras vidas son exactamente así. Sólo respóndeme a una pregunta. ¿Has percibido en el cuadro algo que no te guste? ¿Algo que, al principio, probablemente no advirtieras, pero que se te haya revelado de repente?

—¡Basil! —exclamó el muchacho agarrando los brazos de la silla con las manos temblorosas y mirándolo fuera de sí con ojos asombrados.

—Veo que sí. No digas nada. Espera hasta oír lo que tengo que decir. Es muy cierto que te he adorado con un sentimiento mucho más romántico de lo que un hombre debería ofrecer a un amigo. Por alguna razón, yo nunca había amado a una mujer. Supongo que nunca tuve tiempo. Quizá, como dice Harry, una *grande passion* verdadera es el privilegio de los que no tienen nada que hacer, y ésa es la costumbre de las clases ociosas de un país. Bien, pues desde el momento en que te conocí, tu personalidad tuvo sobre mí el más extraordinario influjo. Reconozco que te adoré loca, extravagante, absurdamente. Sentía celos de todo aquél con quien hablabas. Quería tenerte sólo para mí. Sólo era feliz cuando estaba contigo. Cuando

estaba lejos de ti, tú seguías presente en mi arte. Todo era equivocado y estúpido. Y todo sigue siendo equivocado y estúpido aún. Por supuesto, nunca te dije nada. Habría sido imposible. No lo habrías entendido. Ni yo mismo lo entendía. Un día decidí pintar un maravilloso retrato tuyo. Iba a ser mi obra maestra. Es mi obra maestra. Pero, mientras trabajaba en él, cada mota, cada lámina de color me parecía que revelaba mi secreto. Había amor en cada línea y pasión en cada pincelada. Crecía mi miedo a que el mundo conociera mi idolatría. Sentía, Dorian, que tenía demasiado que decir. Fue entonces cuando decidí que nunca permitiría que el cuadro se expusiera. Tú te enfadaste un poco, pero luego comprendiste todo lo que significaba para mí. No me importó. Cuando el cuadro estuvo terminado y me senté a solas con él, sentí que no me equivocaba. Y, bueno, unos días después el retrato salió de mi estudio, y tan pronto como me hube deshecho de la insoportable fascinación que ejercía su presencia, me pareció que había sido un estúpido al imaginar que había en él algo más que la evidencia de que tú eras extraordinariamente hermoso y yo sabía pintar. Incluso ahora no puedo evitar sentir que es un error pensar que la pasión que uno siente en la creación se refleja realmente en aquello que uno crea. El arte es más abstracto de lo que imaginamos. La forma y el color nos hablan de forma y de color; eso es todo. A menudo me parece que el arte oculta al artista mucho más absolutamente de lo que lo revela. Por eso, cuando recibí esta oferta de París, decidí convertir tu retrato en la pieza principal de mi exposición. Nunca se me ocurrió que pudieras negarte. Veo ahora que tenías razón. El cuadro no debe mostrarse. No debes enfadarte conmigo, Dorian, por lo que te he dicho. Como le dije a Harry una vez, tú estás hecho para ser adorado.

Dorian Gray respiró hondo. El color volvió a sus mejillas y una sonrisa jugueteó en sus labios. Había pasado el peligro. Por el momento, estaba a salvo. Y, sin embargo, no podía evitar sentir una piedad infinita por el joven que acababa de hacerle aquella extraña confesión. Se preguntó si él alguna vez había estado tan subyugado por la personalidad de un amigo. Lord Harry poseía el atractivo de ser muy peligroso. Pero eso era todo. Era demasiado inteligente y demasiado cínico como para quererlo de verdad.

¿Habría alguien alguna vez que lo llenara de una extraña idolatría? ¿Sería aquélla una de las cosas que la vida guardaba para él?

—Me resulta extraordinario, Dorian —dijo Hallward—, que hayas visto eso en el cuadro. ¿Lo viste de verdad?

—Por supuesto que sí.

—¿Te importaría que lo viera ahora?

Dorian movió la cabeza.

—No debes pedirme eso, Basil. No podría dejarte estar delante de ese cuadro.

—Lo harás algún día, ¿verdad?

—Nunca.

—Bueno, quizá tengas razón. Y, ahora, adiós, Dorian. Eres la única persona a la que de verdad he querido en mi vida. No creo que vuelva a verte a menudo. No sabes lo que me cuesta decirte todo lo que te he dicho.

—Mi querido Basil —exclamó Dorian—, ¿qué me has dicho? Simplemente, que sentiste que yo te gustaba demasiado. Eso no es ni siquiera un cumplido.

—No pretendía ser un cumplido. Era una confesión.

—Una confesión decepcionante.

—Bueno, Dorian, ¿qué esperabas? ¿Has visto algo más en el cuadro? ¿Había algo más que ver?

—No; no había nada más. ¿Por qué lo preguntas? Pero no debes decir que no volveremos a vernos ni nada parecido. Tú y yo somos amigos, Basil, y debemos seguir siendo amigos siempre.

—Tienes a Harry —dijo Hallward con tristeza.

—¡Oh, Harry! —exclamó el muchacho rompiendo a reír—. Harry se pasa los días diciendo lo increíble y las noches haciendo lo improbable. Justo la clase de vida que me gustaría llevar. Pero, aun así, no creo que acudiera a Harry si estuviera en dificultades. Antes te buscaría a ti, Basil.

—Pero no quieres volver a posar para mí.

—¡Imposible!

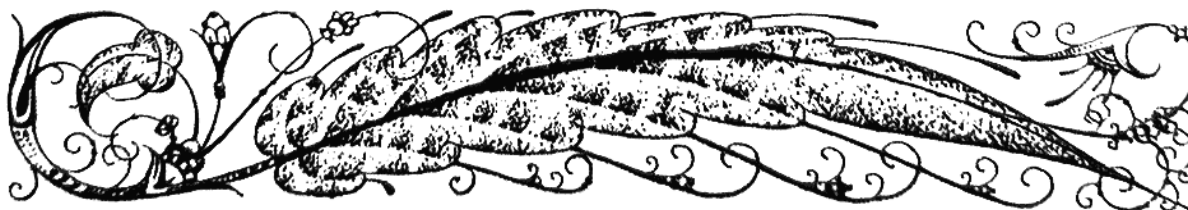
—Arruinas mi vida de artista al negarte, Dorian. Nadie encuentra dos ideales. Muy pocos encuentran ni siquiera uno.

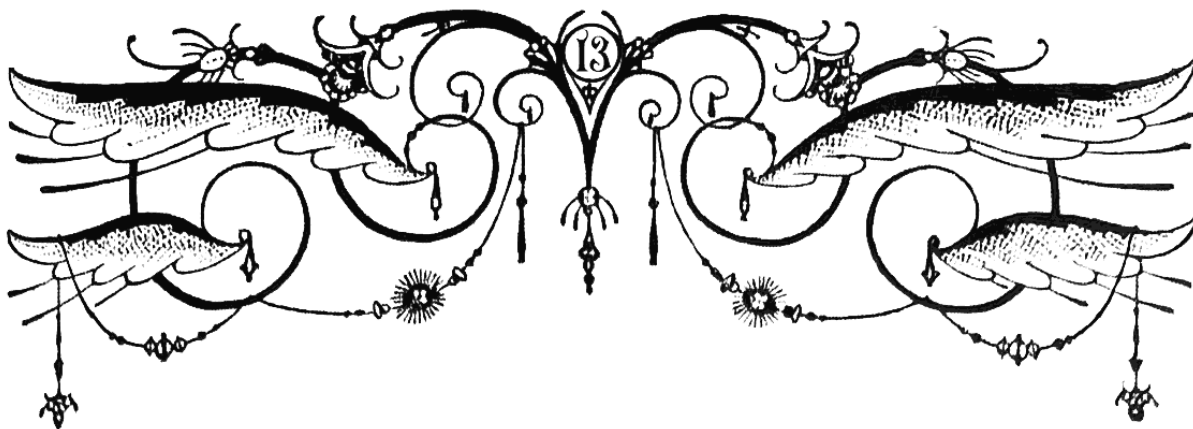
—No puedo explicártelo, Basil, pero jamás debo volver a posar para ti. Iré a tomar el té contigo. Y será igual de agradable.

—Más agradable para ti, me temo —murmuró Hallward con pesadumbre—. Y, ahora, adiós. Siento que no me dejes volver a ver el cuadro. Pero eso es irremediable. Entiendo bien lo que sientes al respecto.

Cuando éste salía de la habitación, Dorian Gray sonrió para sí. ¡Pobre Basil, qué poco sabía de la verdadera razón! Y qué extraño era que, en lugar de haberse visto obligado a revelar su propio secreto, hubiera logrado, casi por casualidad, arrancarle un secreto a su amigo. ¡Cuántas cosas explicaba para él aquella confesión! Los absurdos ataques de celos de Basil, su devoción desmedida, sus extravagantes panegíricos, sus curiosas reticencias... Lo entendía todo ahora, y lo lamentaba. Había algo trágico en una amistad tan teñida de romance; algo infinitamente trágico en un romance tan apasionado y tan estéril a la vez.

Suspiró y tocó el timbre. Había que esconder el retrato a toda costa. No podía correr el riesgo de que fuera descubierto otra vez. Había sido una locura por su parte dejar que permaneciera siquiera una hora en una habitación a la que cualquiera de sus amigos tuviera acceso.





UANDO ENTRÓ SU SIRVIENTE, se quedó observándolo fijamente mientras se preguntaba si a éste se le habría ocurrido mirar tras el biombo. El hombre parecía bastante impasible y esperó sus órdenes. Dorian encendió un cigarrillo, se dirigió hasta el espejo y miró. Podía ver el reflejo del rostro de Víctor perfectamente. Era como una apacible máscara de servilismo. No había nada que temer allí. Pero, de todos modos, pensó que convenía estar en guardia.

Hablando muy despacio, le pidió que dijera al ama de llaves que quería verla y que luego fuera en busca del enmarcador y le pidiera que enviara a dos hombres de inmediato. Le pareció que, al salir de la habitación, había mirado en la dirección del biombo. ¿O quizá fue sólo su imaginación?

Tras unos momentos, la señora Leaf, la vieja y querida señora vestida de seda negra, con una fotografía del difunto señor Leaf en un broche que llevaba al cuello y unos anticuados mitones de hilo en las arrugadas manos, entró con ajetreo en la habitación.

—Y, bien, señorito Dorian —dijo—, ¿qué puedo hacer por usted? Le ruego me disculpe —en ese momento hizo una reverencia—, ya no debería llamarlo señorito Dorian. Pero, Dios lo bendiga, señor, lo conozco a usted desde que era un niño, y no son pocas las travesuras que le hizo a la pobre y

vieja Leaf. Y no porque no fuera siempre un niño bueno, señor. Pero los niños no son más que niños, señorito Dorian, y la mermelada siempre es una tentación, ¿verdad que sí, señor?

Él rió.

—Puedes llamarme siempre señorito Dorian, Leaf. Me enfadaré mucho contigo si no lo haces. Y te aseguro que sigo teniendo la misma afición por la mermelada. Sólo que cuando me invitan a tomar el té fuera no me la ofrecen nunca. Quiero que me des la llave de la buhardilla.

—¿La vieja sala de las lecciones, señorito Dorian? Vaya. Está llena de polvo. Debo hacer que la limpien y la pongan en orden antes de que suba usted. No está para recibirlo, señorito Dorian. Desde luego que no.

—No quiero que la pongan en orden, Leaf. Sólo quiero la llave.

—Bien, señorito Dorian, pero le advierto que se verá usted cubierto de telas de araña si entra allí. Lleva casi cinco años sin abrirse. Desde que murió su señoría.

Se estremeció al oír mencionar la muerte de su tío. Tenía odiosos recuerdos de él.

—Eso no importa, Leaf —respondió—. La llave es lo único que quiero.

—Aquí está, señorito Dorian —dijo la anciana señora después de buscar en su racimo de llaves con manos trémulas y vacilantes—. Aquí está la llave. La sacaré de la anilla en un momento. Pero no pensará vivir allí, señorito Dorian, estando aquí tan cómodo, ¿verdad?

—No, Leaf, no. Simplemente quiero ver el lugar, y quizás guardar algo en él. Eso es todo. Gracias, Leaf. Espero que estés mejor de tu reumatismo y que te encargues de enviarme mermelada para el desayuno.

La señora Leaf movió la cabeza.

—Esos extranjeros no entienden lo que es la mermelada, señorito Dorian. La llaman compota. Pero yo misma le traeré alguna mañana, si me lo permite.

—Será muy amable por tu parte, Leaf —respondió él mirando la llave.

Y, después de hacer una elaborada reverencia, la anciana señora dejó la habitación con el rostro risueño. Tenía una poderosa objeción contra el ayuda de cámara francés. Sentía que era una desgracia para cualquiera haber nacido extranjero.

Cuando la puerta se cerraba, Dorian puso la llave en su bolsillo y miró a su alrededor en la habitación. Sus ojos se detuvieron en un cobertor de satén púrpura con abundantes bordados en oro, una espléndida obra veneciana del xvii tardío que su tío había encontrado en un convento cerca de Bolonia. Sí, aquello serviría para envolver el terrible objeto. Tal vez hubiera servido a menudo de sudario. Ahora iba a ocultar algo que poseía su propia corrupción, peor que la corrupción de la muerte; algo que engendraría horror y, sin embargo, no moriría nunca. Lo mismo que el gusano en el cadáver serían sus pecados para la imagen pintada en el lienzo. Arruinarían su belleza y devorarían su gracia. La ensuciarían y la harían objeto de vergüenza. Y, sin embargo, aquella cosa seguiría viviendo. Siempre estaría viva.

Se estremeció, y por un momento lamentó no haberle contado a Basil la verdadera razón por la que había querido esconder el retrato. Basil lo habría ayudado a resistir la influencia de lord Henry y las influencias aún más perniciosas que venían de su propio temperamento. El amor que le profesaba, pues era verdadero amor, tenía algo noble e intelectual. No era esa mera admiración física de la belleza que nace de los sentidos y que muere en cuanto los sentidos se cansan. Era un amor como el que habían conocido Miguel Ángel, y Montaigne, y Winckelmann, y Shakespeare mismo. Sí, Basil podría haberlo salvado. Pero ya era demasiado tarde. El pasado siempre podía ser aniquilado. El arrepentimiento, la negación y el olvido podían lograr eso. Pero el futuro era inevitable. Había pasiones en su interior que encontrarían su terrible salida, sueños que materializarían la sombra de su maldad.

Tomó del sofá la enorme pieza de tejido púrpura y oro que lo cubría y, sosteniéndola en sus manos, pasó tras el biombo. ¿Era el rostro del lienzo más vil que antes? Le parecía que no había cambiado, y aun así, se había hecho más poderosa su aversión hacia él. El cabello dorado, los ojos azules y los labios rojos. Todo seguía allí. Era simplemente la expresión lo que aparecía alterado. Y ésta era horrible en su crueldad. En comparación con lo que veía en ella de censura y reproche, ¡qué leves habían sido las reprobaciones de Basil acerca de Sybil Vane! ¡Qué leves y apenas trascendentes! Su propia alma lo contemplaba desde el lienzo y lo llamaba a

juicio. Halló ante él una mirada de dolor, y entonces lanzó el lujoso sudario sobre el cuadro. Al hacerlo, se oyó llamar a la puerta. Salió al tiempo que entraba su sirviente.

—Los hombres han llegado, *monsieur*.

Sintió entonces que debía deshacerse de él de forma inmediata. No debía permitir que supiera a dónde llevaban el cuadro. Había algo taimado en él, y tenía unos ojos sagaces y traicioneros. Sentado en el escritorio, garabateó una nota para lord Henry donde le pedía que le enviara algo que leer y le recordaba que iban a encontrarse a las ocho y cuarto aquella noche.

—Espere respuesta —le dijo tendiéndosela—, y haga pasar a esos hombres.

Dos o tres minutos después, llamaron de nuevo a la puerta y el señor Ashton en persona, el célebre enmarcador de la calle South Audley, entró en compañía de un joven ayudante de aspecto rudo. El señor Ashton era un hombrecillo rubicundo con patillas rojizas cuya admiración por el arte se veía considerablemente atemperada por la inveterada impecuniosidad de la mayoría de los artistas con los que trataba. Por norma general, nunca salía de su tienda. Esperaba a que la gente fuera en su busca. Pero siempre hacía una excepción cuando se trataba de Dorian Gray. Había algo en Dorian que atraía a todo el mundo. Era un placer incluso verlo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Gray? —dijo frotándose sus gruesas manos pecosas—. Decidí que me haría a mí mismo el honor de venir en persona. Acabo de conseguir una belleza de marco, señor. Comprado en una subasta. Florentino antiguo. Procedente de Fonthill, según creo. Admirablemente adecuado para una pintura religiosa, señor Gray.

—Lamento que haya tenido que tomarse la molestia de venir, señor Ashton. Desde luego que me pasaré a ver el marco, aunque no soy muy aficionado al arte religioso. Pero hoy sólo quiero que me suban un cuadro al desván. Es bastante pesado, y pensé que podría pedirle prestados a un par de sus hombres.

—No se preocupe en absoluto, señor Gray. Estoy encantado de servirle en cualquier caso. ¿Cuál es la obra de arte, señor?

—Ésta —respondió Dorian moviendo el biombo—. ¿Pueden moverla cubierta tal como está? No quiero que se arañe al subir por las escaleras.

—No habrá dificultad, señor —dijo el amable enmarcador al tiempo que comenzaba, con ayuda de su empleado, a descolgar el cuadro de las largas cadenas de cobre de las que estaba suspendido—. Y, ahora, ¿a dónde lo llevamos, señor Gray?

—Le mostraré el camino, señor Ashton, si tiene la amabilidad de seguirme. O quizá prefiera ir delante. Me temo que es en la parte más alta de la casa. Subiremos por la escalera delantera, que es más ancha.

Sostuvo la puerta abierta para los hombres, y éstos pasaron al vestíbulo y comenzaron el ascenso. Lo sofisticado del marco había hecho la pintura extremadamente voluminosa y, de vez en cuando, a pesar de las obsequiosas protestas del señor Ashton, que sentía un verdadero disgusto de comerciante al ver a un caballero desempeñando cualquier tarea de utilidad, Dorian ponía las manos en él para ayudarlos.

—Una buena carga, señor —dijo jadeando el hombrecillo cuando alcanzaron el piso superior, y se limpió la frente brillante.

—Una carga terrible que llevar —murmuró Dorian, al tiempo que abría con llave la puerta de la habitación que iba a guardar para él el extraño secreto de su vida y ocultar su alma de los ojos de los hombres.

No había entrado en aquel lugar desde hacía más de cuatro años. No, desde luego, desde que lo había utilizado, primero como sala de juegos, siendo niño, y más tarde como estudio cuando fue algo mayor. Era una habitación grande, bien proporcionada, que había sido construida ex profeso por el último lord Sherard para uso del pequeño sobrino al que, al no tener hijos él mismo, y tal vez por otras razones, había odiado siempre y había querido mantener a distancia. A Dorian no le pareció muy cambiada. Allí estaba la enorme *cassone* italiana, con sus paneles fantásticamente pintados y sus deslustradas molduras doradas, en la que tantas veces se había escondido de niño. Allí estaba la librería de madera satinada con sus manoseados libros escolares. En la pared, tras ella, colgaba el mismo raído tapiz flamenco en el que un rey y una reina desgastados jugaban al ajedrez en un jardín mientras que un grupo de halconeros pasaba a caballo con pájaros encapuchados en sus muñecas enguantadas. ¡Qué bien lo recordaba

todo! Cada momento de su solitaria niñez volvía a él al mirar alrededor. Recordaba la pureza sin mácula de su vida infantil, y le parecía horrible que aquél fuera a ser el lugar donde el funesto retrato iba a ocultarse. ¡Qué poco había pensado en aquellos días muertos en todo lo que le aguardaba!

Pero no había ningún otro lugar en la casa tan a salvo de miradas entrometidas como aquél. Él tenía la llave, y nadie más podía entrar allí. Bajo su sudario púrpura, el rostro pintado en el lienzo podría volverse bestial, podrido y sucio. ¿Qué importaba? Nadie podría verlo. Ni siquiera él lo vería. ¿Por qué iba a contemplar la espantosa corrupción de su alma? Conservaría su juventud: eso bastaba. Y, además, ¿no podría su naturaleza mejorar, después de todo? No había razón para que el futuro tuviera que estar tan lleno de vergüenza. Algún amor podría cruzarse en su vida, y purificarlo, y protegerlo de aquellos pecados que ya parecían estar agitándolo en carne y espíritu, aquellos extraños pecados no reflejados en la pintura cuyo mismo misterio les confería su sutileza y atractivo. Quizá, algún día, la mirada cruel habría desaparecido de aquella delicada boca escarlata, y él podría mostrar al mundo la obra maestra de Basil Hallward.

Pero, no. Era imposible. La criatura del lienzo estaba envejeciendo hora tras hora, semana tras semana. Aunque escapara a la fealdad del pecado, la fealdad de la edad lo aguardaba. Las mejillas se hundirían o se harían flácidas. Amarillentas patas de gallo rodearían los ojos consumidos volviéndolos horribles. El pelo perdería su brillo; la boca se abriría o caería con laxitud y sería estúpida o repugnante, como son las bocas de los viejos. Allí estarían el amigado cuello, las manos frías con venas azules, el cuerpo retorcido que él recordaba en aquel tío que había sido tan severo con él en su niñez. El cuadro tenía que estar oculto. Nada podía evitarlo.

—Tráigalo, señor Ashton, por favor —dijo con cansancio, dándose la vuelta—. Siento haberlo hecho esperar tanto. Estaba pensando en otra cosa.

—Siempre se agradece descansar, señor Gray —respondió el enmarcador, que aún tenía la respiración entrecortada—. ¿Dónde lo ponemos, señor?

—Oh, en cualquier parte. Aquí servirá. No quiero que lo cuelguen. Sólo apóyelo contra la pared. Gracias.

—¿Podría ver la obra de arte, señor?

Dorian se sobresaltó.

—No le interesaría, señor Ashton —dijo sin apartar la vista del hombre.

Estaba preparado para saltar sobre él y derribarlo si se atrevía a levantar la espléndida tela que ocultaba el secreto de su vida.

—Ya no lo molestaré más. Le estoy muy agradecido por su amabilidad al venir.

—En absoluto, en absoluto, señor Gray. Siempre dispuesto a hacer por usted lo que haga falta.

Y el señor Ashton bajó ruidosamente las escaleras seguido de su ayudante, que volvía la vista a Dorian con una mirada de callado asombro en su rostro rudo y poco agraciado. Nunca había visto a alguien tan maravilloso.

Cuando el sonido de sus pasos se hubo apagado, Dorian cerró la puerta con llave y la guardó en su bolsillo. Se sentía a salvo ahora. Nadie vería jamás aquella cosa horrible. No habría otros ojos que los suyos que contemplaran su vergüenza.

Al volver a la biblioteca, descubrió que acababan de dar las cinco y que ya habían traído el té. En una mesita de madera oscura perfumada con abigarradas incrustaciones de nácar, regalo de la esposa de su tutor, *lady Radley*, que había pasado el invierno anterior en El Cairo, había una nota de lord Henry, y junto a ella un libro de hojas amarillas, con la cubierta ligeramente rota y los bordes sucios. Habían dejado un ejemplar de la tercera edición de la *St. James's Gazette* en la bandeja del té. Era evidente que Víctor había regresado. Se preguntó si se habría cruzado con los hombres en el vestíbulo cuando éstos salían de la casa y si habría conseguido sonsacarles lo que habían estado haciendo. Estaba seguro de que echaría en falta el cuadro, y que sin duda lo habría echado en falta ya mientras servía el té. El biombo no había sido devuelto a su lugar, y el espacio vacío en la pared era visible. Quizá alguna noche lo encontrara subiéndose furtivamente las escaleras y forzando la puerta de la habitación. Era horrible tener a un espía en la propia casa. Había oído hablar de hombres ricos chantajeados durante toda su vida por algún sirviente que hubiera leído una carta, o escuchado una conversación, o recogido una

tarjeta de visita con una dirección, o encontrado bajo una almohada una flor marchita o un trozo de encaje arrugado.

Suspiró y, después de servirse algo de té, abrió la nota de lord Henry. Era simplemente para decirle que le enviaba el periódico vespertino y un libro que podría interesarle, y que estaría en el club a las ocho y cuarto. Abrió la *St. James's* con desgana y le echó un vistazo. Una señal hecha con lápiz rojo en la página quinta llamó su atención. Leyó el párrafo siguiente:

INVESTIGACIÓN SOBRE UNA ACTRIZ

El señor Danby, juez de instrucción del Distrito, ha llevado a cabo esta mañana una investigación en la Bell Tavern de la calle Hoxton por la muerte de Sybil Vane, una joven actriz recientemente contratada por el Royal Theatre, Holborn. Se ha concluido un veredicto de muerte fortuita. Se presentaron condolencias a la madre de la fallecida, muy afectada durante su declaración y la del doctor Birrell, que realizó el examen *post-mortem* del cuerpo.

Frunció levemente el ceño y, tras romper en dos el periódico, cruzó la habitación y arrojó los pedazos a una papelera dorada. ¡Qué feo era todo! ¡Y qué horriblemente reales volvía las cosas la fealdad! Se sintió algo molesto con lord Henry por haberle enviado aquella crónica. Y era ciertamente estúpido por su parte haberla marcado con lápiz rojo. Víctor podría haberla leído. El hombre dominaba de sobra el inglés para ello.

Tal vez la había leído y había empezado a sospechar algo. Pero ¿qué importaba? ¿Qué tenía Dorian Gray que ver con la muerte de Sybil Vane? No había nada que temer. Dorian Gray no la había matado.

Sus ojos repararon en el libro amarillo que le había enviado lord Henry. Se preguntó qué sería. Fue hacia el pequeño atril octogonal de color perla que siempre le había parecido obra de unas extrañas abejas egipcias que trabajaran en plata y tomó el volumen. *Le secret de Raoul*, par Catulle Sarrazin. ¡Qué curioso título! Se dejó caer en un sofá y comenzó a pasar las páginas. Unos minutos después, se hallaba absorto. Era el más extraño libro que hubiera leído jamás. Le parecía que, en exquisito atuendo y al delicado son de unas flautas, los pecados del mundo estuvieran desfilando en pantomima frente a él. Cosas que vagamente había soñado de repente se le hicieron reales. Cosas que ni siquiera había soñado jamás se le fueron revelando poco a poco.

Era una novela sin trama, con un único personaje, pues se trataba ciertamente del estudio psicológico de un joven parisino, que pasaba su vida intentando realizar en el siglo XIX la totalidad de las pasiones y formas de pensamiento que pertenecieron a todos los siglos menos al suyo y resumir, por así decirlo, en sí mismo todos los estados de ánimo por los que ha pasado el espíritu del mundo alguna vez; amando por su propia artificialidad esas renunciadas que los hombres estúpidamente han llamado virtudes tanto como esas rebeliones naturales que los hombres sabios han llamado pecado. La forma en que estaba escrita era la de ese curioso estilo adornado, vívido y oscuro a un tiempo, plagado de argots y arcaísmos, de expresiones técnicas y paráfrasis elaboradas, que caracteriza la obra de algunos de los mejores artistas de la escuela francesa de los *Décadents*. Había en ella metáforas tan monstruosas como orquídeas de color no menos maligno que el suyo. La vida sensual era descrita en términos de filosofía mística. Apenas se sabía, a veces, si se estaban leyendo los éxtasis espirituales de algún santo medieval o las mórbidas confesiones de un pecador moderno. Era un libro venenoso. El pesado aroma del incienso parecía aferrarse a sus páginas y perturbar la mente. La mera cadencia de las frases, la sutil monotonía de su música, tan llena de complejas letanías y movimientos elaboradamente repetidos, producía en la mente del muchacho, capítulo a capítulo, una especie de ensoñación, un ensueño febril que lo hacía ajeno al ocaso del día y al deslizarse de las sombras.

Despejado y horadado por una estrella solitaria, un cielo de cobre verde resplandecía tras las ventanas. Siguió leyendo bajo su lánguida luz hasta que ya no pudo leer más. Entonces, después de que su ayuda de cámara le hubiera recordado varias veces lo avanzado de la hora, se levantó, y yendo hasta la habitación contigua, dejó el libro sobre la mesa florentina que siempre permanecía junto a su cama, y comenzó a vestirse para la cena. Eran casi las nueve cuando llegó al club, donde halló a lord Henry sentado solo, en la habitación de las mañanas, con aspecto de estar muy aburrido.

—Cuánto lo siento, Harry —exclamó—, pero tú tienes toda la culpa. Ese libro que me enviaste me ha fascinado tanto que olvidé la hora que era.

—Pensé que te gustaría —respondió su anfitrión levantándose de la silla.

—No he dicho que me gustara, Harry. He dicho que me ha fascinado. Hay una gran diferencia.

—Ah, si hubieras descubierto eso, ya habrías descubierto mucho —murmuró lord Henry con su curiosa sonrisa—. Vamos. Entremos a cenar. Es espantosamente tarde y temo que el *champagne* se haya enfriado demasiado.





DURANTE AÑOS, Dorian Gray no pudo liberarse del recuerdo de aquel libro. O tal vez sería más acertado decir que nunca intentó liberarse de él. Consiguió de París no menos de cinco ejemplares en folio de la primera edición, y los mandó encuadernar en distintos colores para adecuarse a sus distintos estados de ánimo y a los cambiantes caprichos de una naturaleza sobre la que le parecía, a veces, haber perdido casi por completo el control. Raoul, el maravilloso joven parisino en el que tan extrañamente se mezclaban el temperamento romántico y el temperamento científico, se convirtió para él en una especie de modelo en el que se veía él mismo prefigurado. Y, ciertamente, todo el libro le parecía contener la historia de su propia vida, escrita antes de que él la hubiera vivido.

En un aspecto, era más afortunado que el fantástico héroe de Catulle Sarrazin. Él nunca conoció (nunca, ciertamente, tuvo razones para conocer) aquél más bien grotesco terror a los espejos, a las superficies metálicas pulidas, a las aguas quietas, que se apoderó de Raoul tan tempranamente en su vida y estuvo ocasionado por la repentina decadencia de una belleza que una vez, al parecer, había sido notable. Casi con cruel alegría (y tal vez en casi toda alegría, como sin duda ocurre en todo placer, la crueldad tenga sitio) solía leer la última parte del libro, con su en verdad trágica, si bien

algo más enfatizada de lo necesario, crónica del dolor y la desesperación de alguien que ha perdido lo que más aprecia en otros y en el mundo.

Él, en cualquier caso, no tenía nada que temer. La belleza juvenil que tanto había fascinado a Basil y a tantos otros parecía no abandonarlo nunca. Incluso aquellos que habían oído las cosas más terribles contra él (y, de cuando en cuando, extraños rumores acerca de su forma de vida se deslizaban por todo Londres, convirtiéndose en el tema de conversación de los clubs) no podían creer nada en su descrédito cuando lo veían. Siempre había conservado la apariencia de quien se ha mantenido intacto del mundo. Los hombres que hablaban de forma grosera callaban cuando Dorian Gray entraba en la habitación. Había algo en la pureza de su rostro que era para ellos una especie de reproche. Su mera presencia parecía recordarles la inocencia que habían mancillado. Les asombraba que alguien tan encantador y agraciado como él no se hubiera manchado de una época que era al mismo tiempo sensual y sórdida.

Él mismo, al regresar a su casa de alguna de aquellas misteriosas y prolongadas ausencias que daban origen a tan extrañas conjeturas entre los que eran, o creían ser, sus amigos, subía las escaleras hasta la puerta cerrada, la abría con la llave que siempre llevaba consigo y permanecía, con un espejo, delante del retrato que le había pintado Basil Hallward, mirando ahora el malvado y envejecido rostro del lienzo, ahora el hermoso rostro joven que se burlaba de él desde el reluciente cristal. La misma brusquedad del contraste solía llenarlo de placer. Se iba enamorando cada vez más de su propia belleza e iba sintiendo cada vez mayor interés por la corrupción de su alma. Solía examinar con minucioso cuidado, y a menudo con monstruoso y terrible deleite, las espantosas líneas que marchitaban la arrugada frente o merodeaban alrededor de la boca gruesa y sensual, preguntándose a veces cuáles eran más horribles, si las señales del pecado o las señales del tiempo. Solía colocar sus blancas manos junto a las manos abotargadas del cuadro, y sonreía. Se burlaba de aquel cuerpo deformado y de sus miembros débiles.

Había momentos, desde luego, durante la noche, en que, yaciendo insomne en su alcoba delicadamente perfumada o en alguna sórdida habitación de la pequeña taberna de mala fama, cerca de los Docks, que

frecuentaba bajo falso nombre y con disfraz, solía pensar en la ruina a la que había arrastrado su alma con una compasión que era aún más conmovedora por ser puramente egoísta. Pero los momentos como ése eran escasos. Aquella curiosidad por la vida que, muchos años antes, lord Henry había despertado en él por vez primera mientras se hallaban juntos en el jardín de su amigo, parecía aumentar con su gratificación. Cuanto más sabía, más deseaba saber. Sus desesperadas ansias se hacían más voraces a medida que las alimentaba.

Con todo, no era verdaderamente temerario, en cualquier caso, en sus relaciones con la sociedad. Una o dos veces al mes durante el invierno y todos los miércoles por la tarde mientras duraba la temporada, abría al mundo su hermosa casa y llevaba a los más celebrados músicos del momento para deleitar a sus invitados con las maravillas de su arte. Sus pequeñas cenas, en la organización de las cuales lord Henry siempre le ayudaba, destacaban tanto por la cuidadosa selección y colocación de los invitados como por el exquisito gusto mostrado en la decoración de la mesa, con sus sutiles arreglos sinfónicos de flores exóticas, sus manteles bordados, su antigua vajilla de oro y plata. Desde luego, hubo muchos, sobre todo entre los hombres muy jóvenes, que vieron, o imaginaron haber visto en Dorian Gray, la verdadera encarnación de un tipo con el que a menudo habían soñado en los tiempos de Eton o de Oxford, un tipo que combinaba algo de la verdadera cultura del intelectual con toda la elegancia, la distinción y los perfectos modales de un hombre de mundo. Para ellos, él parecía pertenecer a aquéllos a los que Dante describe como quienes han buscado «perfeccionarse a sí mismos en la adoración de la belleza». Como Gautier, era alguien para quien «el mundo visible existía».

Y, ciertamente, para él la vida misma era la primera, la mayor de las artes, para la que todas las demás artes no eran sino una preparación. La moda, mediante la cual lo que es verdaderamente fantástico se transforma por un momento en universal, y el dandismo que, a su modo, es un intento de afirmar la absoluta modernidad de la belleza, ejercían, por supuesto, su fascinación sobre él. Su manera de vestir, y los particulares estilos que adoptaba de cuando en cuando tenían notable influencia en los jóvenes exquisitos de los bailes de Mayfair y los escaparates del Pall Mall Club, que

lo imitaban en cuanto hacía e intentaban reproducir el encanto espontáneo de su elegancia, aunque para él éstas no fueran más que afectaciones que ni siquiera tomaba del todo en serio.

Pues, mientras que estaba muy dispuesto a aceptar la posición que inmediatamente iba a ofrecerle su mayoría de edad y encontraba, desde luego, un placer sutil en la idea de que podría en verdad convertirse para el Londres de su tiempo en lo que había sido una vez en la Roma imperial de Nerón el autor del *Satiricón*, en lo más profundo de su corazón deseaba algo más que ser un mero *arbiter elegantiarum* al que consultar sobre lucir una joya, anudarse una corbata o manejar un bastón. Ambicionaba elaborar un nuevo esquema de vida que tuviera razonada su filosofía y ordenados sus principios, y encontrar en la espiritualización de los sentidos su realización más alta.

El culto a los sentidos había sido a menudo, y con justicia, condenado, pues los hombres sentimos un instinto natural de terror a las pasiones y sensaciones que parecen más fuertes que nosotros mismos y que somos conscientes de compartir con las formas de existencia menos elevadamente organizadas. Pero a Dorian Gray le parecía que la verdadera naturaleza de los sentidos nunca había sido entendida, y que éstos habían permanecido en estado salvaje y animal, simplemente porque el mundo había intentado dejarlos morir de hambre en la sumisión o matarlos de dolor, en lugar de proponerse convertirlos en elementos de una nueva espiritualidad de la que un fino instinto de belleza iba a ser la característica dominante. Al contemplar al Hombre moviéndose a través de la Historia, se sentía invadido por un sentimiento de pérdida. ¡A tanto se había renunciado! ¡Y a qué propósitos tan ínfimos! Habían existido descabelladas y obstinadas negaciones, monstruosas formas de torturarse y negarse a uno mismo cuyo origen era el miedo y cuyo resultado era una degradación infinitamente más terrible que la degradación imaginaria de la que, en su ignorancia, habían pretendido escapar, mientras la Naturaleza, en su maravillosa ironía, sacaba al anacoreta del rebaño y lo enviaba junto a los animales salvajes del desierto, y daba al ermitaño las bestias del campo como compañeros.

Sí, iba a ser, como lord Henry había profetizado, un nuevo hedonismo que recrearía la vida y la salvaría de ese severo y carente de atractivo

puritanismo que está teniendo en nuestros días su curioso renacer. Éste iba a servir al intelecto, ciertamente. Pero nunca iba a aceptar teoría o sistema alguno que implicara el sacrificio de ninguna forma de experiencia apasionada. Su propósito, desde luego, era ser experiencia él mismo, y no los frutos de la experiencia, dulces o amargos. Del ascetismo que entorpece los sentidos, como del vulgar libertinaje que los embrutece, nada iba a saber. Pero iba a enseñar al hombre a concentrarse en los momentos de una vida que no es en sí misma más que un momento.

Pocos de nosotros no se han despertado a veces antes del amanecer, una de esas noches de insomnio que casi nos hacen amar la muerte, o en una de esas noches de horror y deforme alegría en las que por las cámaras de la mente se deslizan fantasmas más terribles que la propia realidad, y llenos de esa intensa vida que acecha en todo lo grotesco y que presta al arte gótico su vitalidad imperecedera, siendo este arte, podría uno imaginar, sobre todo el arte de aquéllos cuyas mentes han sido perturbadas por la fiebre de la ensoñación. Poco a poco, blancos dedos se deslizan a través de las cortinas y parecen temblar. Negras sombras fantásticas se arrastran por los rincones de la habitación y se agazapan en ellas. Fuera se oye el agitarse de los pájaros entre las hojas o el sonido de los hombres que van a trabajar, o el suspiro y el sollozo del viento que viene de las montañas y merodea en torno a la casa silenciosa como si temiera despertar a los que duermen. Se va alzando un velo tras otro de fina gasa oscura, y paulatinamente les van siendo devueltos las formas y colores a las cosas, y contemplamos el amanecer que le devuelve al mundo su antigua apariencia. Los pálidos espejos vuelven a imitar la vida. Los pabilos extinguidos permanecen donde los habíamos dejado, y junto a ellos yace el libro a medio leer que habíamos estado estudiando, o la flor con alambre que habíamos llevado al baile, o la carta que nos había dado miedo leer o que habíamos leído demasiadas veces. Nada nos parece cambiado. De las sombras irreales de la noche regresa la vida real que conocíamos. Tenemos que retomarla donde la habíamos dejado, y allí se apodera de nosotros la terrible sensación de la necesaria continuidad de la energía en el mismo tedioso círculo de hábitos estereotipados o un salvaje anhelo, quizás, de que nuestros párpados se abrieran a la mañana de un mundo que hubiera sido vuelto a crear de cero

en la oscuridad para nuestro deleite, un mundo en el que las cosas tuvieran nuevas formas y colores, y hubiera sido cambiado o albergara otros secretos; un mundo donde el pasado tuviera muy poco o ningún lugar, o sobreviviera, en todo caso, sin forma alguna de obligación ni arrepentimiento en la que el recuerdo incluso de la alegría contuviese amargura y la memoria del placer contuviese dolor.

Era la creación de mundos como éstos lo que le parecía a Dorian Gray el verdadero objeto, o uno de los verdaderos objetos, de la vida, y en su búsqueda de sensaciones que fueran a un tiempo nuevas y exquisitas, y poseyeran ese elemento de extrañeza que es tan esencial para el romanticismo, a menudo adoptaba ciertas formas de pensamiento que él sabía en verdad ajenas a su naturaleza; se abandonaba a sus influencias sutiles y, luego, por así decirlo, habiendo atrapado su color y satisfecho su curiosidad intelectual, las abandonaba con esa curiosa indiferencia que no es compatible con una verdadera pasión de temperamento y que, según algunos psicólogos modernos, es a menudo una de sus condiciones.

Se rumoreó una vez que estuvo a punto de convertirse a la comunión católica romana, y lo cierto es que el ritual de Roma siempre ejerció una gran atracción sobre él. El sacrificio diario, en verdad más terrible que todos los sacrificios del mundo antiguo, lo conmovía tanto por su soberbia negación de la evidencia de los sentidos como por la primitiva simplicidad de sus elementos y el eterno patetismo de la tragedia humana que aspiraba a simbolizar. Le encantaba arrodillarse sobre el frío suelo de mármol mientras el sacerdote, en su rígida dalmática florida, movía las blancas manos lentamente para apartar el velo del tabernáculo y levantaba en el aire la lujosa custodia en forma de farol con esa pálida oblea que, a veces, uno fingiría creer que es, en efecto, el *panis celestis*, el pan de los ángeles, o cuando, ataviado con las ropas de la Pasión de Cristo, partía la Hostia en el Cáliz y se daba golpes de pecho por sus pecados. Los humeantes incensarios, que muchachos solemnes vestidos de encaje y escarlata agitaban en el aire como enormes flores doradas, ejercían sobre él una sutil fascinación. Cuando pasaba, solía mirar con asombro los negros confesionarios y sentarse largo tiempo en la penumbra junto a algunos de

ellos a escuchar a los hombres y mujeres que susurraban a través de la deslustrada rejilla la verdadera historia de sus vidas.

Sin embargo, nunca cayó en el error de frenar su desarrollo intelectual con la aceptación de ningún credo o sistema, ni en el de confundir con una casa para vivir una pensión sólo apta para pasar una noche o las pocas horas de una noche sin estrellas en que la luna sufre. El misticismo, con su maravilloso poder de volver las cosas comunes extrañas a nosotros y el sutil antinomismo que siempre parece acompañarlo, lo emocionó durante una temporada. Y durante una temporada se inclinó hacia las doctrinas materialistas del darwinismo en Alemania, y halló un curioso placer en rastrear el origen de los pensamientos y pasiones de los hombres hasta alguna marfileña célula del cerebro o algún nervio escarlata del cuerpo, deleitándose en la concepción de la dependencia absoluta del espíritu de ciertas condiciones físicas, mórbidas o sanas, normales o enfermizas. Aun así, como ya ha quedado dicho antes, ninguna teoría sobre la vida le parecía de importancia alguna comparada con la vida misma. Era profundamente consciente de la esterilidad de toda especulación intelectual separada de la acción y el experimento. Sabía que los sentidos, no menos que el alma, poseían sus propios misterios que revelar.

Y por eso ahora estudiaba los perfumes, y los secretos de su fabricación, destilando aceites de aroma intenso y quemando resinas olorosas orientales. Veía que no existía estado anímico de la mente que no tuviera su equivalente en la vida sensual, y se proponía descubrir sus verdaderas relaciones, preguntándose qué había en el incienso que nos volvía místicos; qué en el ámbar gris que agitaba nuestras pasiones; qué en las violetas que despertaba el recuerdo de los amores muertos; qué en el musgo que perturbaba la mente y en la magnolia que enturbiaba la imaginación. Buscando a menudo elaborar una verdadera psicología de los perfumes, y examinar las distintas influencias de las raíces aromáticas y las perfumadas flores cargadas de polen, de los bálsamos olorosos y de los bosques oscuros y fragantes, del aceite de nardo que hace enfermar, de la hovenia que enloquece a los hombres y los áloes de los que se dice que pueden expulsar del alma la melancolía.

En otra época se entregó por entero a la música, y en una larga habitación con rejas, con techo bermellón y oro y paredes barnizadas de verde oliváceo, solía ofrecer curiosos conciertos en los que unos gitanos enloquecidos arrancaban una música salvaje de pequeñas cítaras, o graves tunecinos con mantos amarillos punteaban las tensas cuerdas de unos laúdes monstruosos mientras negros sonrientes golpeaban monótonamente unos tambores de cobre, o hindúes con turbante agachados sobre alfombras escarlata tocaban unas largas flautas de caña o latón y encantaban, o fingían encantar, enormes serpientes encapuchadas y horribles víboras cornudas. Los violentos intervalos y las estridentes discordancias de la música bárbara lo estimulaban en los momentos en que la elegancia de Schubert, las bellas melancolías de Chopin y hasta las poderosas armonías de Beethoven llegaban a su oído indiferentes. Reunió de todas partes del mundo los instrumentos más extraños que pudo encontrar, ya fuera en la tumba de las naciones muertas o entre las pocas tribus salvajes que han sobrevivido al contacto con las civilizaciones de Occidente, y le encantaba acariciarlos y probarlos. Tenía el misterioso *juruparis* de los indios de Río Negro, que las mujeres no tienen permitido mirar y ni siquiera los hombres jóvenes pueden ver antes de haber sido sometidos a ayunos y flagelaciones, y las jarras de barro peruanas que emiten el sonido agudo de los gritos de los pájaros, y flautas de huesos humanos como la que oyó en Chile Alfonso de Ovalle, y las piedras verdes sonoras que se encuentran cerca de Cuzco y producen una nota de dulzura singular. Tenía calabazas pintadas llenas de guijarros que cascabeleaban al agitarse; el largo clarín de los mejicanos en el que el intérprete no sopla, sino a través del cual inhala el aire; el estridente *tute* de las tribus del Amazonas que hacen sonar los centinelas que pasan el día entero sentados en los árboles y que puede oírse, se dice, desde una distancia de tres leguas; el *teponaztli*, que tiene dos lengüetas vibratorias de madera y se toca con palos embadurnados de una resina elástica que se obtiene del jugo lechoso de las plantas; las campanas *yotl* de los aztecas, que cuelgan en racimos como si fuesen uvas, y un enorme tambor cilíndrico cubierto con las pieles de grandes serpientes, como el que vio Bernal Díaz al entrar con Cortés en un templo mejicano y de cuyo triste sonido nos ha dejado una descripción tan vívida.

El carácter fantástico de estos instrumentos lo fascinaba, y sentía un curioso deleite en la idea de que el Arte, como la Naturaleza, tiene sus monstruos, criaturas de forma bestial y voces horripilantes. Sin embargo, pasado algún tiempo, se cansaba de ellos, y ocupaba su palco en la ópera, solo o en compañía de lord Henry, mientras escuchaba Tannhäuser en un raptó de placer y contemplaba en esa gran obra de arte una representación de la tragedia de su propia alma.

En otra ocasión emprendió el estudio de las joyas, y apareció en un baile de disfraces vestido de Anne de Joyeuse, almirante de Francia, con un traje cubierto con quinientas sesenta perlas. A menudo se pasaba el día entero ordenando y volviendo a ordenar en sus estuches las distintas piedras que había reunido, como el crisoberilo verde oliváceo, que se vuelve rojo a la luz de la lámpara; la cimofana, con su veta de plata parecida a un alambre; el peridoto de color pistacho; los topacios rosado y color vino blanco; los carbúnculos de intenso escarlata con trémulas estrellas de cuatro rayos; las piedras de cinamomo de color rojo fuego; las espinelas naranjas y violetas y las amatistas, con sus capas alternas de zafiro y rubí. Le encantaban el oro rojo de la piedra solar, y la blancura de perla de la piedra de luna, y el arcoiris roto del ópalo lechoso. Consiguió de Amsterdam tres esmeraldas de tamaño y riqueza de color extraordinarios, y tenía una turquesa de la *vieille roche* que era la envidia de todos sus conocidos.



HENRY KEEN

HENRY KEEN

1025



Descubrió historias asombrosas también acerca de las joyas. En la *Clericalis disciplina* de Alfonso se mencionaba una serpiente con ojos de verdadero jacinto, y en la historia de Alejandro se decía que éste encontró serpientes en el valle del Jordán «con collares de auténticas esmeraldas que crecían en sus lomos. —Había una gema en el cerebro del dragón, nos dice Filóstrato, y—, con mostrar unas letras de oro y una túnica escarlata», el monstruo podía ser arrojado a un sueño mágico y morir. Según el gran alquimista Pierre de Boniface, el diamante volvía a un hombre invisible, y el ágata de la India le otorgaba elocuencia. La cornalina apaciguaba la ira y el jacinto inducía el sueño, y la amatista eliminaba los efluvios del vino. El granate expulsaba a los demonios, y el hidrópico robaba a la luna su color. La selenita crecía y menguaba con la luna, y el meloceo, que descubre a los ladrones, sólo podía alterarse con sangre de niño. Camillo Leonardi había visto una piedra blanca extraída del cerebro de un sapo recién muerto que era un antídoto contra el veneno. El bezoar, que se encontraba en el corazón de un venado árabe, servía para elaborar un hechizo que curaba la peste. En los nidos de aves árabes se hallaba el aspilate que, según Demócrito, protegía a quien lo llevaba de los peligros del fuego.

El rey de Ceilán cabalgó por su ciudad con un enorme rubí en la mano en la ceremonia de su coronación. Las puertas del palacio del Preste Juan estaban «hechas de sardónicas, con el cuerno de la serpiente cornuda incrustado para que ningún hombre pudiera introducir veneno». Sobre el gablete «había dos manzanas de oro que contenían dos carbúnculos en su interior» para que el oro pudiera brillar durante el día y los carbúnculos lo hicieran de noche. En la extraña novela de Lodge *Una Margarita de América*, se afirmaba que en la cámara de Margarita se veían «grabadas en plata, todas las damas castas del mundo, que se miraban en hermosos espejos de crisólitos, carbúnculos, zafiros y verdes esmeraldas». Marco Polo había visto a los habitantes de Cipango colocar una perla rosa en la boca de los muertos. Un monstruo marino se había enamorado de la perla que el buceador le llevó al rey Perozes, y después de matar al ladrón, estuvo llorando su pérdida durante siete lunas. Cuando los hunos atrajeron al rey hasta el gran foso, éste la arrojó allí (Procopio cuenta la historia) y jamás volvió a ser encontrada, a pesar de que el emperador Anastasio ofreció

cinco quintales de piezas de oro por ella. El rey de Malabar había mostrado a un veneciano un rosario de ciento cuatro perlas, una por cada uno de los dioses que adoraba. Era una perla que Julio César había regalado a Servilia cuando la amaba. Su hijo había sido Bruto.

El joven sacerdote del Sol, al que siendo un niño habían dado muerte por sus pecados, solía caminar con zapatos adornados con polvo de oro y de plata. Cuando el duque de Valentinois, hijo de Alejandro VI, visitó a Luis XII de Francia, su caballo iba cargado de láminas de oro, según Brantôme, y su gorro llevaba hileras dobles de rubíes que arrojaban una inmensa luz. Carlos de Inglaterra había montado a caballo con espuelas cargadas con trescientos veintidós diamantes. Ricardo II tenía un abrigo valorado en treinta mil marcos que estaba cubierto de rubíes balajes. Hall describía a Enrique VIII, de camino a la Torre antes de su coronación, con «jubón recamado de oro con delantera bordada de diamantes y otras piedras preciosas, y un gran tahalí alrededor del cuello de enormes balajes». Las favoritas de Jacobo I lucían pendientes de esmeraldas y filigrana de oro. Eduardo II le regaló a Piers Gaveston una armadura de oro rojo adornado con jacintos, y un collar de rosas de oro con turquesas, y un yelmo *parsemé* con perlas. Enrique II llevaba guantes enjovados hasta el codo, y tenía un guante de halcón adornado con doce rubíes y cincuenta y dos grandes perlas. El sombrero ducal de Carlos el Temerario, el último duque de Borgoña de su linaje, estaba adornado con zafiros y perlas colgantes en forma de pera. ¡Qué exquisita había sido la vida en otros tiempos! ¡Qué hermosa en su pompa y ornato! Incluso leer sobre el lujo de los muertos era maravilloso.

Luego se interesó por los bordados, y por los tapices que hacen las veces de frescos en las frías habitaciones de las naciones del norte de Europa. A medida que investigaba el asunto (y siempre tuvo una extraordinaria facultad de abstraerse temporalmente por completo en cualquier cosa que emprendiera), casi lo entristeció reflexionar sobre la ruina que el tiempo producía en las cosas bellas y maravillosas. Pero él, en cualquier caso, había escapado a ella. Un verano siguió a otro, y los narcisos amarillos florecieron y se marchitaron muchas veces, y noches de horror repitieron la historia de su vergüenza, pero él no cambió. Ningún

invierno ajó su rostro ni manchó la flor de su juventud. ¡Qué distinto era de todas las cosas materiales! ¿A dónde habían ido ellas? ¿Dónde estaba la gran toga color azafrán, tejida para Atenea, por la que los Dioses habían luchado contra los Gigantes? ¿Dónde el enorme *velarium* que Nerón extendió sobre el Coliseo de Roma, en el que se representaban el cielo estrellado y Apolo conduciendo el carro llevado por corceles blancos con riendas de oro? Deseaba ver las curiosas servilletas labradas para Eliogábalo en las que se mostraban todas las exquisiteces y viandas que pudieran desearse en un festín; el sudario del rey Chilperico, con sus trescientas abejas doradas; las fantásticas túnicas que provocaron la indignación del obispo de Ponto y estaban decoradas con «leones, panteras, osos, perros, bosques, rocas, cazadores: todo, en verdad, lo que un pintor pueda copiar de la naturaleza», y el abrigo que Carlos de Orleans lució una vez, en cuyas mangas se habían bordado los versos de una canción que comenzaba «*Madame, je suis tout joyeux*» con el acompañamiento musical de las palabras labrado en hilo de oro y cada nota, una forma cuadrada en aquel tiempo, formada por cuatro perlas. Leyó acerca de la habitación que fue preparada en el palacio de Reims para uso de la reina Juana de Borgoña y estaba decorada con «mil trescientos veintidós loros bordados, y el blasón del rey, y quinientas sesenta y una mariposas cuyas alas llevaban el mismo adorno que el escudo de armas de la reina, y todo ello en oro». Catalina de Médici tuvo un lecho de muerte hecho para ella de terciopelo negro salpicado de medias lunas y soles. Sus cortinas eran de damasco, con coronas de hojas y guirnaldas representadas sobre un fondo de oro y de plata y bordes ribeteados de perlas bordadas, y en una habitación colgaba en hileras la divisa de la reina en terciopelo negro sobre una tela de plata. Luis XIV tenía cariátides bordadas en oro de quince pies de alto en sus aposentos. El lecho de Sobieski, rey de Polonia, estaba hecho de brocado de oro de Esmirna bordado con versos del Corán con turquesas incrustadas. Sus soportes eran de plata dorada hermosamente engastada y estaban ricamente embellecidos con medallones esmaltados y piedras preciosas. Había sido tomado del campamento turco frente a Viena, y el estandarte de Mahoma había permanecido en él.

Y así, durante todo un año, se propuso acumular los más exquisitos especímenes de telas y bordados que pudo encontrar, y consiguió las delicadas muselinas de Delhi, hermosamente labradas con palmas de hilo de oro y cosidas con alas de escarabajos iridiscentes; las gasas de Agra, que por su transparencia se conocen en Oriente como «aire tejido», «agua que fluye» y «rocío de la tarde»; telas con figuras extrañas de Java; refinadas colgaduras amarillas chinas; libros encuadernados en dorado satén o hermosas sedas azules con *fleurs de lys* estampadas, pájaros y figuras; velos de laxis tejidos con punto húngaro; brocados sicilianos y resistentes terciopelos españoles; piezas georgianas con sus monedas de oro, y *foukousas* de Japón con sus oros verdosos y pájaros de maravilloso plumaje.

Sentía una especial pasión, asimismo, por las vestiduras eclesiásticas, como en realidad sentía por todo lo relacionado con el servicio de la Iglesia. En los largos baúles de cedro alineados en la galería oeste de su casa, tenía almacenados numerosos raros y hermosos especímenes de lo que en verdad es el atuendo de la esposa de Cristo, que ha de vestir púrpura y joyas y hermoso lino para poder ocultar el pálido cuerpo macerado consumido por los sufrimientos que busca y herido por el suplicio autoinfligido. Tenía una hermosa capa de seda carmesí y damasco de hilo dorado adornada con repetitivas figuras de granadas doradas colocadas en flores de seis pétalos, a ambos lados de las cuales había una piña incrustada de pequeñas perlas. Los orifreses estaban divididos en secciones que representaban escenas de la vida de la Virgen, y la coronación de la Virgen estaba reflejada en sedas de colores en la capucha. Era una obra italiana del siglo xv. Otra capa era de terciopelo verde, bordada con grupos de hojas de acanto en forma de corazón, de los que salían flores blancas de largos tallos cuyos detalles se hallaban resaltados por hilo de plata y cristales de colores. El broche mostraba una cabeza de serafín, bordada en hilo de oro. Los orifreses eran de seda roja y dorada, y estaban salpicados de medallones de una infinidad de santos y mártires entre los que se encontraba San Sebastián. También tenía casullas de seda de color ámbar, y brocados de seda azul y oro, y damasco de seda amarilla y tela de oro adornados con figuras de la Pasión y Crucifixión de Cristo y con bordados de leones, gallos y otros emblemas;

dalmáticas de satén blanco y damasco de seda rosa decoradas con tulipanes y delfines y *fleurs de lys*; frontales de altar de terciopelo carmesí y lino azul, y numerosos corporales, velos de cálices y sudarios. En los oficios místicos a los que servían aquellos objetos había algo que estimulaba su imaginación.

Pues aquellos objetos, y todo lo que había reunido en su encantadora casa, iban a ser para él medios de olvido, formas de escapar por algún tiempo de aquel miedo que a veces le parecía casi insoportable. En las paredes de la solitaria habitación cerrada con llave donde había pasado tanto tiempo de su infancia, había colgado con sus propias manos el terrible retrato cuyos rasgos cambiantes le mostraban la auténtica degradación de su vida, y lo había cubierto con aquel sudario púrpura y oro a modo de cortina. Durante semanas dejaba de ir allí, olvidaba la horrible pintura y recuperaba su corazón ligero, su maravillosa alegría, su apasionado deleite en la mera existencia. Y, entonces, repentinamente, una noche se deslizaba fuera de la casa, iba hasta lugares ominosos de Blue Gate Fields, y se quedaba allí, un día tras otro, hasta que la gente casi lo echaba, horrorizada, y tenía que ser apaciguado con monstruosos señuelos. A su regreso, solía sentarse delante del cuadro, a veces odiándolo a él y a sí mismo, pero lleno, en otras ocasiones, de ese orgullo de la rebelión que es casi la fascinación del pecado y, sonriendo, con secreto placer, ante la deformada sombra que tenía que soportar la carga que debiera haber sido suya.

Pasados unos pocos años, no pudo soportar estar mucho tiempo fuera de Inglaterra, y abandonó la villa que había compartido en Trouville con lord Henry, así como la casita con valla blanca en Argel en la que más de una vez había pasado el invierno. Odiaba estar separado del cuadro que tan parte de su vida era, y también temía que en su ausencia alguien pudiera acceder a la habitación, a pesar de los sofisticados cerrojos y trancas que hizo poner en la puerta.

Era muy consciente de que éste no podría decirle nada. Cierto era que el cuadro aún conservaba, bajo toda la vileza y la fealdad del rostro, su notable similitud con él, ¿pero qué podía nadie deducir de ella? Se burlaría de cualquiera que intentara mofarse. Él no lo había pintado. ¿Qué le importaba

lo vil y lleno de ignominia que apareciese? Incluso si les contaba la verdad, ¿lo creerían?

Sin embargo, tenía miedo. A veces, cuando se hallaba en su gran casa de Nottinghamshire, entreteniendo a los jóvenes de moda de su clase, que eran sus principales compañeros, y asombrando al condado con el lujo sin freno y el esplendor magnífico de su modo de vida, solía abandonar repentinamente a sus invitados y correr a la ciudad para comprobar que la puerta no había sido manipulada y que el cuadro seguía allí. ¿Y si lo robaban? El mero pensamiento lo helaba de horror. Sin lugar a dudas, el mundo conocería entonces su secreto. Quizá el mundo lo sospechara ya.

Pues, al mismo tiempo que fascinaba a tantos, no eran pocos los que desconfiaban de él. Había sido vetado en un club del West End del que por nacimiento y posición social le correspondía perfectamente ser miembro. Y, en cierta ocasión, cuando fue llevado por un amigo al salón de fumar del Carlton, el duque de Berwick y otro caballero se levantaron de una manera ruidosa. Historias extrañas comenzaron a correr sobre él después de cumplir los veinticinco. Se dijo que había sido visto alborotando en compañía de marineros extranjeros en un antro de una zona lejana de Whitechapel, y que se juntaba con ladrones y falsificadores de moneda y conocía los misterios de su negocio. Sus llamativas ausencias se hicieron notorias y, cuando solía reaparecer en sociedad, los hombres, celosos del extraño amor que inspiraba en las mujeres, susurraban entre sí en los rincones, o pasaban por su lado con un gesto de desdén, o lo miraban con ojos escrutadores y fríos, como si estuvieran decididos a descubrir su secreto.

De tales insolencias y desprecios intencionados él, por supuesto, no hacía caso, y en la opinión de la mayoría sus modales francos y corteses, su encantadora sonrisa infantil y la infinita gracia de aquella maravillosa juventud que nunca parecía abandonarlo eran por sí mismas suficiente contestación a las calumnias, pues los de su círculo así las llamaban. Se comentaba, no obstante, que aquellos que lo habían tratado más íntimamente parecían, pasado un tiempo, rehuirlo. De todos sus amigos, o supuestos amigos, lord Henry Wotton era el único que había permanecido fiel a él. Mujeres que lo habían adorado sin medida y que, en aras de ese amor, se habían enfrentado a toda clase de censuras de la sociedad y habían

desafiado la convención parecían palidecer de horror o de vergüenza si Dorian Gray entraba en la habitación donde estaban. Se decía que incluso las pecaminosas criaturas que rondan las calles de noche lo maldecían a su paso, viendo en él una corrupción aún mayor que la suya, y conociendo demasiado bien los horrores de su vida real.

Sin embargo, aquellos escándalos que se comentaban en susurros no hacían sino prestarle, a ojos de muchos, su extraño y peligroso atractivo. Su importante riqueza era un firme elemento de seguridad. La sociedad, o al menos la sociedad civilizada, nunca está bien dispuesta a creer nada en detrimento de aquellos que son a un tiempo ricos y atractivos. Instintivamente, siente que las formas son más importantes que la moral, y la mayor respetabilidad tiene menos valor en su opinión que el hecho de contar con un buen *chef*. Al fin y al cabo, es pobre consuelo que nos digan que el hombre que nos ha ofrecido una mala cena o un vino barato es irreprochable en su vida privada. Ni siquiera las virtudes cardinales son capaces de expiar unos entrantes fríos, como señaló lord Henry una vez en cierta discusión sobre el tema. Y, probablemente, haya mucho que decir de su punto de vista. Pues los cánones de la buena sociedad son, o deberían ser, los mismos que los cánones del arte. La forma es absolutamente esencial. Debería tener la dignidad de una ceremonia, así como también su irrealidad, y debería combinar la falta de veracidad de una obra dramática romántica con el ingenio y la belleza que hacen encantadoras esas obras. ¿Es la falta de veracidad una cosa tan terrible? No lo creo. No es sino un método por el que podemos multiplicar nuestras personalidades.

Ésa, en cualquier caso, era la opinión de Dorian Gray. Solía asombrarse de la psicología superficial de aquellos que conciben el ego del hombre como algo simple, permanente, fiable y de una sola esencia. Para él, el hombre era un ser con innumerables vidas e innumerables sensaciones, una criatura compleja y multiforme que llevaba consigo extraños legados de pensamiento y pasión, y cuya misma carne estaba contaminada de los monstruosos males de la muerte. Le gustaba pasear por la fría y gris galería de cuadros de su casa de campo y mirar los distintos retratos de aquéllos cuya misma sangre fluía por sus venas. Allí estaba Philip Herbert, descrito por Francis Osborne en sus *Memorias de los reinados de la reina Isabel y el*

rey Jacobo como alguien «mimado en la corte por su bello rostro, que no lo acompañó muy largo tiempo». ¿Sería la vida del joven Herbert la que él a veces llevaba? ¿Habría algún extraño germen venenoso migrado de cuerpo en cuerpo hasta llegar al suyo? ¿Era aquella vaga sensación de belleza arruinada lo que lo había hecho tan repentinamente, y casi sin motivo, pronunciar en el estudio de Basil Hallward aquella disparatada plegaria que había cambiado su existencia de tal modo? Allí, con jubón rojo bordado en oro, manto enjovado y gorguera y puños con ribetes dorados, se hallaba sir Anthony Sherard con su armadura negra y plata amontonada a sus pies. ¿Cuál habría sido el legado de aquel hombre? ¿Le habría dejado el amante de Juana de Nápoles alguna herencia de pecado e ignominia? ¿Serían sus actos, simplemente, los sueños que los muertos no se atrevieron a cumplir? Allí, desde el lienzo deteriorado, sonreía *lady Elizabeth Devereux* con su caperuza de gasa, su pechera de perlas y sus mangas rosas acuchilladas. Llevaba una flor en la mano derecha, y en la izquierda sostenía un collar esmaltado de rosas blancas y adamascadas. Sobre una mesa, a su lado, descansaban una mandolina y una manzana. Llevaba unas grandes escarapelas verdes sobre sus zapatitos terminados en punta. Él conocía su vida y las extrañas historias que se contaban sobre la muerte de aquéllos a los que ella había concedido sus favores. ¿Habría algo de su temperamento en el de él? Aquellos ojos ovalados de párpados caídos parecían mirarlo con curiosidad. ¿Qué había de George Willoughby, con su cabello empolvado y sus grotescos lunares? ¡Qué aspecto tan vil! El rostro era saturnino y moreno, y los sensuales labios parecían torcerse en un gesto de desdén. Delicados volantes de encajes caían sobre sus manos enjutas y amarillas sobrecargadas de anillos. Había sido un *dandy* del siglo dieciocho amigo, en su juventud, de lord Ferrars. ¿Y qué del segundo lord Sherard, compañero del Príncipe Regente en sus días de mayor desenfreno y uno de los testigos de su matrimonio con la señora Fitzherbert? ¡Qué orgulloso y atractivo estaba con sus rizos castaños y su pose insolente! ¿Qué pasiones le habría él legado? El mundo lo había tenido por infame. Había dirigido las orgías en Carlton House. La estrella de la Orden de la Jarretera brillaba en su pecho. A su lado colgaba el retrato de su esposa, una mujer pálida y de labios finos

vestida de negro. También la sangre de ella se agitaba en su interior. ¡Qué curioso parecía todo!

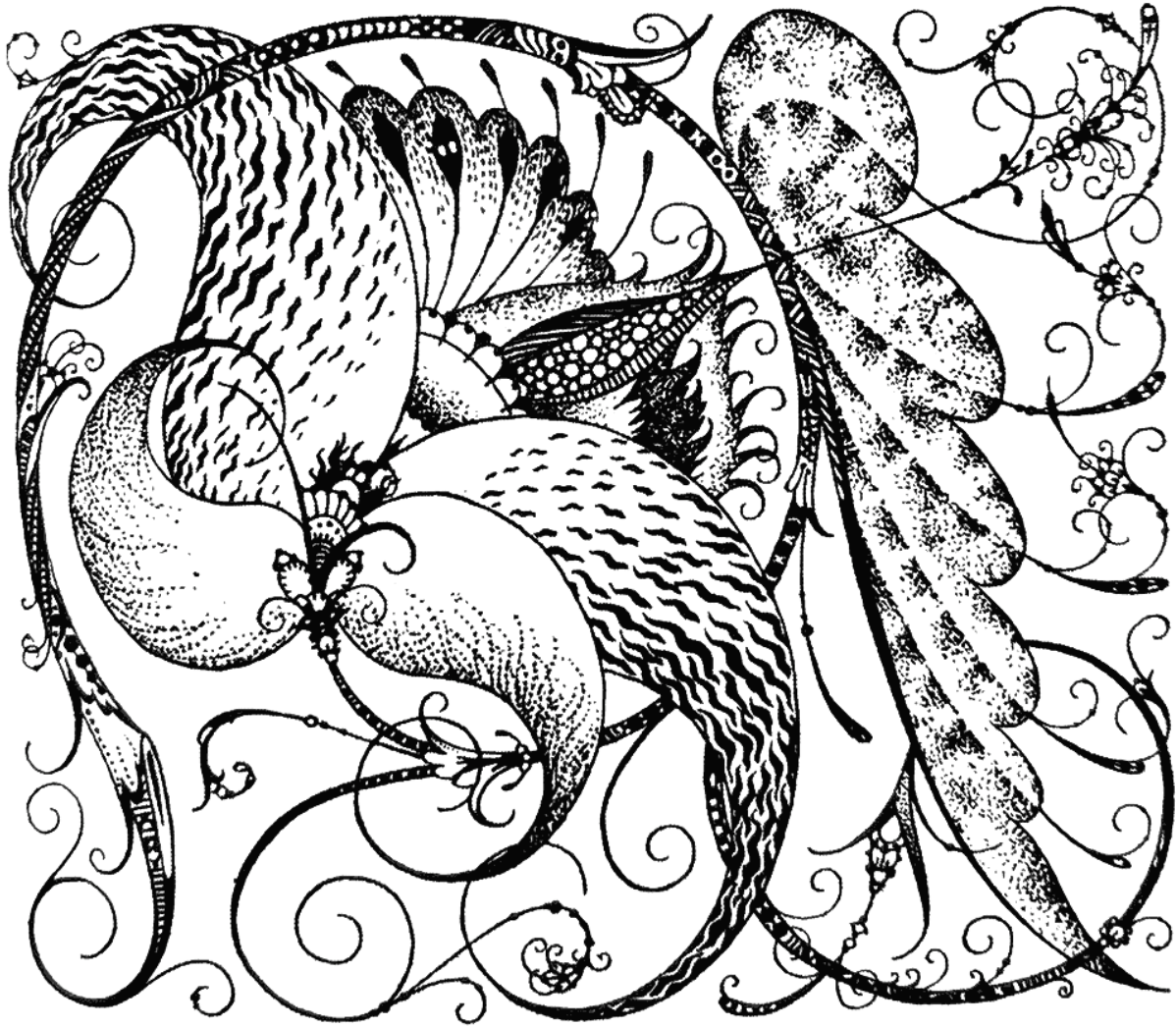
Pero uno tiene ancestros en la literatura tanto como en su propia estirpe, quizá incluso más cercanos en tipo y temperamento muchos de ellos, y desde luego con una influencia de la que somos más absolutamente conscientes. Había veces en las que a Dorian Gray le parecía que la historia no era más que el recuerdo de su propia vida, no como si la hubiera vivido en cada acto y circunstancia, sino como su imaginación la había creado para él, tal como había sido ésta en su mente y en sus pasiones. Tenía la sensación de haber conocido a todos aquellos extraños personajes que habían desfilado por el escenario del mundo y habían hecho el pecado tan maravilloso, y tan fascinante la maldad. Le parecía que, de algún modo misterioso, las vidas de ellos habían sido la suya.

Raoul, el héroe de aquella peligrosa novela que tanto había influido en su vida, había tenido también esa curiosa fantasía. En el capítulo cuarto del libro nos cuenta cómo, coronado de laurel para que el rayo no pudiera golpearlo, se había sentado, igual que Tiberio, en un jardín de Capri a leer los escandalosos libros de Elefantis mientras enanos y pavos reales se paseaban a su alrededor y el flautista se burlaba del balanceo del incensario; cómo, igual que Calígula, había bebido el filtro de amor de Cesonia, y había vestido el hábito de Venus de noche y una falsa barba dorada de día, y holgó con los jinetes de camisas verdes en sus establos, y cenó en un pesebre de marfil con un caballo con la frente llena de joyas, y cómo, igual que Domiciano, había vagado por un pasillo flanqueado de espejos de mármol, mirando a su alrededor con ojos consumidos en busca del reflejo de la daga que pondría fin a sus días, enfermo de ese *ennui*, del *tedium vitae* que se apodera de aquéllos a los que nada niega la vida. También había contemplado a través de una transparente esmeralda el rojo caos del Circo, y luego, en una litera de nácar tirada por mulas con herraduras de plata, lo habían llevado por la calle de las Granadas hasta la casa del Oro, y había oído a los hombres gritar al César Nerón a su paso y, como Heliogábalo, se había pintado el rostro con color, y había hilado con rueca entre las mujeres, y había traído la luna de Cartago y se la había entregado en matrimonio místico al sol.

Una vez y otra, Dorian solía leer aquel capítulo fantástico, así como el capítulo que lo seguía inmediatamente, en el que Raoul describe los curiosos tapices que ha hecho tejer para él a partir de los diseños de Gustave Moreau, donde se habían plasmado las formas terribles y bellas de aquéllos a los que la Lujuria, la Sangre y el Tedio habían vuelto monstruosos o locos. Allí estaban Manfredo, rey de Apulia, que siempre vestía de verde y sólo trataba con cortesanas y bufones; Filippo, duque de Milán, que mató a su esposa y le pintó los labios con un veneno escarlata para que el culpable amante absorbiese la muerte repentina del cuerpo inerte que había acariciado; Pietro Barbo, el veneciano, conocido como Pablo II, que en su vanidad quiso adoptar el nombre de Formoso y cuya tiara, valorada en 200 000 florines, fue pagada al precio de un terrible pecado; Gian Maria Visconti, que cazaba hombres con perros de presa, y cuyo cuerpo asesinado fue cubierto de rosas por una ramera que lo amó; Borgia en su caballo blanco, con el Incesto y el Fratricidio cabalgando junto a él y la túnica manchada de la sangre de Perotto; Pietro Riario, el joven cardenal arzobispo de Florencia, hijo y cómplice de Sixto IV, a cuya belleza sólo igualaba su libertinaje, y que recibió a Leonor de Aragón en un pabellón de seda blanca y carmesí lleno de ninfas y centauros y cubrió de oro a un muchacho para que la sirviera en el festín como si fuera Ganimedes o Hilas; Ezzelino, cuya melancolía sólo podía curarse con el espectáculo de la muerte y que sentía por la roja sangre la misma pasión que otros hombres sentían por el rojo vino (el hijo del demonio, se decía, que había logrado engañar a su padre jugándose a los dados su propia alma); Giambattista Cibo, que de burla adoptó el nombre de Inocente, y a cuyas aletargadas venas transfundió un médico judío la sangre de tres muchachos; Segismundo Malatesta, el amante de Isotta y señor de Rimini cuya efigie fue quemada en Roma como enemigo de Dios y del hombre, que estranguló a Polisenia con una servilleta y le dio veneno a Ginevra d'Este en una copa de esmeralda, y que en honor de una pasión ignominiosa construyó un templo pagano para la fe cristiana; Carlos IV, que, tan desesperadamente adoraba a la esposa de su hermano, que un leproso le advirtió de la locura que se estaba apoderando de él y sólo podía aliviarse con unos naipes sarracenos donde estaban pintadas las imágenes del Amor,

la Muerte y la Locura. Y, con su jubón corto y su sombrero adornado con joyas, y sus rizos como acantos, Grifonetto Baglioni, que asesinó a Astorre con su prometida, y a Simonetto con su paje, y cuyo encanto era tal que, mientras yacía moribundo en la plaza amarilla de Perugia, aquellos que lo habían odiado no tuvieron más remedio que llorar, y Atalanta, que lo había maldicho, lo bendijo.

Todos ellos ejercían sobre él una horrible fascinación. Los veía de noche, y perturbaban su imaginación durante el día. El Renacimiento había conocido extrañas maneras de envenenamiento: envenenamiento con yelmo y antorcha encendida, con un guante bordado y un abanico con piedras preciosas, con una poma dorada y una cadena de ámbar. Dorian Gray había sido envenenado por un libro. Había momentos en que contemplaba el mal sencillamente como un modo a través del que podía realizar su concepción de lo bello.





FUE EL SIETE de noviembre, la víspera de su trigésimo segundo cumpleaños, como muchas veces recordaría después.

Volvía caminando a casa alrededor de las once desde la de lord Henry, donde había estado cenando, e iba envuelto en gruesas pieles, pues la noche era fría y neblinosa. En la esquina de la plaza Grosvenor y la calle South Audley un hombre pasó junto a él en medio de la niebla, caminando muy rápido y con el cuello de su abrigo Ulster gris levantado. Llevaba en la mano un maletín. Lo reconoció. Era Basil Hallward. Una extraña sensación de temor que no podía explicar se apoderó de él. No dio la menor señal de haberlo reconocido y continuó lentamente hacia su casa.

Pero Hallward lo había visto. Dorian lo oyó detenerse primero y luego apresurar el paso para darle alcance. Unos momentos después tenía su mano sobre el brazo.

—¡Dorian! ¡Qué extraordinario golpe de suerte! Llevo esperándote desde las nueve en tu biblioteca. Finalmente, me apiadé de tu pobre sirviente y le dije que se fuera a dormir. Me voy a París en el tren de media noche y tenía especial interés en verte antes de marcharme. Me pareció que

eras tú, o más bien tu abrigo de piel, cuando pasaste por mi lado. Pero no estaba seguro. ¿No me reconociste?

—Es esta niebla, querido Basil. Ni siquiera pude reconocer la plaza Grosvenor. Creo que mi casa está en algún lugar cercano a estos alrededores, pero no estoy del todo seguro. Siento que te marches, pues llevo sin verte una eternidad. Aunque supongo que volverás pronto.

—No. Voy a estar fuera de Inglaterra durante seis meses. Me propongo alquilar un estudio en París y encerrarme allí hasta acabar un gran cuadro que tengo en la mente. Pero no era de mí de lo que quería hablar. Estamos en la puerta de tu casa. Permíteme entrar un momento. Tengo algo que decirte.

—Estaré encantado. Pero ¿no perderás tu tren? —dijo Dorian lánguidamente al tiempo que subía los escalones y abría la puerta con su llave.

La luz de una lámpara pugnaba con la niebla, y Hallward miró su reloj:

—Me sobra tiempo —respondió—. El tren no sale hasta las doce y cuarto, y sólo son las once. De hecho, iba al club a buscarte cuando me he cruzado contigo. Como ves, no me retrasará el equipaje, pues ya he enviado todas mis cosas pesadas. Todo lo que llevo conmigo está en este maletín, y fácilmente puedo estar en Victoria en veinte minutos.

Dorian lo miró y sonrió:

—¡Vaya manera de viajar para un pintor de moda! ¡Un maletín Gladstone y un abrigo Ulster! Vamos, o la niebla entrará en la casa. Y, si no te importa, preferiría que no hablásemos de nada serio. No hay nada serio hoy en día. O nada debería serlo, al menos.

Hallward movió la cabeza al entrar y siguió a Dorian hasta la biblioteca. Había un luminoso fuego de leña ardiendo en la gran chimenea descubierta. Las lámparas estaban encendidas y había algunos sifones con agua de soda y unos grandes vasos tallados sobre una mesita.

—Como puedes ver, tu sirviente me hizo sentirme como en casa, Dorian. Me dispensó todo lo necesario, incluso tus mejores cigarrillos. Es una criatura de lo más hospitalaria. Me gusta mucho más que el francés que tenías antes. ¿Qué fue del francés, por cierto?

Dorian se encogió de hombros.

—Creo que se casó con la doncella de *lady Ashton* y se ha establecido con ella en París como peluquera inglesa. He oído que la *anglomanie* está muy de moda allí en este momento. Parece una estupidez por parte del francés, ¿verdad? Pero ¿sabes?, no era en absoluto un mal sirviente. Nunca me gustó, pero no tenía nada de lo que quejarme. Con frecuencia uno imagina cosas bastante absurdas. En realidad me tenía gran devoción, y parecía bastante apenado cuando se fue. ¿Quieres otro *brandy* con soda? ¿O preferirías vino blanco del Rin con seltz? Tiene que haber en la habitación contigua.

—Gracias, no tomaré nada más —dijo Hallward quitándose el abrigo y el sombrero y arrojándolos sobre el maletín, que había dejado en un rincón—. Y, ahora, querido muchacho, quiero hablar contigo en serio. No frunzas el ceño de esa manera. Me lo pones mucho más difícil.

—¿De qué trata todo esto? —exclamó Dorian a su manera petulante dejándose caer sobre el sofá—. Espero que no de mí. Estoy cansado de mí mismo esta noche. Me gustaría ser otra persona.

—Trata de ti —respondió Hallward con su voz grave y profunda—, y debo decírtelo. No te entretendré más de media hora.

Dorian suspiró y encendió un cigarrillo.

—¡Media hora! —murmuró.

—No es pedirte demasiado, Dorian, y es enteramente por tu bien por lo que voy a hablarte. Me parece que debes saber que se están diciendo las cosas más terribles sobre ti en Londres, cosas que me resulta difícil repetir.

—No deseo saber ninguna de ellas. Me encantan los escándalos de otros, pero no me interesan los que tratan sobre mí. Carecen del encanto de la novedad.

—Deberían interesarte, Dorian. A todo caballero debe interesarle su buen nombre. No quieres que la gente hable de ti como de alguien vil y degenerado. Por supuesto, cuentas con tu posición y con tu patrimonio y todas esas cosas. Pero la posición y el patrimonio no lo son todo. Yo no concedo el menor crédito a esos rumores. O, al menos, soy incapaz de creerlos cuando te veo. El pecado es algo que deja escrita su huella en el rostro de un hombre. No se puede ocultar. La gente habla de vicios secretos. No existe tal cosa. Si un hombre miserable tiene un vicio, éste se revela en

las líneas de su boca, en sus párpados caídos, incluso en la forma de sus manos. Alguien (no mencionaré su nombre, pero lo conoces) vino a verme el año pasado para que pintara su retrato. Nunca lo había visto antes y nunca había oído hablar de él hasta ese momento, aunque sí he oído muchas cosas sobre él con posterioridad. Ofreció pagar una cantidad extravagante. Dije que no. Había algo en la forma de sus dedos que me resultaba odioso. Ahora sé que no me equivocaba en lo que imaginé sobre él. Su vida es terrible. Pero tú, Dorian, con tu rostro puro, luminoso e inocente y tu juventud maravillosamente imperturbable... No puedo creer nada contra ti. Sin embargo, te veo muy raras veces, y ya nunca vienes al estudio, y cuando estoy lejos de ti y oigo todas esas cosas horribles que la gente murmura, no sé qué decir. ¿Por qué, Dorian, un hombre como el duque de Berwick abandona la sala de un club cuanto tú entras? ¿Por qué tantos caballeros de Londres no quieren ni ir a tu casa ni invitarte a las suyas? Solías ser amigo de lord Cawdor. Coincidí con él en una cena la semana pasada. Tu nombre salió casualmente en la conversación en relación con las miniaturas que habías cedido a la exposición de Dudley. Cawdor torció el gesto y dijo que podrías tener el gusto más artístico, pero que eras un hombre al que ninguna muchacha de mente pura debería permitirse conocer y junto al que ninguna mujer casta debería permanecer en una habitación. Le recordé que yo era amigo tuyo, y le pregunté qué quería decir. Me lo explicó. Me lo explicó delante de todo el mundo. ¡Fue espantoso! ¿Por qué cada joven con el que tratas parece acabar en la desgracia o yendo de inmediato por el mal camino? Estaba ese desdichado muchacho de la Guardia que se suicidó. Tú fuiste gran amigo suyo. Estaba sir Henry Ashton, que tuvo que abandonar Inglaterra con la reputación manchada. Ambos fuisteis inseparables. ¿Qué hay de Adrian Singleton y su terrible final? ¿Qué hay del hijo único de lord Kent y su carrera? Me encontré a su padre ayer en la calle St. James. Parecía roto de vergüenza y dolor. ¿Qué hay del joven duque de Perth? ¿Qué clase de vida tiene ahora? ¿Qué caballero se relacionaría con él? Dorian, Dorian, tu reputación es infame. Sé que Harry y tú sois grandes amigos. No digo nada sobre eso, pero sin duda no deberías haber puesto en entredicho el nombre de su hermana. Cuando conociste a *lady* Gwendolen, no la había rozado jamás ni el más leve

escándalo. ¿Queda una sola mujer decente en Londres que ahora accediera a pasear en coche por el parque con ella? Ni siquiera le permiten vivir con sus hijos. Y hay otras historias. Historias sobre que has sido visto saliendo furtivamente al amanecer de casas horribles y escabulléndote disfrazado de los antros más repulsivos de Londres. ¿Son verdad? ¿Pueden ser verdad? La primera vez que tuve noticia de ellas, me burlé. Las oigo ahora, y me hacen estremecerme. ¿Qué hay de tu casa de campo y la vida que se lleva allí? Basta decir de un joven que va a quedarse en Selby Royal para que la gente empiece a hablar de él con desprecio y a reír nerviosamente. Dorian, no sabes lo que se está diciendo sobre ti. No te diré lo que no quieres que nadie te sermonee. Recuerdo que Harry dijo una vez que todo el que se vuelve vicario aficionado dice eso mismo para incumplir, acto seguido, su palabra. Yo no quiero sermonearte. Quiero que lleves una vida que haga que el mundo te respete. Quiero que tu nombre esté limpio y que dejes un hermoso recuerdo. Quiero que te liberes de las personas horribles con las que te has estado relacionando. No te encojas de hombros. No seas tan indiferente. Posees una influencia extraordinaria. Haz que sea para bien y no para mal. Dicen que corrompes a todo aquél con quien intimas y que basta con que entres en una casa para que alguna clase de oprobio entre en ella tras de ti. No sé si ésa es o no la verdad. ¿Cómo podría saberlo? Pero es lo que se dice. Me han contado cosas que es imposible poner en duda. Lord Gloucester fue uno de mis mejores amigos en Oxford. Me enseñó una carta que su esposa le había escrito cuando se moría, sola, en su villa de Mentone. Era la confesión más, más terrible que haya leído jamás. Me dijo que sospechaba de ti. Yo le respondí que era absurdo, que te conocía absolutamente y que eras incapaz de algo semejante. ¿Te conocía? Me pregunto ahora si te conozco. Para poder responder a eso, tendría que haber visto tu alma.

—¡Ver mi alma! —musitó Dorian Gray levantándose bruscamente del sofá, casi blanco de terror.

—Sí —respondió Hallward con gravedad e infinita tristeza en su voz—, ver tu alma. Pero sólo Dios puede hacer eso.

Una amarga risa de burla salió de los labios del hombre más joven.

—¡La verás por ti mismo esta noche! —exclamó tomando una lámpara de la mesa—. Vamos. Es la obra de tus manos. ¿Por qué no deberías verla? Podrás contárselo todo al mundo después, si así lo quieres. Nadie te creería. Y, si te creyeran, les resultaré más atrayente por ello. Conozco la época mejor que tú, por mucho que parlotees sobre ella de forma tan tediosa. Vamos, te lo explicaré. Ya has chachareado bastante sobre corrupción. Ahora la contemplarás de frente.

La locura de la soberbia estaba presente en cada una de las palabras que pronunció. Golpeaba el suelo con el pie de aquella manera suya infantil e insolente. Sentía una terrible alegría ante la idea de que alguien fuera a compartir con él su secreto y de que el hombre que había pintado el retrato, que fue el origen de su vergüenza, fuera a soportar durante el resto de su vida la carga del recuerdo atroz de lo que había hecho.

—Sí —continuó acercándose a él y mirándolo fijamente a los ojos severos—, te mostraré mi alma. Verás eso mismo que crees que sólo Dios puede ver.

Hallward retrocedió sobresaltado.

—¡Eso es blasfemo, Dorian! —exclamó—. No debes decir cosas como ésa. Son horribles, y no tienen ningún sentido.

—¿Eso crees? —volvió a reír.

—Sé que es así. En cuanto a lo que te he dicho esta noche, lo he dicho por tu bien. Sabes lo mucho que te he adorado siempre.

—No me toques. ¿Has terminado lo que tenías que decir?

Una súbita contorsión de dolor cruzó el rostro de Hallward. Se detuvo un instante, y un inmenso sentimiento de piedad se apoderó de él. Después de todo, ¿qué derecho tenía a inmiscuirse en la vida de Dorian Gray? Si había hecho una décima parte de lo que se rumoreaba, ¡cuánto tenía que haber sufrido! Entonces se levantó y fue hasta la chimenea, donde se quedó contemplando los leños que ardían con su escarcha de ceniza y sus palpitantes corazones de fuego.

—Estoy esperando, Basil —dijo el joven con una voz dura y clara.

Se dio la vuelta.

—Lo que tengo que decir es esto —exclamó—. Debes darme alguna respuesta a esas terribles acusaciones que se hacen contra ti. Si me dices

que son completamente falsas de principio a fin, te creeré. ¡Niégalas, Dorian, niégalas! ¿No entiendes lo que estoy sufriendo? ¡Cielo santo! ¡No me digas que eres infame!

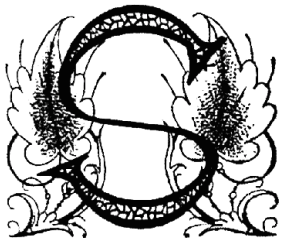
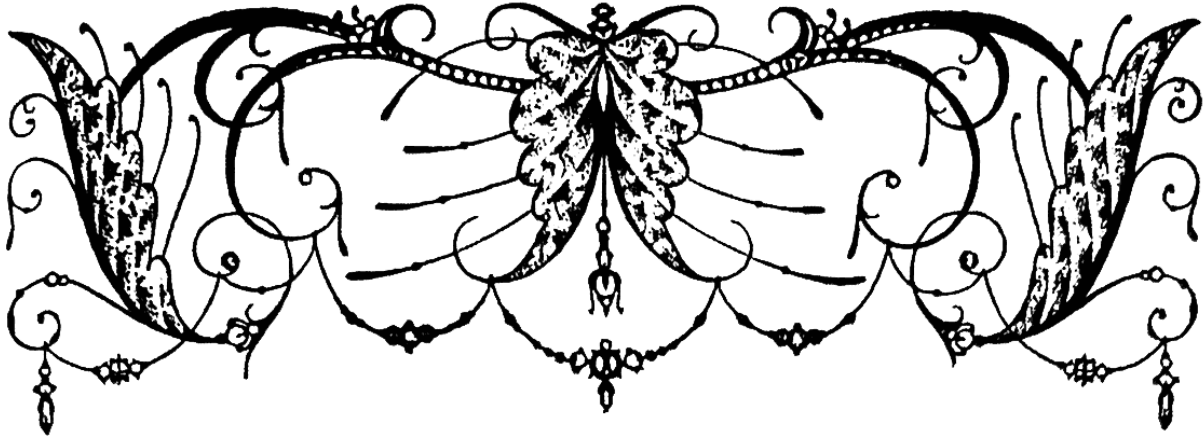
Dorian Gray sonrió. Hubo un gesto de desdén en sus labios.

—Sube las escaleras, Basil —dijo tranquilamente—. Llevo un diario de mi vida día tras día, y jamás sale de la habitación donde se escribe. Te lo mostraré si vienes conmigo.

—Iré contigo, Dorian, si eso quieres. Veo que he perdido mi tren. No importa. Puedo irme mañana. Pero no me pidas que lea nada esta noche. Todo cuanto quiero es una respuesta simple a mi pregunta.

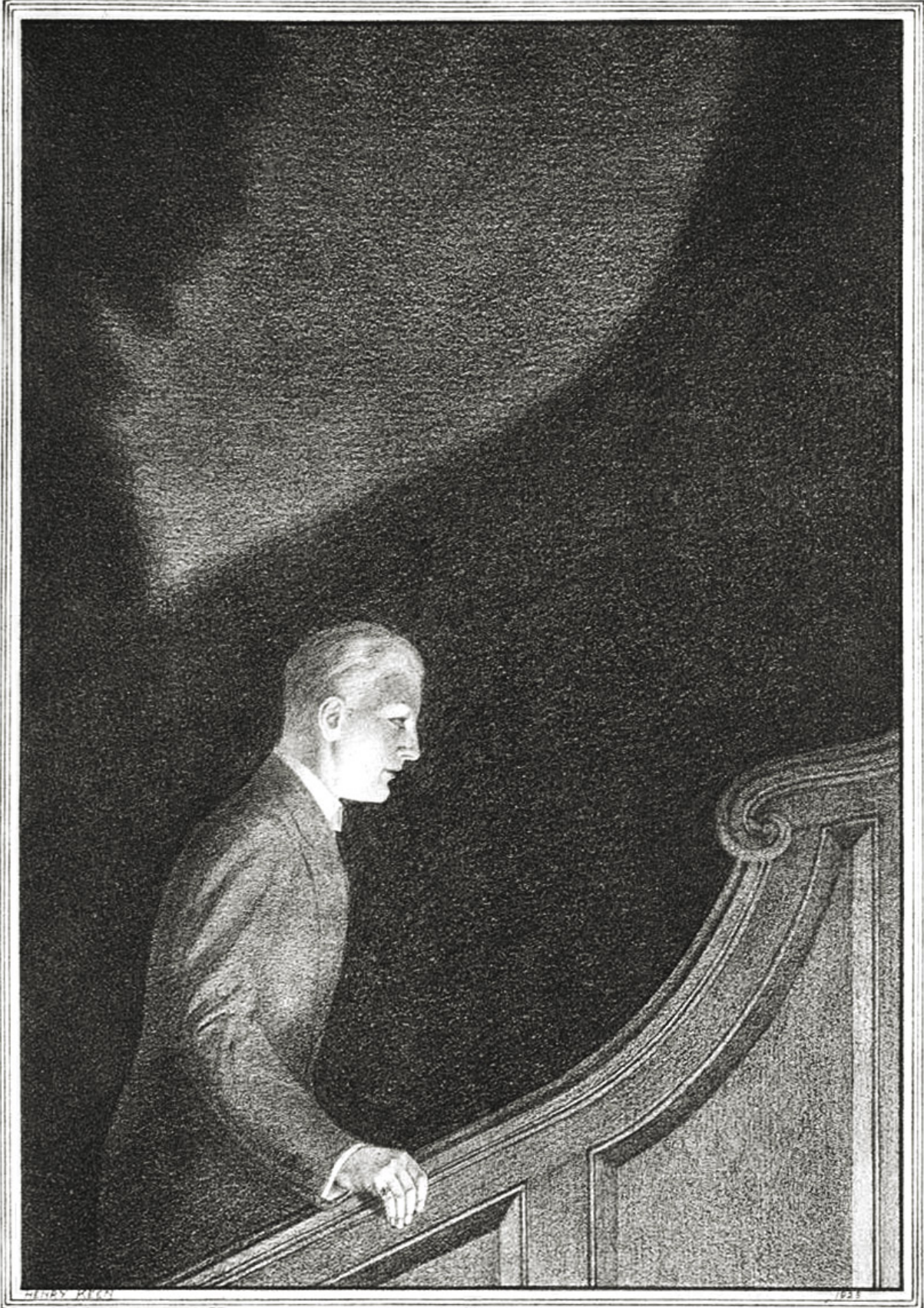
—La recibirás arriba. No puedo dártela aquí. No tendrás que leer mucho. No me tengas esperando.





ALIÓ DE LA HABITACIÓN y comenzó a subir mientras Basil Hallward lo seguía de cerca. Avanzaban en silencio, como lo hacen de noche los hombres por instinto. La lámpara proyectaba sombras fantásticas sobre la pared y la escalera. Un viento que empezaba a levantarse hacía vibrar algunas de las ventanas.

Cuando llegaron al último descansillo, Dorian dejó la lámpara en el suelo y, sacando la llave, la hizo girar dentro de la cerradura.



—¿Insistes en saberlo, Basil? —preguntó bajando la voz.

—Sí.

—Será un placer —murmuró sonriendo, y a continuación añadió con cierta amargura—: tú eres el único hombre en el mundo con derecho a saberlo todo sobre mí. Has tenido que ver con mi vida más de lo que crees.

Y, tomando la lámpara, abrió la puerta y entró. Una fría corriente de aire los atravesó, y la luz se volvió por un momento una llama de color naranja oscuro. Tembló.

—Cierra la puerta tras de ti —dijo mientras dejaba la lámpara en la mesa.

Hallward echó un vistazo a su alrededor con una expresión de desconcierto. Un tapiz flamenco descolorido, un cuadro cubierto por una cortina, una vieja cassone italiana y una estantería casi vacía: eso era todo lo que parecía contener aquel lugar además de una silla y una mesa. Mientras Dorian Gray encendía una vela medio consumida que había sobre la repisa de la chimenea, vio que todo estaba cubierto de polvo y que había agujeros en la alfombra. Un ratón corrió trabajosamente a esconderse tras el revestimiento de madera. Olía a humedad y a moho.

—Así que crees que sólo Dios puede ver el alma, Basil... Aparta esa cortina y verás la mía.

La voz que habló era fría y cruel.

—Estás loco, Dorian, o representando un papel —musitó Hallward frunciendo el ceño.

—¿No quieres? Entonces tendré que hacerlo yo mismo —dijo el joven, y arrancó la cortina de la barra, y la arrojó al suelo.

Una exclamación de horror salió de labios de Hallward al ver bajo la tenue luz la horrible criatura que lo miraba lascivamente desde el lienzo. Había algo en su expresión que lo llenaba de aversión y asco. ¡Cielo santo! Estaba mirando el propio rostro de Dorian Gray. El horror, por grande que fuese, no había, con todo, destruido por completo aquella belleza maravillosa. Aún quedaba algo de oro en los cabellos que adelgazaban y algo de escarlata en los labios sensuales. Los ojos húmedos aún conservaban algo del encanto de su azul; las nobles curvas aún no habían desaparecido por completo de la nariz cincelada y la escultórica garganta. A

pesar de todo, seguía siendo Dorian. Pero ¿quién había hecho aquello? Le parecía reconocer sus propias pinceladas, y él mismo había diseñado el marco. La idea era monstruosa, y sintió miedo. Tomó la vela encendida y la acercó al cuadro. En la esquina izquierda estaba su nombre, trazado en largas letras de color bermellón.

Era una repugnante parodia, una sátira infame e innoble. Él jamás la había hecho. Y, sin embargo, seguía siendo su cuadro. Lo sabía, y sentía como si su sangre hubiera pasado del fuego al quieto hielo en un momento. ¡Su propio cuadro! ¿Qué significaba? ¿Por qué estaba alterado? Se volvió y miró a Dorian Gray con los ojos de un hombre enfermo. Tenía crispada la boca y su lengua seca parecía incapaz de articular palabra. Se pasó la mano por la frente. Estaba fría y húmeda por el sudor.

El joven se apoyaba sobre la repisa de la chimenea observándolo con la curiosa expresión que vemos en el rostro de los absortos en una representación cuando un gran artista actúa. No había ni verdadero dolor ni verdadera alegría. Era, simplemente, la pasión del espectador, quizá con un destello de triunfo en sus ojos. Se había sacado la flor del abrigo y la estaba oliendo, o simulando olerla.

—¿Qué significa esto? —exclamó Hallward al fin, y su propia voz sonó estridente y extraña a sus oídos.

—Hace años, cuando era un niño —dijo Dorian Gray—, tú me conociste, me adoraste, me halagaste, me enseñaste a envanecerme de mi belleza. Un día me presentaste a un amigo tuyo, que me explicó la maravilla de la juventud, y tu acabaste un retrato mío que me reveló la maravilla de la belleza. En un momento de locura que ni siquiera hoy sé si lamento o no, formulé un deseo. Tal vez tú lo llamarías una plegaria...

—¡Lo recuerdo! ¡Lo recuerdo muy bien! ¡No! Es imposible. Hay humedad en la habitación. El moho ha llegado al lienzo. Las pinturas que usé contendrían algún nefasto veneno mineral. Te digo que es imposible.

—¿Qué es imposible? —murmuró el joven dirigiéndose a la ventana y apoyando la frente contra el frío cristal empañado por la niebla.

—Me dijiste que lo habías destruido.

—Me equivoqué. Me ha destruido él a mí.

—No creo que sea mi cuadro.

—¿No puedes ver tu romance en él? —dijo Dorian amargamente.

—Mi romance, como tú lo llamas...

—Como tú lo llamabas.

—No había nada vil en él, nada ignominioso. Éste es el rostro de un sátiro.

—Es el rostro de mi alma.

—¡Dios! ¿Qué clase de criatura he estado adorando? Ésta tiene los ojos de un demonio.

—Todos llevamos el cielo y el infierno dentro, Basil —exclamó Dorian con un violento gesto de desesperación.

Hallward se volvió de nuevo hacia el cuadro y lo contempló.

—¡Dios mío! ¡Si es cierto —exclamó—, y esto es lo que has hecho con tu vida, debes de ser incluso peor de lo que imaginan quienes hablan contra ti!

Sostuvo la luz de nuevo frente al cuadro y lo examinó. La superficie parecía bastante intacta y tal como él la había dejado. Aparentemente, era de dentro de donde procedían la repugnancia y el horror. Por medio del extraño despertar de alguna vida interior, la lepra del pecado iba devorando lentamente el objeto. La putrefacción de un cadáver en una sepultura acuosa no era tan terrible como aquélla.

La mano le tembló, y la vela cayó de su soporte al suelo y quedó allí parpadeante. Puso el pie sobre ella y la apagó. Entonces se dejó caer en la desvencijada silla que había junto a la mesa y enterró el rostro en sus manos.

—¡Dios mío, Dorian, vaya una lección! ¡Qué terrible lección!

No hubo respuesta, pero pudo oír al joven sollozando en la ventana.

—¡Reza, Dorian, reza! —murmuró—. ¿Qué es lo que nos decían de niños? No nos dejes caer en la tentación. Perdona nuestros pecados, Purifica nuestras iniquidades. Digámoslo juntos. La plegaria de tu orgullo fue respondida. La plegaria de tu arrepentimiento también lo será. Te adoré demasiado. Estoy siendo castigado por ello. Tú te adoraste demasiado a ti mismo. Estamos siendo castigados los dos.

Dorian Gray se dio la vuelta lentamente y lo miró con los ojos nublados por las lágrimas.

—Es demasiado tarde, Basil —murmuró.

—Nunca es demasiado tarde, Dorian. Arrodillémonos e intentemos recordar una oración. ¿No hay un versículo en alguna parte que dice «aunque tus pecados sean escarlata, yo los haré blancos como la nieve»?

—Esas palabras ya no significan nada para mí.

—¡Calla! No digas eso. Has hecho suficiente mal en tu vida. ¡Dios mío! ¿No ves con qué lascivia nos mira esa maldita cosa?

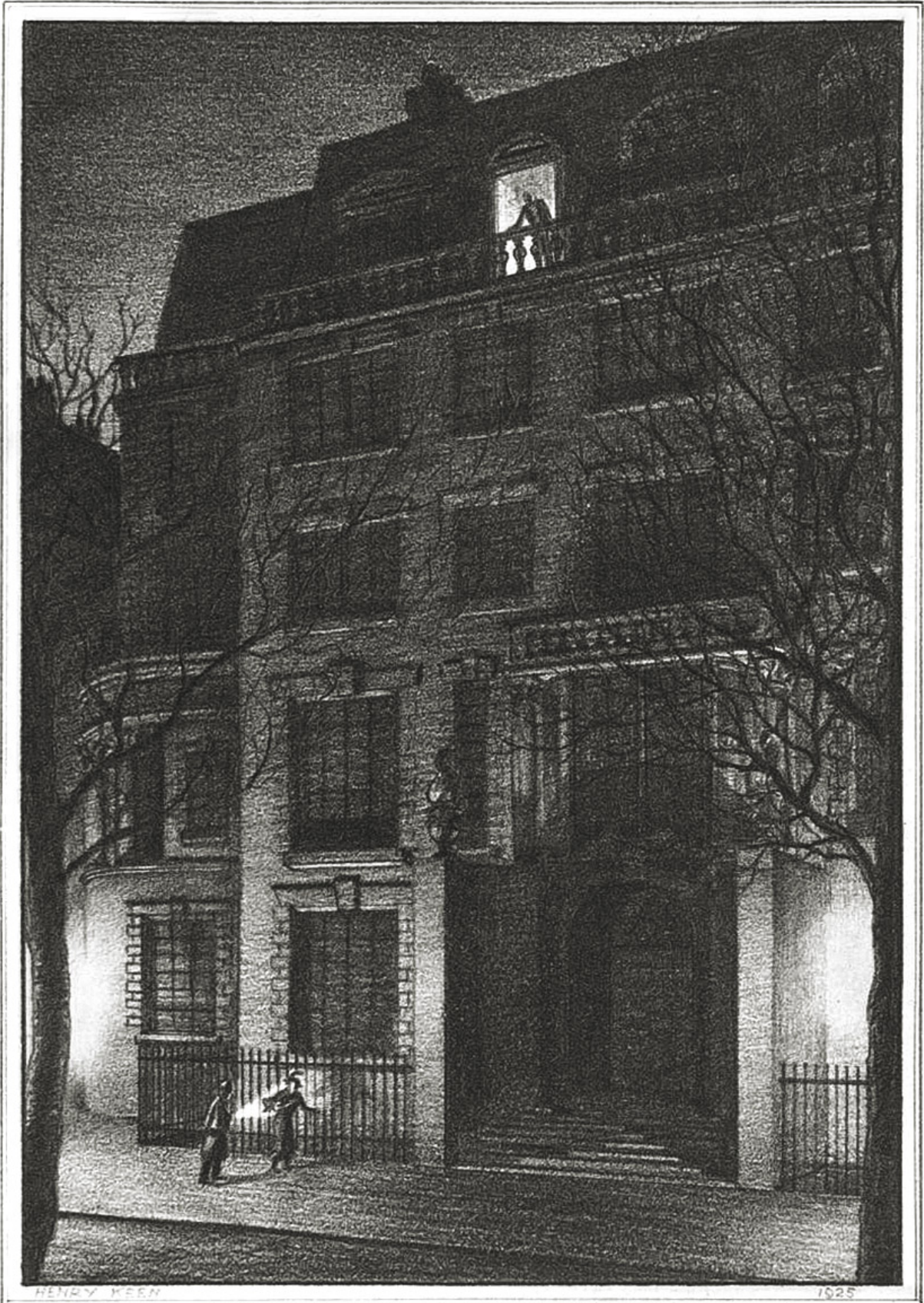
Dorian Gray miró al cuadro y, de repente, un incontrollable sentimiento de odio hacia Basil Hallward se apoderó de él. Las pasiones frenéticas de un animal acorralado se agitaron en su interior, y odió a aquel hombre sentado en la mesa más de lo que hubiera odiado nada en toda su vida. Miró furiosamente a su alrededor. Algo brillaba en lo alto del cofre pintado que tenía enfrente. Sus ojos se detuvieron allí. Sabía lo que era. Era un cuchillo que había subido unos días antes para cortar un trozo de cuerda y se había dejado olvidado. Se acercó lentamente a él pasando junto a Hallward. Tan pronto como estuvo tras él, lo tomó y se dio la vuelta. Hallward se movió en la silla como si fuera a levantarse. Se lanzó sobre él, y hundió el cuchillo en la importante vena que hay tras el oído, golpeando la cabeza del hombre contra la mesa y apuñalándolo una y otra vez.

Se oyó un gemido sofocado y el horrible sonido de alguien que está ahogándose en sangre. Los brazos extendidos se agitaron convulsivamente tres veces, moviendo en el aire unas manos de grotescos dedos rígidos. Lo apuñaló una vez más, pero el hombre ya no se movió. Algo comenzó a gotear en el suelo. Esperó un momento, sin dejar de sujetar la cabeza. Entonces arrojó el cuchillo sobre la mesa y escuchó.

No se oía nada más que el gotear y gotear sobre la alfombra raída. Abrió la puerta y salió al descansillo. La casa estaba bastante en silencio. Nadie se movía. Sacó la llave y volvió a la habitación, encerrándose dentro esta vez.

Aquella cosa seguía sentada en la silla, echada sobre la mesa con la cabeza inclinada, la espalda chepuda y aquellos largos brazos irreales. De no ser por el rojo desgarrado en el cuello y el coágulo negro que lentamente iba encharcando la mesa, se podía decir que el hombre tan sólo dormía.

¡Con qué rapidez había sucedido todo! Se sentía extrañamente sereno y, tras dirigirse hasta la ventana, la abrió y se asomó al balcón. El viento se había llevado la niebla y el cielo era como una monstruosa cola de pavo real salpicada de miríadas de ojos dorados. Miró abajo, y vio al policía haciendo su ronda e iluminando con su linterna sorda las puertas de las casas en silencio. La mancha carmesí de un cabriolé que pasaba brilló en la esquina y luego se desapareció. Una mujer envuelta en un chal harapiento caminaba tambaleándose junto a las verjas. De vez en cuando, se detenía y miraba hacia atrás. Hubo un momento en que empezó a cantar con voz ronca. El policía se dirigió a ella y le dijo algo. La mujer entonces se alejó tambaleándose y riéndose. Una violenta ráfaga de viento azotó la plaza. Las lámparas de gas parpadearon y se volvieron azules, y los árboles sin hojas agitaron sus negras ramas de acero como doloridos. Tembló y volvió adentro cerrando la ventana tras él.



HENRY KEEN

1925

Fue entonces hasta la puerta, giró la llave, y la abrió. Ni siquiera miró al hombre asesinado. Sentía que el secreto de todo estaba en no tomar conciencia de la situación. Aquel amigo que había pintado el retrato fatal, el retrato al que debía toda su desdicha, había abandonado su vida. Era suficiente.

Entonces se acordó de la lámpara. Era una muestra bastante curiosa de artesanía árabe, hecha de plata maciza incrustada con arabescos de acero bruñido. Tal vez su criado pudiera echarla en falta y se hicieran preguntas. Volvió y la tomó de la mesa. ¡Qué quieto estaba el hombre! ¡Qué horriblemente blancas parecían sus largas manos! Era como una espantosa imagen de cera.

Cerró la puerta con llave tras él, y bajó sin hacer ruido las escaleras. Cuando la madera crujía, parecía gritar de dolor. Varias veces se detuvo y esperó. No; todo estaba en silencio. Era sólo el sonido de sus propios pasos.

Al llegar a la biblioteca, vio el maletín y el abrigo en el rincón. Había que esconderlos en alguna parte. Abrió un armario secreto cerrado con llave que había en el revestimiento de madera y los guardó allí. No le sería difícil quemarlos después. Entonces sacó su reloj. Eran las dos menos veinte.

Se sentó y empezó a pensar. Todos los años, si es que no todos los meses, ahorcaban a hombres en Inglaterra por lo que él había hecho. Había existido una fiebre asesina en el ambiente. Alguna estrella roja debía de haberse acercado demasiado a la tierra.

¿Pruebas? ¿Qué pruebas había contra él? Basil Hallward se había marchado de la casa a las once. Nadie lo había visto regresar. La mayoría del servicio se encontraba en Selby Royal. Su ayuda de cámara ya estaba durmiendo.

¡París! Sí. Era a París adonde Basil Hallward se había marchado en el tren de medianoche, como se proponía. Con sus particulares costumbres reservadas, pasarían meses antes de que las primeras sospechas surgieran. ¿Meses? Todo podía ser destruido mucho antes.

Una idea súbita se le ocurrió. Se puso su abrigo de piel y el sombrero y salió al vestíbulo. Allí se detuvo, oyendo los lentos y pesados pasos del policía sobre la acera y viendo el resplandor de la linterna reflejado en la ventana. Esperó conteniendo la respiración.

Pasados unos momentos, abrió la puerta principal y salió, cerrándola muy suavemente tras él. Y entonces comenzó a llamar al timbre. Unos diez minutos después apareció su ayuda de cámara a medio vestir y con aspecto bastante somnoliento.

—Lamento haber tenido que despertarlo, Francis —dijo al entrar—, pero he olvidado mi llave. ¿Qué hora es?

—Las dos y cinco, señor —respondió el hombre mirando el reloj y bostezando.

—¿Las dos y cinco? ¡Qué espantosamente tarde! Debe despertarme a las nueve en punto mañana. Tengo trabajo que hacer.

—Bien, señor.

—¿Ha venido alguna visita esta noche?

—El señor Hallward, señor. Estuvo aquí hasta las once y luego se marchó para coger su tren.

—¡Oh! Siento no haberlo visto. ¿Dejó algún mensaje?

—No, señor, salvo que le escribiría.

—Eso hará, Francis. No olvide llamarme mañana a las nueve.

—No, señor.

El hombre se marchó arrastrando los pies en zapatillas por el pasillo.

Dorian Gray arrojó su sombrero y su abrigo sobre la mesa de mármol amarillo y pasó a la biblioteca. Estuvo paseando arriba y abajo por la habitación durante un cuarto de hora mordiéndose el labio y pensando. Entonces cogió el Libro de Direcciones de una de sus estanterías y comenzó a pasar las páginas. «Allan Campbell, calle Hertford, 152, Mayfair». Sí; ése era el hombre que estaba buscando.





LAS NUEVE EN PUNTO, a la mañana siguiente, su sirviente entró con una taza de chocolate sobre una bandeja y abrió las persianas. Dorian dormía plácidamente del lado derecho, con una mano bajo la mejilla. Parecía un niño cansado de jugar o estudiar.

El hombre tuvo que tocarlo dos veces en el hombro antes de que despertara, y al abrir los ojos una vaga sonrisa cruzó por sus labios como si hubiera estado teniendo algún sueño agradable. Pero no había soñado nada en absoluto. Ninguna imagen de placer ni dolor había turbado su noche. Los jóvenes sonrían sin razón alguna. Es uno de sus principales encantos.

Se dio la vuelta y, apoyado sobre el codo, comenzó a beberse el chocolate. El dulce sol de noviembre entraba a raudales en la habitación. El cielo tenía un azul intenso y había una amable calidez en el aire. Era casi como una mañana de mayo.

Poco a poco, los acontecimientos de la noche anterior se fueron deslizando por su mente con pies silenciosos manchados de sangre y se reconstruyeron allí con terrible nitidez. Hizo un gesto de dolor al recordar todo lo que había sufrido y, por un momento, el mismo extraño sentimiento de odio hacia Basil Hallward que lo había llevado a asesinarlo mientras estaba sentado en aquella silla volvió a él y lo llenó de fría pasión. El

hombre muerto seguía en aquel instante sentado allí a la luz del sol. ¡Qué cosa tan horrible! Semejantes horrores eran propios de la oscuridad, no del día.

Sintió que, si pensaba demasiado en lo ocurrido, acabaría enfermando o volviéndose loco. Había pecados cuya fascinación era mayor en el recuerdo que mientras se cometían, extraños triunfos que gratificaban el orgullo más que las pasiones y proporcionaban al intelecto una viva sensación de alegría mayor que ninguna otra que pudieran brindar a los sentidos. Pero aquél no era uno de ellos. Era algo que había que expulsar de la mente, adormecer con amapola, ahogar para que no ahogase.

Se pasó la mano por la frente, y entonces se levantó con premura y se vistió, poniendo aún más atención que de costumbre, eligiendo cuidadosamente la corbata y el alfiler y cambiándose los anillos varias veces.

Se demoró bastante desayunando, probando los distintos platos, hablando con su ayuda de cámara sobre unas nuevas libreas que estaba pensando encargar para los criados de Selby y revisando su correspondencia. Se sonrió de algunas de las cartas. Tres de ellas lo aburririeron. Una la leyó varias veces y luego la rompió con un leve gesto de enfado en el rostro. «¡Qué cosa tan terrible la memoria de una mujer!», como había dicho lord Henry en cierta ocasión.

Cuando se hubo bebido el café, se sentó en la mesa y escribió dos cartas. Una la guardó en su bolsillo; la otra se la entregó al ayuda de cámara.

—Lleve esto al 152 de la calle Hertford, Francis, y si el señor Campbell estuviera fuera de la ciudad, consiga su dirección.

En cuanto se quedó solo, encendió un cigarrillo y comenzó a esbozar sobre un papel, dibujando flores y motivos arquitectónicos primero, y luego rostros. Y, de repente, se dio cuenta de que todos los rostros que dibujaba parecían tener una extraña similitud con el de Basil Hallward. Frunció el ceño y, después de levantarse, fue hasta la estantería y cogió un volumen al azar. Estaba decidido a no pensar en lo que había pasado hasta que no fuera absolutamente necesario.

Después de tumbarse en el sofá, miró la portada del libro. Era el *Emaux et Camées* de Gautier, la edición en papel japonés de Charpentier, con grabados de Jacquemart. Las cubiertas eran de piel verde limón con decoración de enrejado dorado y granadas. Se lo había regalado Adrian Singleton. Pasando las páginas, sus ojos se detuvieron en el poema sobre la mano de Lacenaire, la fría mano amarillenta «*du supplice encore mal lavée*», con su vello rojizo y sus «*doigts de faune*». Miró sus propios dedos blancos y afilados y continuó hasta llegar a aquellos encantadores versos sobre Venecia:

*Sur une gamme chromatique,
Le sein de perles ruisselant,
La Vénus de l'Adriatique
Sort de Veau son corps rose et blanc.*

*Les dômes, sur l'azur des ondes
Suivant la phrase au pur contour,
S'enflent comme des gorges rondes
Que soulève un soupir d'amour.*

*L'esquif aborde et me dépose,
Jetant son amarre au pilier,
Devant une façade rose,
Sur le marbre d'un escalier.*

¡Qué exquisitos eran! Al leerlos, uno parecía flotar en los verdes canales de la ciudad color perla y rosa en una góndola negra con proa de plata y cortinas colgantes. Los mismos versos le parecían como esas líneas rectas de azul turquesa que nos siguen por el Lido. Los repentinos fogonazos de color le recordaban el esplendor de los pájaros de cuello de ópalo e iris que revolotean en torno al alto Campanile en forma de panal de miel, o caminan con majestuosa elegancia por las sombrías arcadas. Recostándose con los ojos cerrados, seguía diciendo para sí una vez y otra:

*Devant une façade rose
Sur le marbre d'un escalier.*

Toda Venecia estaba en esos dos versos. Recordó el otoño que había pasado allí, y un maravilloso amor que lo había empujado a deliciosas y fantásticas locuras. Existía romanticismo en todas partes. Pero Venecia,

como Oxford, había conservado su trasfondo para el romanticismo, y el trasfondo lo era todo, o casi todo. Basil había estado con él parte del tiempo, y había enloquecido con Tintoretto. ¡Pobre Basil! ¡Qué horrible forma de morir para un hombre!

Suspiró, y volvió a coger el libro, e intentó olvidar. Leyó sobre las golondrinas que revolotean entrando y saliendo del pequeño café de Esmirna donde se sientan los hadjis a contar sus cuentas de ámbar, y donde los mercaderes con turbante fuman sus largas pipas con adorno de borlas y conversan con gravedad entre sí; del obelisco de la Place de la Concorde, que llora lágrimas de granito en su solitario exilio sin sol, y añora volver al cálido Nilo, cubierto de loto, donde están las Esfinges, y también los ibis de color entre rosa y rojo, y los buitres blancos con garras doradas, y los cocodrilos con pequeños ojos de berilo que se arrastran por el verde lodo humeante; de esa curiosa estatua que Gautier compara con una voz de contralto, el «*monstre charmant*» acostado en la sala púrpura del Louvre... Pero, pasado algún tiempo, el libro se le cayó de las manos. Se puso nervioso, y un horrible ataque de pánico se apoderó de él. ¿Qué ocurriría si Alan Campbell estuviera fuera de Inglaterra? Pasarían días hasta que pudiera regresar. Tal vez se negara a ir. ¿Y qué haría entonces? Cada instante era de vital importancia.

Habían sido grandes amigos en otro tiempo, cinco años atrás. En verdad, casi inseparables. Luego aquella amistad íntima había terminado súbitamente. Cuando ahora se encontraban en sociedad, sólo Dorian Gray sonreía. Alan Campbell no lo hacía nunca.

Era un joven extremadamente inteligente, aunque no sintiera verdadero aprecio por las artes plásticas y el escaso sentido de la belleza de la poesía que albergaba lo hubiera adquirido por entero gracias a Dorian. Su pasión intelectual dominante era la ciencia. En Cambridge se había pasado gran parte del tiempo trabajando en el laboratorio, y había obtenido muy buena nota en el examen de Ciencias Naturales de su promoción. De hecho, seguía entregado al estudio de la Química y tenía su propio laboratorio, donde solía encerrarse el día entero para enorme disgusto de su madre, quien había puesto sus esperanzas en que llegara al Parlamento y tenía la vaga noción de que un químico era alguien que hacía recetas. También era un excelente

músico, con todo, y tocaba tanto el violín como el piano mejor que la mayoría de *amateurs*. En realidad, había sido la música lo que al principio los había unido a él y a Dorian Gray: la música y esa indefinible atracción que Dorian parecía capaz de ejercer cada vez que lo deseaba y que, sin duda, ejercía a menudo incluso sin ser consciente de ello. Se habían conocido en casa de *lady* Berkshire la noche en que Rubinstein tocó allí, y después de aquello solían verse juntos en la ópera y dondequiera que había música de calidad. Su amistad íntima duró dieciocho meses. Campbell estaba siempre en Selby Royal o en la plaza Grosvenor. Para él, como para otros muchos, Dorian Gray representaba todo cuanto es maravilloso y fascinante en la vida. Si había habido entre ellos o no alguna disputa, no lo sabía nadie. Pero, de repente, la gente observaba que apenas se hablaban al encontrarse y que Campbell parecía irse siempre demasiado pronto de cualquier reunión en la que estuviera presente Dorian Gray. Él también había cambiado; estaba extrañamente melancólico a veces; parecía casi disgustarle la música de toda índole apasionada, y ya no tocaba nunca, poniendo como excusa, cuando se lo pedían, el hallarse tan absorbido por la ciencia que no le quedaba tiempo para practicar. Y era verdad, sin duda. Cada día que pasaba parecía estar más interesado en la Biología. Su nombre apareció en un par de ocasiones en las revistas científicas en relación con ciertos curiosos experimentos.

Ése era el hombre al que Dorian Gray estaba esperando mientras paseaba de un lado a otro por la habitación, mirando el reloj de forma continua, y agitándose por momentos a medida que los minutos pasaban. Al fin, la puerta se abrió y entró su sirviente.

—El señor Alan Campbell, señor.

Un suspiro de alivio salió de sus labios reseco y el color regresó a sus mejillas.

—Pídale que pase de inmediato, Francis.

El hombre hizo una reverencia, y se retiró. Unos momentos después, entró Alan Campbell con expresión adusta y bastante pálido, una palidez que intensificaban sus cabellos negros como el carbón y sus cejas oscuras.

—¡Alan! Es muy amable por tu parte. Gracias por venir.

—Tenía el propósito de no volver a pisar tu casa, Gray. Pero dijiste que era una cuestión de vida o muerte.

Su voz era dura y fría. Habló con lenta deliberación. Había desprecio en la mirada imperturbable y escrutadora que dirigió a Dorian. Mantenía las manos en los bolsillos de su abrigo de astracán, e hizo como si no advirtiera el gesto de saludo.

—Es una cuestión de vida o muerte, Alan, y para más de una persona. Siéntate.

Campbell ocupó una silla junto a la mesa y Dorian se sentó enfrente. Había una infinita conmiseración en Dorian. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era horrible.

Tras un tenso momento de silencio, se inclinó y habló con mucha calma, pero observando el efecto de cada palabra suya en el rostro del hombre al que había mandado llamar:

—Alan, en una habitación cerrada con llave en la planta de arriba de esta casa, una habitación a la que nadie tiene acceso más que yo, hay un hombre muerto sentado a una mesa. Lleva muerto diez horas ya. No te muevas y no me mires de esa forma. Quién es el hombre, por qué murió, cómo murió... Son cuestiones que no te conciernen. Lo que tienes que hacer es esto...

—Detente, Gray. No quiero saber nada más. Si lo que me has contado es cierto o no, no es asunto mío. Me niego por completo a inmiscuirme en tu vida. Guárdate tus horribles secretos para ti. Ya no me interesan.

—Alan, tendrán que interesarte. Éste tendrá que hacerlo. Lo siento mucho por ti, Alan. Pero no puedo evitarlo. Eres el único hombre que puede salvarme. No tengo más remedio que inmiscuirte. No tengo elección. Alan, tú eres un científico. Sabes de Química y de cosas de ese tipo. Has hecho experimentos. Lo que tienes que hacer es destruir esa cosa que hay arriba, destruirla para que no quede ningún vestigio de ella. Nadie vio a esta persona entrar en la casa. En realidad, en este momento se supone que está en París. Pasarán meses hasta que se le eche de menos. Y, cuando lo echen de menos, no podrá hallarse aquí la menor huella suya. Tú, Alan, tienes que convertirlo con todas sus pertenencias en un puñado de cenizas que puedan aventarse en el aire.

—Estás loco, Dorian.

—¡Ah! Estaba esperando que me llamaras Dorian.

—Te digo que estás loco; loco si imaginas que movería un dedo para ayudarte; loco por hacerme esta monstruosa confesión. No tendré nada que ver con este asunto, sea el que sea. ¿Crees que voy a poner en peligro mi reputación por ti? ¿Qué puede importarme en qué demonios estés metido?

—Fue un suicidio, Alan.

—Me alegro. ¿Pero quién lo empujó a ello? Imagino que tú.

—¿Sigues negándote a hacer esto por mí?

—Por supuesto que me niego. No tendré absolutamente nada que ver. No me importa la vergüenza que caiga sobre ti. La mereces toda. No lamentaré verte hundirte en el escándalo, en el escándalo público. ¿Cómo te atreves tú, entre todos los hombres del mundo, a pedirme que me mezcle con este horror? Pensaba que conocías mejor el carácter de las personas. Tu amigo lord Henry Wotton no te ha enseñado demasiada psicología, lo que quiera que sea lo que te haya enseñado además. Nada podría inducirme a dar un paso para ayudarte. Has acudido al hombre equivocado. Ve en busca de otros de tus amigos. No vengas a mí.

—Alan, fue un asesinato. Yo lo maté. No sabes lo que él me ha hecho sufrir. Lo que quiera que haya sido mi vida, él fue más responsable de crearla o arruinarla que el pobre Harry. Quizá no fuera su intención, pero el resultado fue ése.

—¡Asesinato! ¡Cielo santo! Dorian, ¿a eso has llegado? No voy a denunciarte. No es asunto mío. En todo caso, puedes estar seguro de que te arrestarán sin necesidad de que yo intervenga. Nadie comete jamás un asesinato sin hacer algo estúpido. Pero yo no tendré nada que ver con ello.

—Todo lo que te pido es que hagas un experimento científico. Vas a hospitales y a depósitos de cadáveres, y los horrores que realizas allí no te afectan. Si en alguna horrible sala de disecciones o algún fétido laboratorio, te encontraras a este hombre yaciendo sobre una mesa de metal con rojos canales abiertos en él, simplemente lo contemplarías como un objeto admirable. No te inmutarías. No creerías estar haciendo nada vil. Por el contrario, probablemente tendrías la sensación de estar beneficiando al género humano, incrementando la suma de conocimientos del mundo,

satisfaciendo la curiosidad intelectual o algo parecido. Lo que quiero que hagas es, simplemente, algo que ya has hecho muchas veces antes. En realidad, destruir un cuerpo debe de ser menos horrible que el trabajo que estás acostumbrado a hacer. Y recuerda que es la única prueba contra mí. Si se descubre, estoy perdido. Y es seguro que me descubrirán si no me ayudas.

—No tengo el deseo de ayudarte. Olvidas eso. Todo me es, sencillamente, indiferente. No tiene nada que ver conmigo.

—Alan, te lo ruego. Piensa en la situación en la que estoy. Justo antes de que llegaras, casi desfallezco de terror. ¡No! No pienses en eso. Mira la cuestión puramente desde un punto de vista científico. No preguntas de dónde vienen los cadáveres con los que experimentas. No preguntes ahora. Ya te he contado demasiado. Pero te suplico que hagas esto. Fuimos amigos una vez, Alan.

—No hables de aquellos tiempos, Dorian. Han muerto.

—Los muertos se quedan a veces, Alan. El hombre de arriba no se irá. Está sentado a la mesa con la cabeza inclinada y los brazos extendidos. ¡Alan! ¡Alan! Estoy perdido, si no me ayudas. Me colgarán. ¡Alan! ¿No lo entiendes? Me colgarán por lo que he hecho.

—Es inútil prolongar esta escena. Me niego absolutamente a hacer nada al respecto, Es demencial por tu parte que me lo pidas.

—¿Te niegas absolutamente?

—Sí.

La misma mirada de conmiseración volvió a aparecer en los ojos de Dorian, que entonces extendió la mano, cogió una hoja de papel y escribió algo en ella. La leyó dos veces, la dobló cuidadosamente y la deslizó sobre la mesa. Tras hacerlo, se levantó y fue hasta la ventana.

Campbell lo miró sorprendido, y entonces tomó el papel y lo abrió. Al leerlo, su rostro adquirió una palidez cadavérica, y volvió a desplomarse en la silla. Una horrible sensación de náusea se apoderó de él. Sentía como si su corazón estuviera latiendo para morir en una cavidad vacía.

Tras dos o tres minutos de terrible silencio, Dorian se dio la vuelta y se colocó tras él, poniendo la mano sobre su hombro.

—Lo siento mucho, Alan —murmuró—, pero no me dejas alternativa. Ya tengo escrita una carta. Aquí está. Puedes ver la dirección. Si no me ayudas, tendré que enviarla. Sabes cuál será el resultado. Pero vas a ayudarme. Es imposible que te niegues ahora. He tratado de evitártelo. Me harás justicia si lo admites. Has sido severo, duro, ofensivo. Me has tratado como ningún hombre se ha atrevido a tratarme jamás. Ningún hombre vivo, al menos. Lo he soportado todo. Ahora me corresponde a mí dictar los términos.

Campbell enterró su rostro en las manos y un escalofrío lo recorrió.

—Sí, me toca a mí dictar los términos, Alan. Ya sabes cuáles son. La cuestión es muy simple. Vamos, no te sumas en esa angustia. Esto ha de hacerse. Afróntalo, y hazlo.

Un gemido salió de los labios de Campbell, y se estremeció. El tictac del reloj en la repisa de la chimenea le parecía que estuviera dividiendo el tiempo en átomos distintos de agonía, cada uno de ellos más terrible de lo que se podía soportar. Sentía como si una argolla de hierro le estuviera apretando lentamente las sienes y como si la deshonra con la que había sido amenazado ya hubiera caído sobre él. La mano sobre su hombro pesaba igual que una mano de plomo. Era insoportable. Parecía que lo aplastara.

—Vamos, Alan, debes decidirte enseguida.

Éste vaciló un momento.

—¿Hay chimenea en la habitación de arriba? —murmuró.

—Sí, hay un hogar de gas con amianto.

—Tendré que volver a casa y recoger algunas cosas del laboratorio.

—No, Alan. No necesitas salir de esta casa. Anota en una hoja de papel lo que quieres y mi criado cogerá un coche y te las traerá.

Campbell escribió unas líneas, las secó, y escribió en un sobre la dirección de su ayudante. Dorian tomó la nota y la leyó cuidadosamente. Entonces hizo sonar el timbre y se la entregó a su ayuda de cámara con órdenes de regresar lo antes posible y traer consigo las cosas.

Cuando la puerta del vestíbulo se cerró, Campbell se levantó bruscamente de la silla y fue hasta la chimenea. Estaba temblando en una especie de fiebre. Durante unos minutos, ninguno de los hombres habló.

Una mosca zumbaba ruidosamente por la habitación y el tictac del reloj era como el golpear de un martillo.

Cuando el carillón dio la una, Campbell se volvió y, al mirar Dorian Gray, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Había algo en la pureza y el refinamiento de aquel rostro apenado que parecía enfurecerlo.

—¡Eres infame, absolutamente infame! —musitó.

—Calla, Alan. Has salvado mi vida —dijo Dorian.

—¿Tu vida? ¡Cielo santo! ¿Qué vida es ésa? Has ido de una corrupción a otra, y ahora has culminado en el crimen. Al hacer lo que estoy a punto de hacer, lo que tú me obligas a hacer, no es en tu vida en lo que estoy pensando.

—Ah, Alan —murmuró Dorian con un suspiro—. Me gustaría que sintieras por mí una milésima parte de la compasión que yo siento por ti.

Se dio la vuelta mientras hablaba, y permaneció mirando al jardín. Campbell no respondió nada.

Unos diez minutos después llamaron a la puerta, y el sirviente entró con un baúl de madera de caoba con productos químicos y una pequeña batería eléctrica encima. La dejó sobre una mesa y volvió a salir para regresar con un largo rollo de cable de acero y platino y dos abrazaderas de hierro de forma curiosa.

—¿Dejo estas cosas aquí, señor? —le preguntó a Campbell.

—Sí —respondió Dorian—. Y me temo, Francis, que tengo otro recado para usted. ¿Cómo se llama el hombre de Richmond que provee a Selby de orquídeas?

—Harden, señor.

—Sí, Harden. Debe ir a Richmond de inmediato, ver a Harden personalmente y decirle que envíe el doble de las orquídeas que le encargué, y que haya el menor número de blancas posibles. En realidad, no quiero ninguna blanca. Hace un día espléndido, Francis, y Richmond es un lugar hermoso, de lo contrario no lo molestaría con esto.

—No es molestia, señor. ¿A qué hora debo estar de vuelta?

Dorian miró a Campbell.

—¿Cuánto durará tu experimento, Alan? —dijo con voz serena e indiferente; la presencia de una tercera persona en la habitación parecía

llenarlo de un extraordinario coraje.

Campbell frunció el ceño y se mordió el labio.

—Nos llevará unas cinco horas —respondió.

—Entonces bastará con que esté de regreso a las siete y media, Francis. O quédese más tiempo. Sólo tiene que dejarme preparadas las cosas para vestirme. Puede tomarse la tarde libre. No cenaré en casa, de manera que no lo necesitaré.

—Gracias, señor —dijo el hombre saliendo de la habitación.

—Ahora, Alan, no hay tiempo que perder. ¡Cuánto pesa este baúl! Lo llevaré por ti. Trae tú el resto de las cosas.

Habló rápidamente, de una manera autoritaria. Campbell se sentía dominado por él. Salieron juntos de la habitación.

Cuando llegaron al último descansillo, Dorian sacó la llave y la metió en la cerradura. Entonces se detuvo, y una mirada de desazón apareció en sus ojos. Se estremeció.

—No creo que sea capaz de entrar, Alan —murmuró.

—No me importa. No te necesito —dijo Campbell fríamente.

Dorian entreabrió la puerta. Al hacerlo, vio que el rostro del retrato sonreía a la luz del sol. En el suelo, ante él, yacía la cortina rasgada. Recordó que la noche antes, por primera vez en su vida, se había olvidado de esconderlo cuando huyó del lugar.

Pero ¿qué eran aquellas abominables gotas rojas que brillaban, húmedas y relucientes, como si el lienzo hubiera sudado sangre? ¡Qué cosa tan horrible! Aún más horrible le pareció en aquel momento que el cuerpo silente que él sabía que seguía extendido sobre la mesa, el cuerpo cuya grotesca sombra deforme sobre la alfombra manchada le mostraba que no se había movido y aún seguía allí, tal como lo había dejado.

Abrió la puerta un poco más y entró rápidamente, entrecerrando los ojos y apartando la vista, decidido a no mirar ni una sola vez al hombre muerto. A continuación, agachándose y recogiendo la cortina oro y púrpura, la colocó sobre el cuadro.

Permaneció inmóvil, con temor a girarse, y sus ojos se fijaron en la complejidad de la pieza que tenía ante él. Oía a Campbell llevar el pesado baúl, y los hierros, y el resto de las cosas que había requerido para su

horrible labor. Comenzó a preguntarse si él y Basil Hallward se habrían conocido alguna vez y, de ser así, qué habrían pensado el uno del otro.

—Ahora déjame solo —dijo Campbell.

Se dio la vuelta entonces y se apresuró a salir, sólo consciente de que el hombre muerto había sido echado hacia atrás sobre la silla y estaba ahora sentado en ella mientras Campbell contemplaba su rostro amarillo y brillante. Al bajar las escaleras oyó que echaban la cerradura.

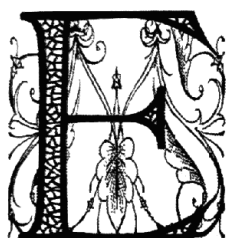
Eran bastante más de las siete cuando Campbell volvió a la biblioteca. Estaba pálido, pero absolutamente sereno.

—He hecho lo que me pediste —musitó—. Y, ahora, adiós. Nunca volveremos a vernos.

—Me has salvado de la perdición, Alan, no lo olvidaré —dijo Dorian simplemente.

En cuanto Campbell se hubo marchado, subió las escaleras. Había un espantoso olor a productos químicos en la habitación. Pero aquella cosa que había estado sentada a la mesa había desaparecido.





S INÚTIL QUE ME DIGAS que vas a portarte bien, Dorian —exclamó lord Henry mientras mojaba sus blancos dedos en un recipiente de cobre rojo lleno de agua de rosas—. Eres perfecto. Por favor, no cambies.

Dorian movió la cabeza.

—No, Harry, he hecho demasiadas cosas horribles en mi vida. Ya no voy a seguir haciéndolas. Comencé ayer mis buenas acciones.

—¿Dónde estabas ayer?

—En el campo, Harry. Me hospedé yo sólo en una pequeña posada.

—Mi querido muchacho —dijo lord Henry sonriendo—, cualquiera puede portarse bien en el campo. No hay tentaciones allí. Ésa es la razón por la que la gente que vive fuera de la ciudad es tan incivilizada. Sólo hay dos maneras, como sabes, de hacerse civilizado. Una de ellas es la cultura, y la otra la corrupción. La gente del campo no tiene oportunidad de llegar a ninguna de las dos, por lo que permanece estancada.

—Cultura y corrupción —murmuró Dorian—. Sé algo de ambas. Me parece curioso ahora el hecho de que siempre vayan juntas. Porque tengo un nuevo ideal, Harry. Voy a cambiar. Creo que he cambiado.

—Aún no me has dicho cuál fue tu buena acción. ¿O has dicho que hiciste más de una?

—A ti puedo contártelo, Harry. No es una historia que pueda contar a nadie más. Me he apiadado de alguien. Suena a vanidad, pero tú entiendes lo que quiero decir. Ella era muy hermosa, y se parecía extraordinariamente a Sybil Vane. Creo que eso fue lo primero que me atrajo de ella. Te acuerdas de Sybil, ¿verdad? ¡Cuánto tiempo parece que ha pasado! Bien, Hetty no era, por supuesto, alguien de nuestra clase. Era una sencilla muchacha de pueblo. Pero yo la amaba de verdad. Estoy seguro de que la amaba. Durante todo este mayo maravilloso que hemos estado teniendo, he ido a verla dos o tres veces por semana. Hasta que al fin ella me prometió venir conmigo a la ciudad. Le había alquilado una casa y lo tenía todo preparado. Ayer nos encontramos en un pequeño huerto. Las flores de manzano caían sobre sus cabellos, y ella reía. Íbamos a huir juntos con el alba esta mañana. Y, de repente, me dijo: «No voy a arruinar la vida de esta muchacha. No voy a arrastrarla a la deshonra». Y decidí dejarla tan inmaculada como la encontré.

—Creo que la novedad de esa emoción debió de proporcionarte un estremecimiento de auténtico placer, Dorian —interrumpió lord Henry—. Pero yo puedo terminar tu idilio por ti. Le diste un buen consejo y le rompiste el corazón. Ése fue el comienzo de tu reforma.

—¡Harry, eres horrible! No debes decir tales atrocidades. El corazón de Hetty no está roto. Por supuesto que lloró; nada más. Pero su vida no está arruinada. La deshonra no ha caído sobre ella. Puede seguir viviendo, como Perdita, en su jardín.

—Y llorar por un Florizel infiel —dijo lord Henry riendo—. Mi querido Dorian, tienes unas formas infantiles de lo más curiosas. ¿De verdad crees que esta muchacha ahora se conformará jamás con alguien de su clase? Supon que un día se casa con un rudo carretero o con un sonriente labrador. Bien, pues haberte conocido y amado hará que desprecie a su esposo, y será desgraciada. Por otra parte, si se hubiera convertido en tu amante, habría vivido en sociedad, entre hombres atractivos y cultos. Tú la habrías educado, la habrías enseñado a vestir, a hablar, a moverse. La habrías hecho perfecta, y ella habría sido extremadamente feliz. Pasado algún tiempo, sin duda, te habrías cansado de ella. Habría hecho una escena. Tú habrías llegado a un acuerdo. Y ella habría empezado una nueva carrera entonces.

Desde un punto de vista moral, en verdad no tengo en mucho tu gran renuncia. Incluso como comienzo, es pobre. Y, además, ¿cómo sabes que Hetty no flota en este momento en algún estanque rodeada de nenúfares igual que Ofelia?

—¡No soporto esto, Harry! Te burlas de todo, y a continuación sugieres las tragedias más graves. Ahora lamento habértelo contado. No me importa lo que digas. Sé que actué bien al hacer lo que hice. ¡Pobre Hetty! Cuando pasé en el coche junto a la granja esta mañana, vi su blanco rostro en la ventana, como una rama de jazmín. No volvamos a hablar de ello y no trates de convencerme de que la primera buena acción que he hecho en años, el primer pequeño sacrificio que he conocido, es una especie de pecado. Quiero ser mejor. Voy a ser mejor. Cuéntame algo sobre ti. ¿Qué pasa en la ciudad? Llevo días sin visitar el club.

—La gente sigue comentando la desaparición del pobre Basil.

—Pensaba que ya se habrían cansado a estas alturas —dijo Dorian sirviéndose vino y frunciendo el ceño ligeramente.

—Mi querido muchacho, sólo llevan seis semanas hablando de ello, y lo cierto es que la opinión pública no tiene igual en el esfuerzo mental de contar con más de un tema de conversación cada tres meses. Ha estado de suerte últimamente, sin embargo. Ha tenido el caso de mi divorcio, y el del suicidio de Alan Campbell. Ahora tiene la misteriosa desaparición de un artista. Scotland Yard sigue insistiendo en que el hombre con abrigo Ulster gris que salió de Victoria en el tren de la medianoche del siete de noviembre era el pobre Basil, y la policía francesa declara rotundamente que Basil jamás llegó a París. Supongo que en cosa de quince días nos dirán que ha sido visto en San Francisco. Es curioso, pero de todo aquel que desaparece se dice que ha sido visto en San Francisco. Debe de ser una ciudad deliciosa, y posee todos los alicientes del mundo que está por venir.

—¿Qué crees que le ha ocurrido a Basil? —preguntó Dorian sosteniendo su borgoña a contraluz y preguntándose cómo podía hablar de la cuestión con tanta calma.

—No tengo la menor idea. Si Basil decide ocultarse, no es asunto mío. Si está muerto, no quiero pensar en él. La muerte es la única cosa que me aterra siempre. La odio. Uno puede sobrevivir a cualquier cosa hoy en día

salvo a eso. La muerte y la vulgaridad son los únicos hechos que uno no puede explicar en el siglo XIX. Tomemos el café en la sala de música, Dorian. Tienes que tocar a Chopin para mí. El hombre con el que mi esposa huyó tocaba a Chopin de manera exquisita. ¡Pobre Victoria! Estaba perdidamente enamorada de ti por entonces, Dorian. Solía divertirme verla hacerte cumplidos. Tú te mostrabas tan encantadoramente indiferente. ¿Sabes que de verdad la echo de menos? Ella nunca me aburría. En todo lo que hacía era tan deliciosamente inverosímil... La apreciaba mucho. La casa está muy sola sin ella.

Dorian no dijo nada, pero se levantó de la mesa, pasó a la habitación contigua, se sentó al piano y dejó que sus dedos se extraviaran en las notas. Después de que llevaran el café, hizo una pausa y, mirando a lord Henry, preguntó:

—Harry, ¿alguna vez has pensado que hayan asesinado a Basil?

Lord Henry bostezó.

—Basil no tenía enemigos y siempre llevó un reloj Waterbury. ¿Por qué iban a asesinarlo? No era lo bastante inteligente como para tener enemigos. Por supuesto, tenía un maravilloso talento para pintar. Pero un hombre puede pintar como Velázquez y, aun así, ser lo más aburrido del mundo. Basil era, verdaderamente, muy aburrido. Sólo me resultó interesante una vez, y fue cuando me contó, hace años, que te había adorado locamente.

—Yo quería mucho a Basil —dijo Dorian con una mirada triste en los ojos—. Pero ¿no dice la gente que fue asesinado?

—Oh, algunos periódicos. No parece probable. Sé que hay lugares terribles en París, pero Basil no era de la clase de hombres que habría ido hasta ellos. No tenía curiosidad. Era su mayor defecto. Toca para mí el *Nocturno*, Dorian, y mientras tocas, cuéntame, en voz baja, cómo has conservado tu juventud. Has de tener algún secreto. Sólo tengo diez años más que tú y estoy lleno de arrugas, y calvo, y amarillo. Tú eres de verdad asombroso, Dorian. Nunca has estado más encantador que esta noche. Me recuerdas el día en que te vi por primera vez. Eras bastante insolente, muy tímido, y absolutamente extraordinario. Has cambiado, por supuesto, pero no en tu presencia. Me gustaría que me contaras tu secreto. Por recuperar mi juventud haría cualquier cosa salvo ejercicio, madrugar o ser respetable.

¡Juventud! No hay nada como ella. Es absurdo hablar de la ignorancia de la juventud. Las únicas personas cuyas opiniones escucho ahora con algún respeto son mucho más jóvenes que yo. Parecen por delante de mí. La vida les ha revelado su última maravilla. En cuanto a los viejos, siempre les llevo la contraria. Lo hago por principio. Si les preguntas su opinión sobre algo que sucedió ayer, te dan con toda solemnidad las opiniones en curso en 1820, cuando la gente vestía medias altas y no sabía absolutamente nada. ¡Qué delicia lo que estás tocando! Me pregunto si Chopin lo escribió en Mallorca, mientras el mar lloraba en torno a la villa y la espuma salada salpicaba los cristales. Es maravillosamente romántico. ¡Qué bendición que nos quede al menos un arte que no sea imitativa! No dejes de tocar. Quiero música esta noche. Me parece que fueras el joven Apolo y yo Marsias. Tengo penas, Dorian, de las que ni siquiera tú sabes. La tragedia de la vejez no es que uno sea viejo, sino seguir siendo joven. Me sorprende a veces de mi propia sinceridad. ¡Ah, Dorian, qué feliz eres! ¡Qué vida tan exquisita has tenido! Has bebido hasta el fondo de todo. Has hecho estallar las uvas contra tu paladar. Nada se te ha ocultado. Pero apenas ha supuesto para ti más que el sonido de la música. No te ha herido. Sigues siendo el que eras.

»Me pregunto cómo será el resto de tu vida. No la eches a perder con renunciadas. En este momento, eres perfecto. No te hagas incompleto. Ahora no hay en ti mácula. No tienes que mover la cabeza: sabes que no la hay. Además, Dorian, no te engañes a ti mismo. La vida no la gobiernan la voluntad y el propósito. La vida es una cuestión de nervios y fibras, y células que se generan lentamente, en las que se esconde el pensamiento y sueña la pasión. Puedes imaginarte a salvo y creerte fuerte. Pero el tono casual del color de una habitación o de un cielo matinal, un perfume particular que hemos amado una vez y nos trae recuerdos extraños, el verso de un poema olvidado con el que hemos vuelto a tropezar, la cadencia de una música que ya no tocamos... Yo te digo, Dorian, que éstas son las cosas de las que dependen nuestras vidas. Browning escribe sobre eso en alguna parte, pero nuestros propios sentidos las imaginarán para nosotros. Hay momentos en los que el olor del heliotropo me invade repentinamente, y no tengo más remedio que revivir el año más insólito de mi vida.

»Me gustaría poder cambiarme por ti, Dorian. El mundo ha clamado contra los dos, pero a ti siempre te ha adorado. Te adorará siempre. Eres la encarnación de lo que la época está buscando y lo que teme encontrar. ¡Me alegra tanto que nunca hayas hecho nada; que nunca hayas esculpido una estatua, ni pintado un cuadro o creado cosa alguna fuera de ti mismo! La vida ha sido tu arte. Te has convertido en música. Tus días han sido tus sonetos.

Dorian se levantó del piano y se pasó la mano por el pelo.

—Sí, la vida ha sido exquisita —murmuró—, pero no voy a seguir teniendo la misma vida, Harry. Y no debes decirme esas cosas extravagantes. No lo sabes todo sobre mí. Creo que, si lo supieras, incluso tú me abandonarías. Te ríes. No lo hagas.

—¿Por qué has dejado de tocar, Dorian? Vuelve a tocar el *Nocturno*. Mira la enorme luna de color miel suspendida en el aire oscuro. Está esperando a que la hechices y, si tocas, se acercará más a la tierra. ¿No? Vayamos al club, entonces. Ha sido una tarde deliciosa y debemos acabarla deliciosamente. Hay alguien en el club que arde en deseos de conocerte. El joven lord Poole, hijo mayor de Bournemouth. Ya ha copiado tus corbatas, y me ha rogado que os presentase. Es encantador y me recuerda mucho a ti.

—Espero que no —dijo Dorian con un deje de patetismo en la voz—. Estoy cansado esta noche, Harry. No voy a ir al club. Son casi las once y quiero acostarme pronto.

—Quédate. Nunca has tocado tan bien como esta noche. Había un algo de magia maravilloso. Tenía mayor expresividad de la que te había oído nunca.

—Es porque he decidido ser bueno —respondió sonriendo—. Ya he cambiado un poco.

—No cambies, Dorian. Al menos, no cambies para mí. Tenemos que ser amigos siempre.

—Pero tú me envenenaste con un libro una vez. No puedo perdonártelo. Harry, prométeme que jamás le prestarás ese libro a nadie. Es dañino.

—Mi querido muchacho, verdaderamente estás empezando a moralizar. Pronto empezarás a advertir a la gente contra todos los pecados de los que tú has llegado a cansarte. Eres demasiado encantador para eso. Y, además,

sería inútil. Tú y yo somos lo que somos y seremos lo que tengamos que ser. Pásate mañana. Voy a salir a las once, y podemos pasear juntos. El parque es una delicia en este momento. No creo que haya habido lilas como éstas desde que te conocí.

—Muy bien. Estaré aquí a las once —dijo Dorian—. Buenas noches, Harry.

Al llegar a la puerta, vaciló por un instante, como si tuviera algo que decir. Suspiró entonces, y salió.

Hacía una noche espléndida, tan cálida que dobló el abrigo y lo llevó sobre el brazo y ni siquiera se puso el pañuelo de seda al cuello. Mientras paseaba de camino a casa, fumando su cigarrillo, pasaron dos jóvenes con traje de noche. Oyó a uno de ellos que le susurraba al otro:

—Ése es Dorian Gray.

Recordó lo mucho que solía gustarle que lo señalaran, o se quedarán mirándolo, o hablaran de él. Ahora estaba cansado de oír su nombre. La mitad del encanto del pueblecito donde pasaba tanto tiempo últimamente era que allí nadie sabía quién era. Le había dicho a la muchacha a la que había enamorado que era pobre, y ella lo había creído. Le había dicho una vez que era malvado, y ella se había reído de él y le había dicho que las personas malvadas eran siempre muy viejas y muy feas. ¡Cómo era su risa! Igual que el canto de un tordo. Y qué hermosa estaba en sus vestidos de algodón y con sus grandes sombreros. Ella no sabía nada, pero tenía todo lo que él había perdido.

Cuando llegó a su casa, encontró a su criado esperándolo. Lo mandó a dormir y se tumbó en el sofá de la biblioteca, y empezó a pensar en algunas de las cosas que lord Henry le había dicho.

¿Era verdad que nadie podía cambiar nunca? Sentía una inmensa nostalgia de la pureza inmaculada de su niñez, de su niñez de rosas blancas, como lord Henry la había llamado en una ocasión. Sabía que se había manchado; que había llenado su mente de corrupción y había alimentado de horror su fantasía; que había sido una mala influencia para otros y había experimentado una terrible alegría al serlo, y que, de entre las vidas que se habían cruzado con la suya, las más hermosas y prometedoras él las había

arrastrado a la desgracia. Pero ¿era todo irreparable? ¿No había esperanza para él?

Era mejor no pensar en el pasado. Nada podía cambiarlo. Era en él mismo y en su futuro en lo que debía pensar. Alan Campbell se había pegado un tiro una noche en su laboratorio, pero no había revelado el secreto que lo habían obligado a conocer. La agitación que había despertado la desaparición de Basil Hallward pronto pasaría. Ya estaba decayendo. Se hallaba perfectamente a salvo allí. Y lo cierto es que tampoco era la muerte de Basil Hallward lo que pesaba más en su mente. Era la muerte en vida de su propia alma lo que lo perturbaba. Basil había pintado el retrato que había arruinado su existencia. No podía perdonarle eso. Era el retrato el causante de todo. Basil le había dicho cosas intolerables que él había soportado con paciencia. El asesinato no había sido más que la locura de un instante. Y, en cuanto a Alan Campbell, su suicidio había sido el resultado de su propia acción. Él la había elegido. No era culpa suya.

¡Una nueva vida! Eso era lo que necesitaba. Eso era lo que estaba esperando. Sin duda había comenzado ya. Se había apiadado de una inocente, en cualquier caso. Jamás volvería a tentar a la inocencia. Sería bueno.

Al pensar en Hetty Merton, comenzó a preguntarse si el retrato en la habitación cerrada con llave habría cambiado. ¿Seguiría siendo tan horrible como antes? Tal vez, si su vida se volviera pura, podría ser capaz de eliminar cada uno de los signos de pasión malvada de su rostro. Quizá los signos del mal hubieran desaparecido ya. Iría a comprobarlo.

Tomó la lámpara de la mesa y subió las escaleras. Al abrir la puerta cerrada con llave, una sonrisa de alegría revoloteó por su rostro joven y permaneció en sus labios un momento. Sí, sería bueno, y aquel horrible objeto que había estado ocultando no lo aterrorizaría más. Sentía como si ya lo hubieran liberado de la carga.

Entró tranquilamente, cerrando la puerta tras él, como tenía por costumbre, y apartó la cortina púrpura del retrato. Un grito de dolor e indignación brotó de él. No pudo ver otro cambio que una mirada astuta en los ojos y la curvada arruga en los labios de la hipocresía. Seguía siendo algo repugnante, más repugnante que antes, si es que era posible, y las gotas

de color escarlata que salpicaban la mano parecían aún más brillantes y como si fueran de sangre recién derramada.

¿Era mera vanidad lo que lo había empujado a su única buena acción? ¿O era el deseo de una sensación nueva, como lord Henry había insinuado con su risa burlona? ¿O acaso se trataba de esa pasión por interpretar un papel que a veces nos lleva a hacer cosas mejores de lo que nosotros mismos en realidad somos? ¿O eran, quizá, las tres cosas al mismo tiempo?

¿Por qué la mancha roja era aún mayor? Parecía haberse extendido como una horrible enfermedad por los dedos arrugados. Había sangre en los pies como si hubiera estado goteando; sangre incluso en la mano que no había sostenido el cuchillo.

¿Confesar? ¿Significaba aquello que debía confesar? ¿Entregarse y ser condenado a muerte? Sintió que la idea era monstruosa. Y, además, ¿quién lo creería, aun si confesara? No quedaban huellas del hombre asesinado en ninguna parte. Todas sus pertenencias habían sido destruidas. Él mismo había quemado las cosas que quedaron abajo. El mundo, simplemente, diría que estaba loco. Lo encerrarían si persistía en su historia.

Pero tenía el deber de confesar, de sufrir la deshonra pública y hacer pública expiación. Había un Dios que exigía a los hombres que confesaran sus pecados a la tierra además de confesárselos al cielo. Nada que pudiera hacer lo redimiría hasta haber contado su pecado. ¿Su pecado? Se encogió de hombros. La muerte de Basil Hallward tenía muy poco que ver con él. Estaba pensando en Hetty Merton.

Era un espejo injusto aquel espejo de su alma en el que se estaba mirando. ¿Vanidad? ¿Curiosidad? ¿Hipocresía? ¿No había nada más que eso en su renuncia? Había habido algo más. Al menos, eso pensaba. Pero ¿quién podría decirlo?

Y aquel asesinato, ¿iba a perseguirlo durante toda su vida? ¿Es que nunca iba a librarse del pasado? ¿Iba verdaderamente a confesar? No. Sólo existía una prueba contra él. El cuadro mismo. Ésa era la prueba.

Lo destruiría. ¿Por qué lo había conservado durante tanto tiempo? Le había proporcionado placer una vez verlo envejecer y cambiar. Últimamente ya no sentía tal placer. Lo había mantenido en vela por las noches. Cuando había estado lejos, lo había llenado de terror que otros ojos

podieran mirarlo. Había llevado melancolía a sus pasiones. Su mero recuerdo había arruinado muchos momentos de dicha. Había sido como una conciencia para él. Sí; había sido su conciencia. Lo destruiría.

Miró a su alrededor y vio el cuchillo que había apuñalado a Basil Hallward. Lo había limpiado muchas veces, hasta que no había quedado ninguna mancha en él. Estaba reluciente, y resplandecía. Igual que había matado al pintor, acabaría con su obra y todo lo que ésta significaba. Mataría el pasado, y cuando estuviera muerto, sería libre. Lo tomó y apuñaló el lienzo con él desgarrándolo de arriba a abajo.

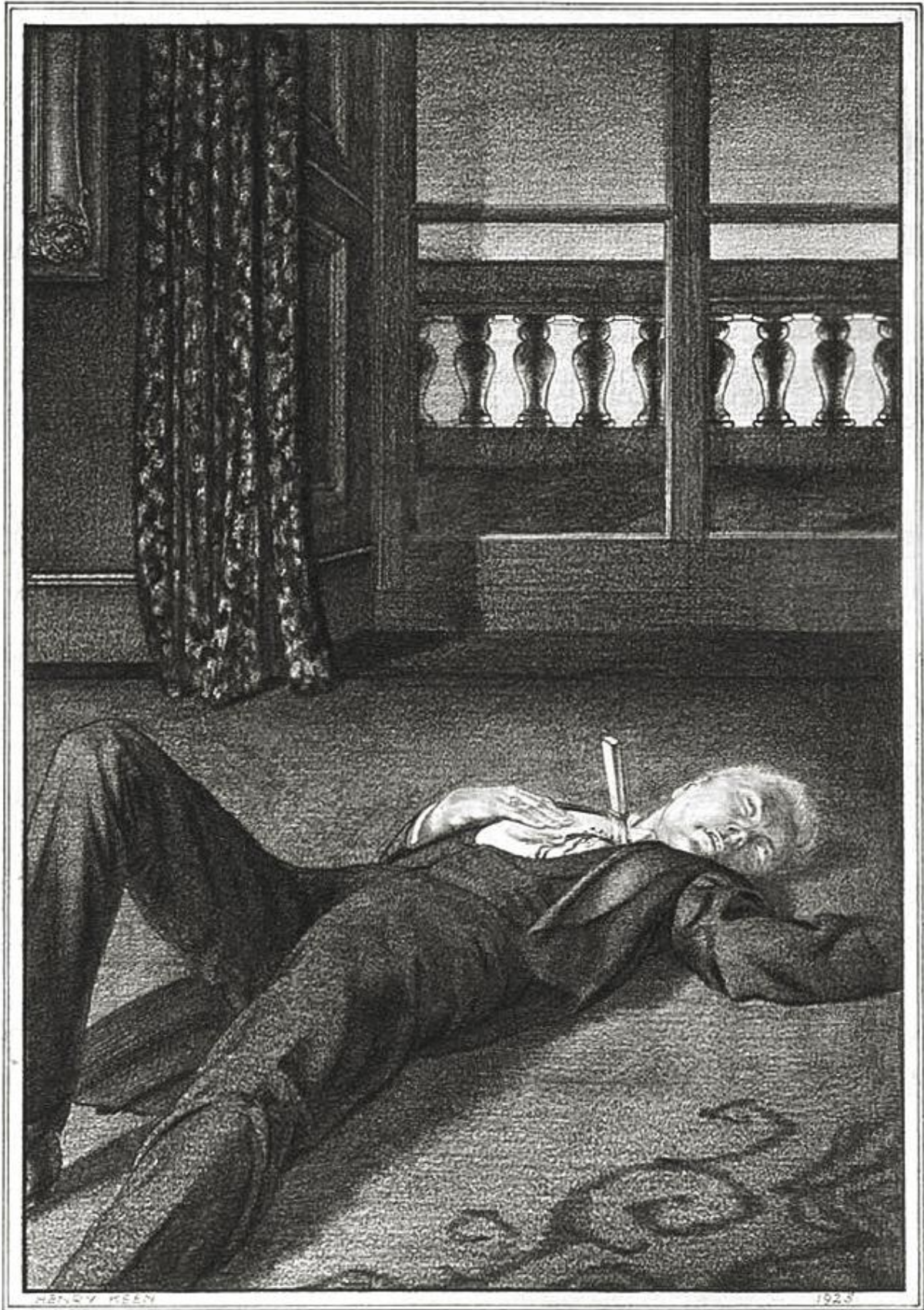
Se oyó un grito y un golpe. El grito fue tan horrible en su agonía que los aterrorizados sirvientes despertaron y salieron de sus habitaciones. Dos caballeros que pasaban por la plaza, abajo en calle, se detuvieron y miraron a la gran mansión. Luego siguieron caminando hasta dar con un policía al que llevaron de vuelta. El hombre llamó al timbre varias veces, pero no respondieron. La casa estaba completamente a oscuras salvo por una luz en una de las ventanas de arriba. Después de un rato, se marchó, y permaneció en el pórtico de la casa contigua vigilando.

—¿De quién es esa casa, agente? —preguntó el caballero de más edad.

—Del señor Dorian Gray, señor —respondió el policía.

Los dos se miraron mientras seguían su camino e hicieron un gesto de desdén. Uno de ellos era el tío de sir Henry Ashton.

Dentro, en las habitaciones del servicio de la casa, los criados a medio vestir hablaban entre ellos en susurros. La anciana señora Leaf lloraba y se apretaba las manos. Francis tenía la palidez de la muerte.

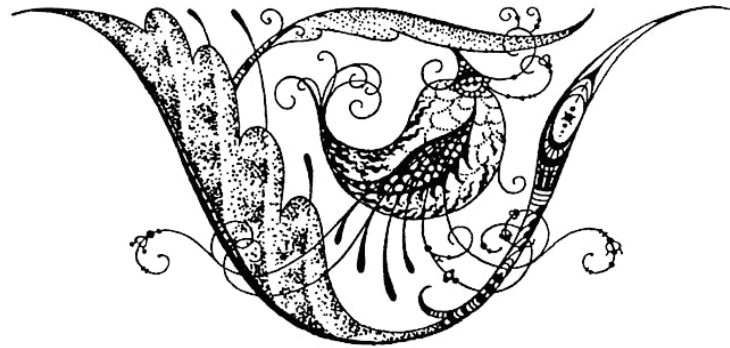


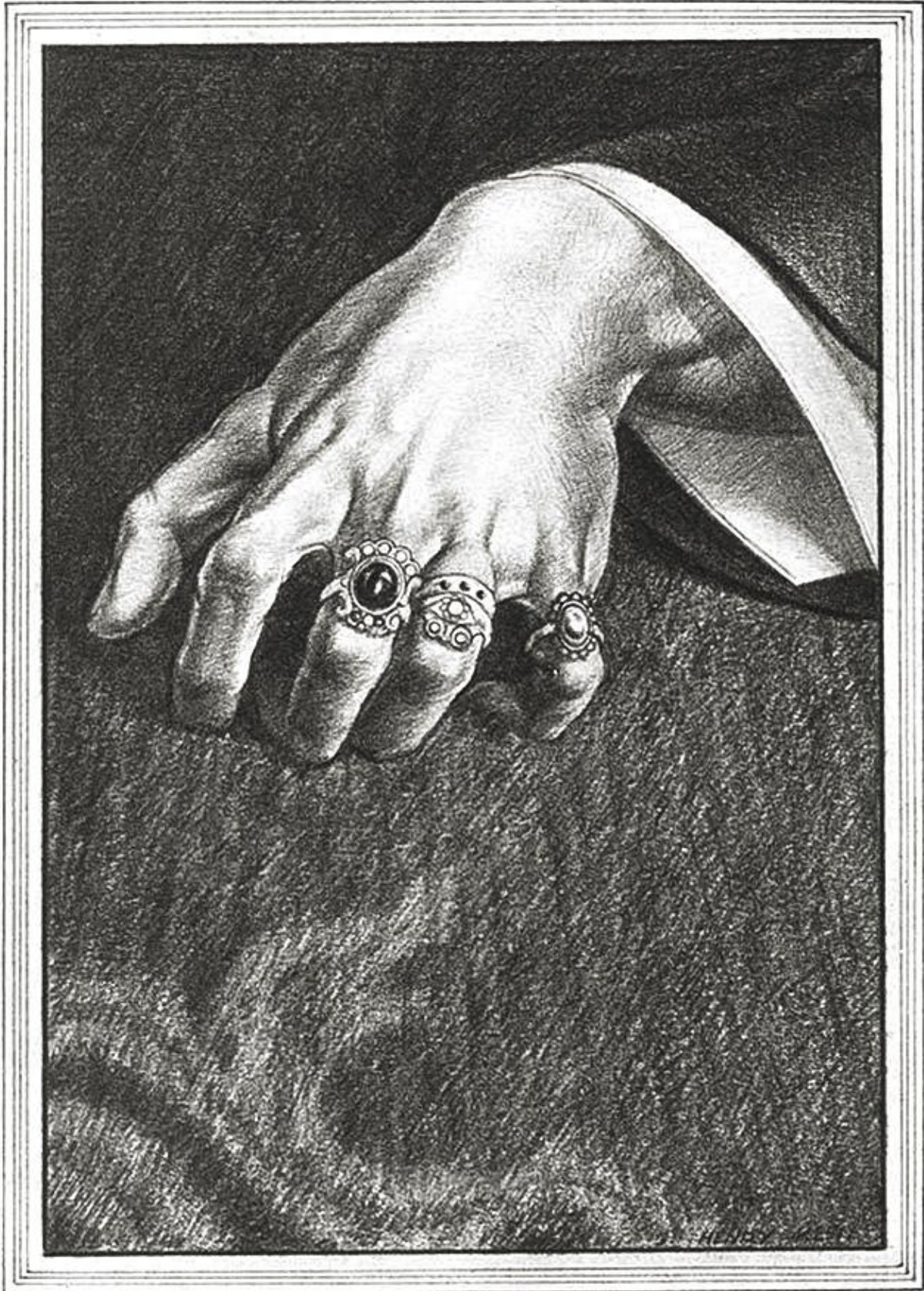
HENRY KEELY

1923

Alrededor de un cuarto de hora después, subió las escaleras con el cochero y uno de los lacayos. Llamaron a la puerta, pero nadie respondió. Llamaron a voces. Todo siguió en silencio. Al fin, tras intentar forzar la puerta inútilmente, subieron hasta el tejado, y desde allí se dejaron caer hasta el balcón. Las ventanas cedieron con facilidad: los pestillos eran antiguos.

Cuando entraron, hallaron colgando de la pared un espléndido retrato de su patrón tal como la última vez que lo habían visto, en todo el esplendor de su exquisita juventud y belleza. Yaciendo en el suelo había un hombre muerto en traje de noche, con un cuchillo en el corazón. Era un hombre marchito y arrugado, y una visión repulsiva. No fue hasta que examinaron sus anillos cuando lo reconocieron.

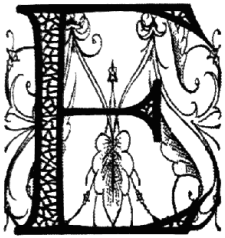






Apéndice

Prólogo a la edición de 1891
de *El retrato de Dorian Gray*



L ARTISTA es el creador de objetos bellos.

Revelar el arte y ocultar al artista es el propósito del arte.

El crítico es aquel capaz de traducir a otra manera o a un nuevo material su impresión de los objetos bellos.

Las más altas y las más bajas formas de la crítica son una forma de autobiografía.

Quienes encuentran significados feos en los objetos bellos son corruptos sin encanto. Es un defecto.

Quienes encuentran significados bellos en los objetos bellos son los cultos. Para ellos hay esperanza.

Son los elegidos aquellos para quienes los objetos bellos sólo significan Belleza.

No existen libros morales ni inmorales. Los libros están bien o mal escritos. Eso es todo.

El disgusto hacia el Realismo del siglo XIX es la ira de Calibán al ver su propio rostro en un espejo.

El disgusto hacia el Romanticismo del siglo XIX es la ira de Calibán al no poder ver su propio rostro en un espejo.

La vida moral del hombre forma parte de la materia del artista, pero la moralidad del arte consiste en el perfecto uso de un medio imperfecto.

Ningún artista desea demostrar nada. Incluso las cosas que son verdaderas pueden ser demostradas.

Ningún artista tiene simpatías éticas. Una simpatía ética en un artista es un imperdonable amaneramiento de estilo.

Ningún artista es malsano. El artista puede expresarlo todo.

Pensamiento y lenguaje son para el artista instrumentos de un arte.

El vicio y la virtud son para el artista materiales para un arte.

Desde el punto de vista de la forma, el paradigma de todas las artes es el arte de la música. Desde el punto de vista del sentimiento, el paradigma es el oficio de actor.

Todo arte es al mismo tiempo superficie y símbolo.

Quienes descienden bajo la superficie lo hacen bajo su propia responsabilidad.

Quienes leen el símbolo lo hacen bajo su propia responsabilidad.

Es al espectador, y no la vida, lo que el arte verdaderamente refleja.

La diversidad de opiniones sobre una obra de arte demuestra que la obra es nueva, compleja y vital.

Cuando los críticos están en desacuerdo, el artista está de acuerdo consigo mismo.

Podemos perdonar a un hombre por hacer algo útil en tanto no lo admire. La única excusa para hacer algo inútil es que uno lo admire vivamente.

Todo arte es bastante inútil.

OSCAR WILDE

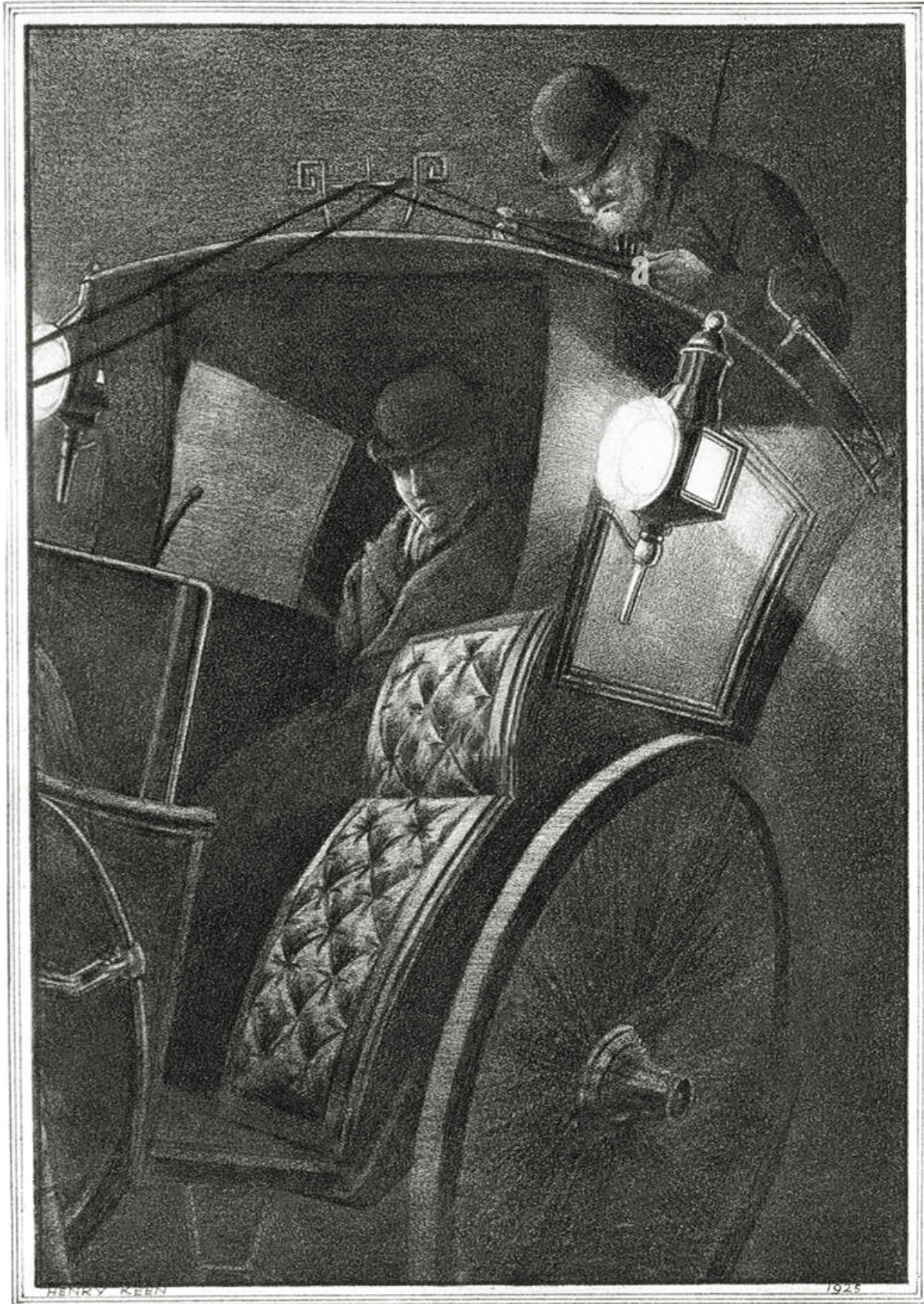




Apéndice gráfico

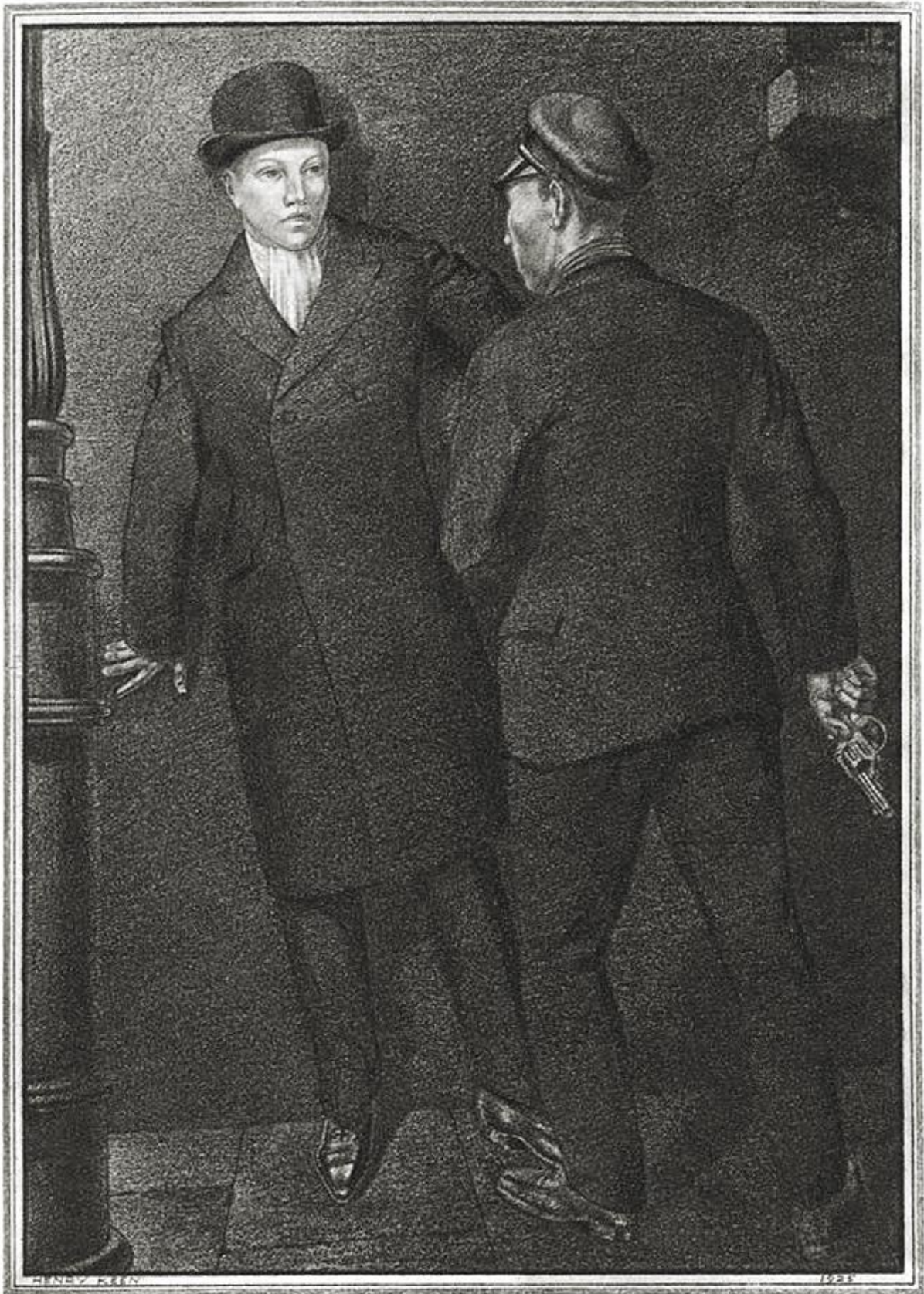
Imágenes adicionales de la edición en inglés





HENRY KEEN

1923





HENRY PFEN

1925



OSCAR WILDE. Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde (Dublín, Irlanda, entonces perteneciente al Reino Unido, 16 de octubre de 1854 - París, Francia, 30 de noviembre de 1900) fue un escritor, poeta y dramaturgo irlandés.

Wilde es considerado uno de los dramaturgos más destacados del Londres victoriano tardío; además, fue una celebridad de la época debido a su gran y aguzado ingenio. Hoy en día, es recordado por sus epigramas, sus obras de teatro y la tragedia de su encarcelamiento, seguida de su temprana muerte.

Hijo de exitosos intelectuales de Dublín, mostró su inteligencia desde edad temprana al adquirir fluidez en el francés y el alemán. En Oxford estudió en el curso de clásicos, llamado Greats; dio pruebas de ser un prominente clasicista, primero en Dublín y luego en Oxford; guiado por dos de sus tutores, Walter Pater y John Ruskin, se dio a conocer por su implicación en la creciente filosofía del esteticismo. También exploró profundamente el catolicismo –religión a la que se convirtió en su lecho de muerte–. Tras su

paso por la universidad se trasladó a Londres, donde se movió en los círculos culturales y sociales de moda.

Como un portavoz del esteticismo realizó varias actividades literarias; publicó un libro de poemas, dio conferencias en Estados Unidos y Canadá sobre el Renacimiento inglés y después regresó a Londres, donde trabajó prolíficamente como periodista. Conocido por su ingenio mordaz, su vestir extravagante y su brillante conversación, Wilde se convirtió en una de las mayores personalidades de su tiempo.

En la década de 1890 refinó sus ideas sobre la supremacía del arte en una serie de diálogos y ensayos, e incorporó temas de decadencia, duplicidad y belleza en su única novela, *El retrato de Dorian Gray*. La oportunidad para desarrollar con precisión detalles estéticos y combinarlos con temas sociales le indujo a escribir teatro. En París, escribió *Salomé* en francés, pero su representación fue prohibida debido a que en la obra aparecían personajes bíblicos. Imperturbable, produjo cuatro comedias de sociedad a principios de la década de 1890, convirtiéndose en uno de los más exitosos dramaturgos del Londres victoriano tardío.

En el apogeo de su fama y éxito, mientras su obra maestra, *La importancia de llamarse Ernesto* seguía representándose en el escenario, Wilde demandó al padre de su amante por difamación. Después de una serie de juicios fue declarado culpable de indecencia grave y encarcelado por dos años, obligado a realizar trabajos forzados. En prisión, escribió *De Profundis*, una larga carta que describe el viaje espiritual que experimentó luego de sus juicios, un contrapunto oscuro a su anterior filosofía hedonista. Tras su liberación partió inmediatamente a Francia, donde escribió su última obra, *La balada de la cárcel de Reading*, un poema en conmemoración a los duros ritmos de la vida carcelaria. Murió indigente en París, a la edad de cuarenta y seis años.

[1] Richard Ellmann, *Oscar Wilde*, Hamish Hamilton, Londres, 1987, p.XIV. <<

[2] Arthur Conan Doyle, *Memorias y aventuras* (trad. Bernardo Moreno Carrillo). Madrid, Valdemar, 2015, p.121. <<